

Mónica Ibáñez Sarco

CLAVES ANTROPOLÓGICAS
Para la reconciliación
desde la parábola del buen samaritano



Universidad
Pontificia
Bolivariana



Mónica
Ibáñez Sarco

Laica consagrada de la Fraternidad Mariana de la Reconciliación, nació en Perú (Lima, 1983). Es teóloga de la Universidad Pontificia Bolivariana y el 2018 se graduó como Magíster en Teología de la misma institución. mibanez@fraternas.org

Mónica Ibáñez Sarco

**CLAVES ANTROPOLÓGICAS
PARA LA RECONCILIACIÓN
DESDE LA PARÁBOLA
DEL BUEN SAMARITANO**

226.8
I12

Ibáñez Sarco, Mónica, autor
Claves antropológicas para la reconciliación desde la parábola del buen samaritano / Mónica Ibáñez Sarco -- Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2019.
122 p: 16.5 x 23.5 cm. -- (Colección Humanitas)
ISBN: 978-958-764-661-0

1. Parábola del Buen Samaritano – Crítica e interpretación – Reconciliación (Teología) – 3. Antropología teológica – I. Título – (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Mónica Ibáñez Sarco
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Claves antropológicas para la reconciliación desde la parábola del buen samaritano

ISBN: 978-958-764-661-0
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-661-0>
Primera edición, 2019
Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades: Luis Fernando Fernández Ochoa

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Casagazapos

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Foto Portada: Freepik

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2019
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Telefax: (57)(4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín-Colombia

Radicado: 1813-20-02-19

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Contenido

Introducción	7
Capítulo I: Ubicación inicial de la parábola del buen samaritano	11
1. Género parábólico	11
1.1 Jesús y las parábolas	11
1.2 Lucas y las parábolas.....	14
2. Parábola del buen samaritano	17
2.1 Contexto histórico.....	17
2.2 Interpretaciones	22
Capítulo II: Luces teológicas, cristológicas y antropológicas desde la parábola del buen samaritano	37
1. Luces teológicas para una antropología de la reconciliación	37
1.1 Dios nos crea por amor y para amar	38
1.2 El pecado: ruptura de la comunión	39
1.3 La promesa del Reconciliador.....	41
2. Luces cristológicas para una antropología de la reconciliación.....	44
2.1 El Reconciliador	44
2.2 Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre.....	47
2.3 Una nueva humanidad	48
3. Luces antropológicas en perspectiva de reconciliación.....	53
3.1 El acercamiento íntimo y hondo a Dios nos hace más humanos	53
3.2 Dios está escondido en mi prójimo.....	55
3.3 La verdad cristológica tiene implicancias en la vida personal, social, cultural y moral.....	56
3.4 Uno de los frutos de una auténtica vida religiosa es que hace amar al hombre	57
3.5 Al experimentar compasión nos asemejamos al Dios que se conmueve ante el sufrimiento humano	59

3.6	Mientras la venganza incita a la humillación del otro, el perdón restablece la dignidad perdida	62
3.7	La reconciliación implica amar y amar implica perdonar	62
3.8	La humanidad del samaritano manifiesta la humanidad de Dios.....	64
3.9	Una persona reconciliada es capaz de crear cultura, una cultura de reconciliación	65
3.10	Hacerse prójimo es asumir el corazón que Dios nos ha dado y acoger el don de la reconciliación	68
Capítulo III: Una propuesta de antropología de la reconciliación		71
1	¿Por qué una propuesta antropológica?	71
1.1	Situación actual	71
1.2	Problema antropológico	74
2.	¿Por qué una antropología de la reconciliación?	78
2.1	La reconciliación	78
2.2	Una antropología de la reconciliación	82
2.3	La transformación social.....	87
3.	Antropología de la reconciliación y el sufrimiento	91
3.1	¿Qué es el sufrimiento?.....	92
3.2	Visión subjetiva del sufrimiento	94
3.3	El camino del sufrimiento	96
3.4	Una nueva perspectiva: antropología de la reconciliación y el sufrimiento	99
Conclusión: Una antropología de la reconciliación para una pastoral de la reconciliación		109
Bibliografía.....		115

Introducción

El hombre de hoy viene sufriendo las consecuencias de un mundo en crisis. Esta crisis se ha manifestado en distintos niveles y ámbitos, y ha llevado a ensayar diferentes respuestas sin encontrar mayor solución. En esta investigación se busca enfrentar la raíz del problema desde una perspectiva teológica, abordándola desde la antropología, puesto que el hombre ha olvidado su capacidad de ser humano y esto se ve reflejado en su actuar, en sus relaciones, en su incapacidad de vivir el amor y en su permisividad frente a lo que atenta contra sí y los demás.

Existe un proceso tal de deshumanización en el que el hombre perdido no sabe a dónde ir, cómo vivir; se ha contentado con sobrevivir y se ha resignado ante el sufrimiento. Ha olvidado cómo ser humano. Es por ello que se considera la necesidad de encontrar una respuesta al hombre que le permita enfrentar el consecuente proceso de deshumanización en el que está inmerso y su aparente imposibilidad para ser humano y vivir-con-humanidad hacia los otros, aun cuando se está en un contexto de dolor y sufrimiento.

Este trabajo de investigación presenta una propuesta antropológica desde una perspectiva de reconciliación iluminada desde la parábola del buen samaritano. ¿De qué manera una perícopa tan importante como el samaritano y que ha inspirado a tantas personas en sus discursos puede actualizar una propuesta antropológica con incidencia social? En contextos como el nuestro, en el cual las circunstancias sociopolíticas actualizan la importancia de la temática, se propone un ejercicio que aporte a la búsqueda de respuestas validadas en la epistemología teológica.

La teoría más reciente de las parábolas, que se basa en la metáfora, concede espacio para el suspenso. Las parábolas, entendidas en este

sentido, hacen que los oyentes de Jesús se retiren hacia lo que sucede en el interior de ellos mismos. La narración contiene ya en sí misma aquello de lo que se trata. Para expresar esto mismo teológicamente, las parábolas no son simplemente un revestimiento en imágenes o por medio de una comparación. Constituyen una forma independiente de dicción. Más aún, ellas son el verdadero lenguaje, en el que se expresa el acontecer, la acción y el obrar de Dios o, dicho más audazmente: el verdadero lenguaje en el que todo eso no está hablando.¹

Por ello, la presente investigación busca responder a la siguiente pregunta: ¿cuáles son los aspectos antropológicos que desde la parábola del buen samaritano nos permitirían esbozar teológicamente un proceso de reconciliación social? Y por ello la metodología va a plantear un camino de cada vez mayor profundización que finaliza en una propuesta de transformación social fundada en la antropología de la reconciliación.

Como primer momento se realizará un rastreo de la exégesis de la parábola del buen samaritano. Con esta recepción exegética se analizarán los elementos bíblico-antropológicos que den fundamento teológico al desarrollo de la investigación, tomando el contexto histórico y la maduración bíblica que se ha hecho en el tiempo en relación con la parábola. Así, se permitirá que la actualidad de la palabra de Dios penetre e ilumine la vida del hombre de hoy.

En un segundo momento, se analizará desde una perspectiva teológica y luego cristológica los elementos antropológicos identificados anteriormente en la parábola. Y asumiendo el problema antropológico, se realizará un recorrido desde la creación hasta la encarnación, momento culmen en el cual se nos acerca de manera plena el don de la reconciliación. “Si el hombre fue creado porque Cristo se había de encarnar y en vistas a él, el motivo de la encarnación es la elevación del hombre a la vida divina en Cristo. El pecado destruyó todo esto y ello

fue la causa de que la encarnación de Cristo fuera también redentora y recapituladora de lo hecho por Dios al inicio de la creación... El hecho indiscutible es que la encarnación de Cristo, la que conocemos, se ha realizado, efectivamente, para redimirnos del pecado y concedernos la filiación divina”.² Se presentará a Cristo Reconciliador como el buen samaritano que es capaz de hacer nuevas todas las cosas iluminando la realidad humana desde su naturaleza humana y divina. Desde Cristo se profundizará en una antropología teológica que, entendida desde la reconciliación, permitirá comprender cómo el hombre es capaz de vivir según su estatura y manifestar la reconciliación en todas sus relaciones: consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con Dios, haciéndole así más humano en cualquier situación y ámbito de su vida.

Y como tercer momento se esbozará teológicamente una propuesta reconciliadora a partir de los elementos antropológicos recogidos de manera descriptiva y analítica en la parábola del buen samaritano para aportar luces y herramientas que permitan un proceso de reconciliación personal con incidencia en un plano social. Se pretende responder así de manera inductiva, desde la fe fundada en las Sagradas Escrituras, al contexto actual del mundo y del hombre, considerando los “signos de los tiempos” que reclaman una antropología de la reconciliación que facilite un camino de humanización, aun en situaciones de dolor y sufrimiento.

Este proceso de investigación y profundización en la reflexión teológica-antropológica desde las Sagradas Escrituras requirió un ejercicio hermenéutico. Puesto que es una investigación de tipo cualitativo, se hizo una apuesta inductiva que permitiera iluminar el acontecer y contexto del hombre de hoy, y confirmar así la actualidad de la teología: desde una fe vivida se puede lograr una propuesta teológica a la luz de la fe en el tema investigativo. “Para la teología (cristología) significaría principalmente buscar en la historia de Jesús y en el mensaje evangélico

¹ KARRER, Martín. Jesucristo en el Nuevo Testamento. Salamanca: Sígueme, 2002. p. 343.

² SAYÉS, José Antonio. Teología de la creación. Madrid: Palabra, 2002. p. 101.

una dirección en la que encontrar una respuesta a los problemas vitales que el mundo presente plantea a los hombres y a la sociedad”.³

En consecuencia, con este trabajo investigativo se pretende interpretar los aspectos antropológicos que ofrece la parábola del buen samaritano como aporte teológico a los procesos de reconciliación social desde tres objetivos específicos: analizar la recepción exegética de la parábola del buen samaritano, identificar aquellos elementos antropológicos desde una perspectiva teológica y cristológica, y proponer una antropología de la reconciliación como camino de humanización que facilite la reconciliación social. El enfoque se concreta desde un diálogo de saberes acerca de la reconciliación como evento antropológico y de alta implicación social. Para ello, se establece un acercamiento dialógico entre una perícopa del Evangelio de Lucas y las interpretaciones teóricas sobre el don de la reconciliación en la historia de salvación.

Finalmente, ¿por qué hacer una propuesta antropológica al hablar de reconciliación social? Porque el mundo quebrado y desorientado evidencia a un hombre que ha perdido la capacidad de ser humano y de expresar su interioridad rota en sus relaciones. “Toda persona debe ser ante todo sanada y agraciada. Pero, acto seguido, cada uno debe convertirse en samaritano: seguir a Cristo y hacerse como Él. Entonces viviremos rectamente. Entonces amaremos de modo apropiado, cuando seamos semejantes a Él, que nos amó primero (cf. Jn 4,19)”.⁴ Una persona que acoge el don de la reconciliación en su vida redescubre el camino de humanización que le lleva a vivir de manera plena su existencia y a transformar la sociedad, volviéndola más reconciliada, más humana.

³ DUPUIS, Jacques. Introducción a la cristología. Navarra: Verbo Divino, 2010. p. 16.

⁴ RATZINGER, Joseph. Jesús de Nazareth. Desde el Bautismo a la Transfiguración. Bogotá: Planeta, 2007. p. 243.

Capítulo I: Ubicación inicial de la parábola del buen samaritano

1. Género parabólico

Para comprender mejor la parábola del buen samaritano es importante situarnos en el contexto de las parábolas y profundizar en su aporte a la literatura neotestamentaria. Tratar de responder a las siguientes preguntas nos permitirá enriquecer la reflexión exegética posterior: ¿por qué Jesús habla en este lenguaje?, ¿cuál es la intención que tiene al contar estas historias?, ¿se puede hablar de historicidad al referirnos a las parábolas?

1.1 Jesús y las parábolas

Jesús habla este lenguaje parabólico para hacer más accesible el reflejo de la luz divina en nuestro diario vivir. Él tiene la intención de mostrarnos el fundamento de la realidad e indicarnos el camino a seguir. “Nos muestra a Dios, no un Dios abstracto, sino el Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano. A través de las cosas ordinarias nos muestra quiénes somos y qué debemos hacer en consecuencia; nos transmite un conocimiento que nos compromete, que no sólo nos trae nuevos conocimientos, sino que cambia nuestras vidas”.⁵ La parábola, si bien es cierto que no tiene una fuerza coercitiva, sí enfrenta al oyente con la posibilidad de acoger o rechazar el don de la fe que implica un nuevo estilo de vida; de ella pues se deduce su carácter humanista-religioso. “Cuando Jesús habla en parábolas, esclarece la teología paulina de la justificación (Hech 13,38ss), tal como Lucas la entiende. Se sobrepone a esto un matiz lucano. Al paso implicado en las parábolas de Jesús y en la justicia de Dios según Pablo, que consiste en

⁵ Ibid., p. 233.

dejarse transformar por la sorprendente experiencia de Dios, le corresponde un paso dado por el hombre”.⁶

Al tratar el tema de la historicidad, es importante tener en cuenta que a lo largo de la historia se han propuesto distintas perspectivas; sin embargo, vemos interesante el planteamiento que hace Joachim Jeremías al respecto. Para él, las parábolas de Jesús tienen un doble lugar histórico. El primero se trata de un lugar histórico original, y se refiere a una situación bien precisa en el marco de la actividad de Jesús: “algunas parábolas están contadas de un modo tan vivo, que se puede suponer que Jesús enlaza con incidentes concretos”.⁷ Y el segundo lugar histórico se relaciona con la experiencia vivencial de las primeras comunidades: “antes de que fueran fijadas por escrito, fueron ‘vivas’ en la Iglesia primitiva, que enseña y predica las palabras de Jesús en su actividad misionera, en las reuniones de la comunidad, en la enseñanza”.⁸

Para una comprensión integral de las parábolas es fundamental buscar ese “sentido primero”, es decir, la forma original en la que fueron escritas. Esto nos permitirá acercarnos más al contexto, considerando como un criterio de discernimiento la experiencia de los primeros creyentes. En este sentido, vale la pena tener en cuenta algunas leyes de transformación que se han dado al momento de traducir, clarificar y comprender mejor las parábolas:

- La traducción de las parábolas al griego trajo consigo inevitablemente cambios de sentido.
- También ocasionalmente las imágenes son “traducidas”.
- Muy pronto observamos el gusto por adornar las parábolas.
- A veces pasajes de la Escritura o motivos de narraciones populares han influenciado la configuración de la materia de la parábola.

⁶ KARRER. Op. cit., p. 347

⁷ JEREMÍAS, Joachim. Las parábolas de Jesús. Navarra: Verbo Divino, 1974. p. 29.

⁸ Ibid.

- Algunas parábolas que originalmente fueron dichas a los enemigos o a la muchedumbre, la Iglesia primitiva las aplicó ampliamente a la comunidad.
- El resultado ha sido que en ocasiones aparece un desplazamiento del acento hacia lo parenético, especialmente de lo escatológico a lo parenético.
- La Iglesia primitiva refiere las parábolas a su situación concreta, que está caracterizada principalmente por la misión y por la demora de la parusía, y, a partir de estos dos hechos, las interpreta y las amplía.
- Al servicio de la predicación moral, la Iglesia primitiva interpreta las parábolas alegóricamente en proporción creciente.
- Reúne colecciones de parábolas y ocasionalmente se funden también dos parábolas.
- Da un marco a las parábolas, que a menudo ocasiona un cambio de sentido; especialmente da a muchas parábolas un sentido universalmente válido mediante unas conclusiones totalizantes.⁹

Al tener en cuenta estas leyes de transformación al momento de la lectura de las parábolas, podemos adentrarnos más al estudio de este género literario, haciendo el esfuerzo de ir más allá de la mera practicidad. “La parábola por su misma naturaleza poética exige que su interpretación no se quede en la mera comparación, sino que tiene que ir más allá, hacia lo utópico, hacia aquello que tiene su sentido precisamente donde no es alcanzado por el lenguaje cotidiano del hacer o el decir”.¹⁰ Las parábolas pues suscitan en los oyentes un doble movimiento. Primero, acerca a los distantes que no oyen bien y, segundo, interpela de tal manera al oyente que lo pone en camino. “La dinámica interna de la parábola, la autosuperación de la imagen elegida, le invita a encomendarse a esta dinámica e ir más allá de su horizonte actual, hasta lo antes desconocido y aprender a comprenderlo. Pero eso significa que la parábola requiere la colaboración

⁹ Ibid., p. 142.

¹⁰ ÁLVAREZ QUINTERO, Felipe. La parábola del buen samaritano. Análisis metodológico: prefiguración, configuración y refiguración. En: Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia. 2000. no. 39. p. 84.

de quien aprende, que no sólo recibe una enseñanza, sino que debe adoptar él mismo el movimiento de la parábola, ponerse en camino con ella”.¹¹

En este horizonte de reflexión debemos considerar entonces que:

la parábola evangélica no está destinada solamente a esclarecer verdades racionales, sino que se relaciona, sea directamente, sea indirectamente, con los misterios divinos revelados por Jesús. Así se puede ver en el trasfondo de varias parábolas una referencia implícita a la persona y obra de Cristo Redentor, sin las cuales la enseñanza que se da en esas parábolas permanecería incomprensible o, en todo caso, no alcanzaría plenamente su significado.¹²

1.2 Lucas y las parábolas

Al acercarnos al Evangelio de Lucas encontramos un interés particular en el autor sagrado por sensibilizar a los lectores sobre los rasgos peculiares y esenciales de Jesús. En este interés encuadramos la teología de sus parábolas, que expresan una sinfonía armoniosa que se va a prolongar a lo largo del Evangelio. Para descubrir esta novedad lucana es necesario dedicar unas líneas a su desarrollo.

¿Quién es Lucas? Se dice que fue un colaborador de Pablo. Se menciona en las cartas a Filemón 1,24 y a 2 Timoteo 4,11. También en la carta a los colosenses aparece Lucas como el médico amado. Por su estilo al escribir y su teología se ha concluido que era una persona con buenos conocimientos y que tenía el griego como lengua materna.¹³ En cuanto al lugar y año en que fue escrito el Evangelio, es poca la precisión que se tiene al respecto. Algunos dicen que fue alrededor de

58 d. C., otros postulan la posibilidad de haber sido escrito en 65 d. C. y hay quienes afirman que tuvo que ser después de 70 d. C., justificándose en la manera como Lucas describe la caída de la ciudad. La misma imprecisión se encuentra para definir el lugar; algunos dirán que escribió en Cesaréa, otros en Roma y están también quienes opinan que lo hizo fuera de Palestina, en la región oriental del Mediterráneo. Aunque es poca la claridad de su producción, no ocurre lo mismo con la intención de su relato. “En la introducción a su evangelio, Lucas explica claramente su propósito para escribir. Escribía para presentar un relato históricamente preciso y cronológicamente correcto de la vida y del ministerio de Jesucristo. Quería que sus lectores estuviesen bien fundamentados en su fe”.¹⁴

Por ello cuando nos adentramos en el texto sagrado descubrimos cómo Lucas ha querido trazar el recorrido que Jesús ha realizado desde Galilea hasta Jerusalén, y de manera ordenada nos ha llevado a los oyentes a caminar junto con él. “Grandes secciones se mantienen unidas por la mención de determinadas palabras clave o indicaciones del lugar, tanto al principio como al final de las mismas. De esta manera Lucas ubicó la primera y la última escena de su evangelio en el Templo de Jerusalén: el evangelio empieza con sacrificio de Zacarías (Lc 1,5ss) y termina con el comentario de que los discípulos ‘estaban en el templo y alababan a Dios’ (Lc 24,53)”.¹⁵

El padre Hernán Cardona propone una manera sencilla de dividir el texto, que creemos importante considerar para tener una visión global del horizonte lucano:

- Lucas 1,1-4: el prólogo, en el cual el autor indica la finalidad de su obra; dispone a las personas para la apertura incondicional al resucitado.

¹¹ RATZINGER. Op. cit., p. 232.

¹² ÁLVAREZ QUINTERO. Op. cit., p. 106.

¹³ MORA PAZ, César y LEVORATTI, Armando. Evangelio según San Lucas. En: Comentario bíblico latinoamericano: Nuevo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2003. p. 469.

¹⁴ BENWARE, Paul. Panorama del Nuevo Testamento. Michigan: Portavoz, 1993. p. 106.

¹⁵ MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 469.

- Lucas 1,5-2,52: en ese desequilibrado paralelo entre Juan Bautista y Jesús se descubre la continuidad de la revelación iniciada desde antiguo, en Jesús llega la plenitud de la revelación.
- Lucas 3,14-9,50: Jesús en Galilea (Nazaret, Cafarnaúm).
- Lucas 9,51-19,27: de camino a Jerusalén, la palabra de Jesús hecha praxis.
- Lucas 19,28-24,53: Jesús en Jerusalén: pasión, muerte, resurrección y ascensión.¹⁶

Aunque algunos autores van a encontrar en Lucas 15 el corazón de su mensaje –la parábola del Padre Misericordioso–, no podemos correr el riesgo de obviar otros textos que de alguna u otra manera dejan conocer también aquellas notas del Jesús lucano, quien por su acción misericordiosa busca a los perdidos y pecadores para restablecerlos en la comunión con Dios.¹⁷ “Lucas, surge como el evangelista de la ternura de Dios, de la misericordia, de la fuerza del Espíritu y de la evangelización de los pobres y marginados, de la mujer y de los paganos; y también el evangelista de María Santísima”.¹⁸

A Lucas le importa transmitir que Jesús es amigo, que es una persona pacífica y que el tema de la pobreza tiene un lugar especial en Su Reino. Asimismo, no por gusto se refiere con frecuencia a Jesucristo como “el Hijo del Hombre”, expresión que aparece en su Evangelio veinticuatro veces. Con este título el autor busca enfatizar su humanidad, puesto que contempló a “Jesucristo como hombre, un verdadero ser humano. Jesucristo fue el hombre perfecto: una imagen del hombre no caído”.¹⁹

¹⁶ CARDONA RAMÍREZ, Hernán Darío y OÑORO CONSUEGRA, Fidel. Jesús de Nazareth en el Evangelio de San Lucas: resultado de investigación. Medellín: UPB, 2006. p. 9.

¹⁷ BROWN, Raymond; FITZMYER, Joseph y MURPHY, Roland. Nuevo comentario bíblico *San Jerónimo. Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino, 2004. p. 135.

¹⁸ CARDONA RAMÍREZ y OÑORO CONSUEGRA. Op. cit., p. 11.

¹⁹ BENWARE, Paul. Op. cit., p. 107.

2. Parábola del buen samaritano

Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” Él le dijo: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?” Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.” Díjole entonces: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás.” Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “Y ¿quién es mi prójimo?” Jesús respondió: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.” ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?” Él dijo: “El que practicó la misericordia con él.” Díjole Jesús: “Vete y haz tú lo mismo” (Lc 10,25-37).

2.1 Contexto histórico

Lucas es el único que recoge la parábola del buen samaritano. Y en este relato emblemático busca expresar también la compasión que el samaritano siente al encontrarse con el hombre herido;²⁰ así nos acerca al corazón de Jesús, hombre y Dios verdadero, que nos propone un camino de plenitud humana. Lucas en su Evangelio sitúa a la parábola del buen samaritano en una doble proyección del mandamiento del amor. El cues-

²⁰ ÁLVAREZ QUINTERO. Op. cit., p. 112.

tionamiento del legista incita a Jesús el maestro a explicar el amor y sus dos objetivos diversos, pero relacionados entre sí²¹: Dios y el prójimo.

La parábola del buen samaritano es considerada por algunos expertos como una de las parábolas de la misericordia. A través del lenguaje metafórico Jesús busca dar un nuevo significado a su exposición. Encontramos en el discurso parabólico una virtud creativa, donde con un lenguaje propio se revela una realidad. Asimismo, el uso de imágenes permite comprender la intención del maestro que comunica con intensidad al Reino. “En lo que se refiere a las parábolas de Jesús, conviene añadir que reflejan fielmente y con claridad especial su Buena Nueva, el carácter escatológico de su predicación, la seriedad de su llamada a la penitencia, su oposición contra el fariseísmo”.²²

En esta historia Jesús habla del verdadero amor a Dios, que necesariamente implica el trato con el otro, el amor al prójimo (Lc 10,25-29). De los versículos 30 al 37 encontramos un pequeño drama, que narra a través de un lenguaje sencillo la concreción de ese amor al prójimo involucrando distintos personajes que de manera ocasional pasan a formar parte de la vida del otro. Por los detalles de la parábola y por la claridad geográfica y la precisión en la descripción de las acciones realizadas por los personajes, algunos sostienen que este hecho pudo haber ocurrido.

Aparece un hombre que desciende de Jerusalén hacia Jericó y en el camino –37 km– es asaltado por unos ladrones. La víctima es despojada de todo, le roban sus pertenencias hasta dejarlo desnudo, derribada por fuertes golpes y abandonada a la muerte. El texto describe la situación de manera dramática: “este pobre hombre no tiene posibilidad de ayuda inmediata; su vida está en juego y no puede valerse por sí mismo, por eso depende completamente de la ayuda y la buena voluntad de quien pase por ese mismo camino. A eso se le suma un agravante: quien quiera ayudarlo pone, a su vez, en peligro su propia vida, pues detenerse es

²¹ Ibid., p. 105.

²² JEREMIAS. Op. cit., p. 13.

exponerse a que le suceda lo mismo y cualquier auxilio implicaría un cambio de los planes que tuviera inicialmente”.²³

En esta situación entran en escena dos personajes que pertenecen al mundo del culto. Primero, un sacerdote; luego, un levita. Ambos tienen en común el servicio religioso y la indiferencia; no fueron capaces de descubrir en el herido la posibilidad de servir religiosamente a Dios. Para Lucas es claro que la actitud de los religiosos en mención no es digna de imitar. La traducción del texto invita a rechazar el comportamiento de estos, que voluntariamente se vuelven ciegos ante el drama de quien sufre. “Ambos viendo cerraron los ojos y el corazón ante un compatriota suyo en peligro. No se encontraron con el herido, pasaron sin detenerse, estuvieron atados por impulsos egoístas. No conocieron el amor; para ellos era solo una virtud teórica; no se hizo realidad en ellos y no pudieron verlo en la carne desgarrada del herido”.²⁴

Distinta será la participación del samaritano, quien recibe la calificación de *buen*. Este iba de viaje y en su recorrido se encontró con el hombre herido; sin dudarle ni dar rodeos se compadeció de él y le prestó ayuda. Para los oyentes y lectores no puede pasar desapercibida esta actitud puesta como ejemplo; si bien es cierto que no es la primera vez que en los evangelios²⁵ se rescata su buena acción, el contexto del relato permite valorar con mayor profundidad el hecho de ser un samaritano

²³ BEDOYA, Diego. Un acercamiento exegético a la parábola del buen samaritano misericordioso (Lc 10,25-37). En: Cuestiones teológicas. 2007. vol. 34, no. 82. p. 409.

²⁴ Ibid.

²⁵ CARDONA, Hernán Darío. Jesús resucitado: camino de Emaús. Medellín: UPB, 2006. p. 43. El cuarto evangelio (Jn 4,4-43) trae un relato donde Jesús se encuentra con una mujer samaritana del poblado de Sicar y Lucas, por su parte, refiere la faena del samaritano misericordioso en el camino de Jerusalén a Jericó (Lc 10,30-37). Llama la atención no tanto la mención de estos personajes, sino la inserción de sus acciones cuando eran enemigos declarados de los judíos a lo largo de muchos siglos. Para el judaísmo los samaritanos, por haber mezclado su sangre con los pueblos paganos desde el año 721 a. C, aparecían como un grupo digno del rechazo y la marginación.

el que socorre al judío malherido. “Este hecho revuelca por completo la escala de valores: mientras los judíos, de quienes viene la salvación (Jn 4,22), rechazan a Jesús (Jn 4,1), los samaritanos, alejados, enemigos e ignorantes, aceptan y llegan a hacer una experiencia de salvación”.²⁶

Difiere fuertemente la actitud del samaritano de las actitudes del sacerdote y del levita. La solícita y pronta respuesta del samaritano brota de su conmoción interior, que le permite actuar ante el dolor ajeno. Al experimentar el dolor como propio, se compadece y se solidariza. Este samaritano no era del pueblo salvado ni oficiaba el culto, pero aun así se presenta como paradigma de discipulado. Recordemos que no limitó su ayuda en la atención primera; “con una seguidilla de verbos el evangelista describe el proceso existencial que le permite irse implicando en la superación del sufrimiento del herido. El samaritano se le acercó, le limpió las heridas, las vendó, lo montó en su propia cabalgadura, lo condujo a una posada, lo cuidó durante toda la noche –quizá en un ambiente hostil–, pagó al posadero el equivalente al salario de dos días y se comprometió a pagar otros gastos eventuales que pudiera ocasionar el herido (vv. 33-35)”.²⁷

Esta parábola refleja en cierta medida la historia de todo hombre en el devenir de su existencia. Así como en esta historia, el bien, a veces, se ve opacado por la fuerza del mal; en algún momento surge el bien, sale con fuerza lo humano que salva y transforma el dolor en amor. Los más apropiados para responder al clamor del hombre herido eran sus hermanos judíos dedicados al culto, “pero” ante su egoísmo apareció el inesperado extranjero, el buen samaritano que viajando solo tiene la mirada atenta al Otro y lo descubre al hacerse prójimo del herido. En efecto, “se trata de un modelo práctico de comportamiento cristiano, con toda la radicalidad de sus exigencias y con la aprobación o rechazo de determinadas actitudes. El mensaje de la narración no consiste en una cierta

²⁶ Ibid., p. 48.

²⁷ GAITÁN, Tarcisio. El discipulado en un continente marcado por el sufrimiento y la esperanza. En: Cuestiones Teológicas. 2007. vol. 34, no. 81. p. 47.

analogía con la verdad espiritual, sino en la propia expresividad del relato, en el ‘ejemplo’ mismo que se propone, con toda su incisividad”.²⁸

Ante la probabilidad de vivir la indiferencia como aquellos religiosos judíos, en el buen samaritano se nos descubre la posibilidad humana de la solidaridad sin ningún tipo de discriminación ni rencor frente al enemigo –que esta vez está en situación de necesidad–. De esta manera, se afirma con sus actitudes que ni el perdón ni la solidaridad ni la misericordia son virtudes añadidas a la piedad religiosa.

Ahora, después de hacer esa breve introducción y antes de pasar a mencionar algunas luces aportadas desde el estudio exegético de la parábola, es importante tener presente que escuchar, leer y rumiar las parábolas nos permiten acercarnos al corazón de Jesús, siempre y cuando las coloquemos en la situación de su vida. Recordemos pues que las parábolas de Jesús no tienen la primera intención de ser obras de arte ni de promulgar principios generales. “Las parábolas son –no exclusivamente, pero sí en gran parte– armas de combate. Cada una de ellas exige una respuesta al instante. De aquello surge la tarea. Jesús habló a hombres de carne y hueso, adaptándose al momento presente. Cada una de sus parábolas tiene un determinado lugar histórico en su vida. La tarea consiste en intentar descubrir ese lugar”.²⁹ Por ello, la importancia de recuperar la forma original de estas.

En conclusión, luego de ahondar en la parábola del buen samaritano, podemos decir con certeza que difícilmente se puede amar al prójimo cuando no se ama verdaderamente a Dios.³⁰ Él es la fuente del amor divino y nos capacita para vivir ese amor, con la compasión como uno de sus frutos evidentes. Y la fidelidad al Dios de la Escritura consiste en hacer concreto ese vínculo en el trato con los demás.³¹ Ese samaritano,

²⁸ FITZMYER, Joseph. El Evangelio según Lucas. Vol. III. Traducción y comentario: capítulos 8,22-18,14. Madrid: Cristiandad, 1987. p. 277.

²⁹ JEREMIAS. Op. cit., p. 26.

³⁰ Ver 1 Jn 4,20.

³¹ GAITÁN. Op. cit., p. 44.

al parecer, sí conocía a Dios, y su vida puede ser hoy entendida desde una antropología de la reconciliación.

2.2 Interpretaciones

2.2.1 La exégesis

Para abstraer los elementos bíblico-antropológicos en esta investigación vemos necesario, como parte de este primer momento, rastrear algunos detalles que se encuentran en la recepción exegética realizada, a lo largo de la historia, por muchos estudiosos de Lucas y concretamente de la parábola que estamos profundizando.

Antes de entrar a descifrar el sentido de algunos versículos es importante recordar que la parábola del buen samaritano se encuentra enmarcada en un debate originado por el tema de la vida eterna. Y por ello, no se puede desligar la parábola del diálogo previo entre el maestro de la ley y Jesús. De hecho, podemos abstraer que la narración que se contiene en Lucas 10, 25-37 sigue la instrucción típica de los maestros judíos, en la cual aparece un discípulo con cuestionamientos y un maestro que le indica la posición acertada.

La primera parte del relato (Lucas 10, 25-28), más global y teórica, se refiere en general a la vida eterna y se subdivide así:

- Pregunta del legista (25)
- Contrapregunta del maestro (26)
- Respuesta del legista (27)
- Confirmación de parte del maestro (28)

La segunda parte (Lucas 10, 29-37), más concreta, ofrece una ejemplificación. Se subdivide así:

- Pregunta (29)
- Parábola (30-35)
- Contrapregunta (36)

- Respuesta del legista (37a)
- Confirmación de parte del maestro (37b)

Esta segunda parte está elaborada sobre la pista de la primera, con la siguiente característica: antes de la contrapregunta está una parábola de Jesús.³²

La posición doctrinal de Jesús y luego del cristianismo corresponde por tanto a una interpretación nueva de las Sagradas Escrituras. Según Bovon, “el evangelista aprovecha más bien la ocasión de un episodio narrado en honor de su maestro para dar una lección general de su ética y quizás también de cristología”.³³ Un aspecto que desde un principio va a quedar claro para el lector es que para Lucas no se puede concebir el amor al prójimo sin experimentar el amor divino y, de la misma manera, no se puede vivir una relación amorosa con Dios fuera del trato con los otros, en una dimensión comunitaria.

2.2.1.1 El diálogo introductorio entre el maestro de la ley y Jesús

Frente al interés de los judíos helenistas de acentuar y hablar de los problemas antropológicos y psicológicos, los autores de los evangelios sinópticos mostrarán en sus escritos que su interés primero es promover e incentivar la realización práctica de la exigencia del amor. Marcos, Mateo y Lucas dejaron por escrito el deseo del autor de la Escritura: Dios espera que las personas que lo conocen y lo acogen en sus vidas amen con corazones indivisos a todos y siempre.

Justamente esta es la invitación que Lucas hace al exponer esta parábola en boca de Jesús. Para él es evidente que el seguimiento de Cristo implica un compromiso práctico que se ha de manifestar en la doble proyección del mandamiento del amor expresado en dos versículos de la ley mosaica: Dt 6,5 hace referencia al amor a Dios y Lev 19,18 se refiere

³² MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 541.

³³ BOVON, François. El Evangelio según San Lucas. Tomo II, (Lc 9, 51-54-14,35). Salamanca: Sígueme, 2002. p. 111.

al amor al prójimo. “Las exigencias de ambos mandamientos coinciden en una misma actitud: el israelita debe amar a su prójimo como tiene que amar a Dios. Este último precepto del amor a Dios es una de las constantes más características de todo el cuerpo deuteronomístico”.³⁴

Al iniciar el relato es preciso confirmar que la tradición evangélica supo recoger la poderosa fuerza del mandamiento del amor que transformaba la vida del creyente, lo cual era evidenciado en la dinámica de las primeras comunidades cristianas, para quienes Jesús era el paradigma y modelo de sus vidas, y motivaba sus acciones y palabras desde la vivencia del amor. Por ello, frente a la pregunta sobre la manera de alcanzar la vida eterna que el legista³⁵ le hace con la intención de ponerlo a prueba, Jesús responde, con plena certeza del camino, recurriendo a la Escritura. Y así aprovecha “la oportunidad para continuar con la instrucción acerca del discipulado. La respuesta de Jesús indica cuál ha de ser la conducta del verdadero discípulo: la de los humildes, sabios y prudentes (y no precisamente la de los instruidos en la Ley). Esta respuesta enlaza el tema con el de Lc 10,21-22”.³⁶ Y dejando en entredicho el legalismo formal, Jesús toma la opción de darle un sentido distinto a la ley, la radicaliza, puesto que sin eliminarla y con base en los principios fundamentales del Decálogo, propicia la autenticidad en su cumplimiento “colocando en el lugar más íntimo a Dios y al hombre el criterio último de comportamiento, de modo que cuando la ley sirve de pretexto para no amar a Dios como un niño o al prójimo como a sí mismo, el cumplimiento de la ley está fuera de lugar. Se puede cumplir la ley y no entregarse ni a Dios ni a los hombres”.³⁷

³⁴ FITZMYER. Op. cit., p. 268.

³⁵ MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 541. En Mt el que habla es un fariseo; en Mc, un escriba, y en Lc, un legista (*nomikós*), experto en la ley de Moisés (*grammateus*). En Mc y Mt el interlocutor de Jesús pregunta acerca del gran mandamiento de la ley; en Lc, cuyos lectores eran pagano-cristianos, pregunta por la *vida eterna*.

³⁶ Ibid.

³⁷ SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Pamplona: EUNSA, 1995. p. 89.

2.2.1.2 El doble mandamiento del amor

- “Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente” (Lucas 10, 27a).

Jesús apela, en la contrapregunta, a un aspecto irrefutable para el maestro de la Ley: la Torá. Y vemos cómo la respuesta del jurista es parafrasear Dt 6,5, y aunque en el texto de los LXX no aparece el cuarto elemento (“y con toda tu mente”), la formulación de Lucas recoge, sin negarlo, el texto del Deuteronomio y busca con su claridad comunicar que para amar es necesaria la totalidad de nuestra existencia. “Estos cuatro aspectos de la personalidad humana deben entenderse en su sentido veterotestamentario: kardía (=corazón) denota la sede de los impulsos primarios y de las reacciones emocionales del hombre; psyché (=alma) es el principio de la vitalidad y de la conciencia personal; ischys (=fuerza) es la vehemencia de los impulsos instintivos y dianóia (=mente) se refiere al conjunto de cualidades especulativas y organizadoras de la existencia”.³⁸

- “Y a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10, 27b).

En esta segunda parte Lucas reproduce de manera literal Lev 19,18, según lo atestigua la versión de los LXX. El mensaje es claro: el amor y aprecio hacia el prójimo ha de ser el mismo que uno tiene hacia sí.

- “Has contestado bien. Si haces eso, tendrás vida” (Lucas 10, 28).

Quien decide poner en práctica el mandamiento del amor naturalmente emprende el camino para alcanzar la verdadera vida. “La doble respuesta del jurista al recibir su confirmación por parte de Jesús transforma el doble mandamiento del amor en norma de conducta para el discípulo de Cristo. No hay un perfecto amor a Dios si falta el amor al prójimo”.³⁹

³⁸ FITZMYER. Op. cit., p. 273.

³⁹ Ibid., p. 268.

2.2.1.3 La parábola

Luego de que Jesús le respondiera al maestro de la ley sobre el camino para alcanzar vida eterna, este hace un segundo cuestionamiento para justificar su pregunta: ¿y quién es mi prójimo? Desde el principio se intuye que la intención del legista es discutir con Jesús un elemento importante en su doctrina y sus implicancias en la vida diaria. Por ello, Jesús acoge la pregunta con audacia y magistralmente expone la parábola del buen samaritano.

Es importante tener en consideración algunos detalles que nos permiten comprender mejor el mensaje de Jesús. En primer lugar, vale decir que cuando en el pueblo elegido se hablaba de *prójimo*, se entendía que este tenía que ser israelita (Lv 19,18) y, en algunas ocasiones, se consideraba también al extranjero que vivía en medio del pueblo (Lv 19,34).

Otro dato sumamente relevante es la actitud de los judíos de Palestina frente a los que eran provenientes de Samaria. La historia particular de los samaritanos recogida en 2Re 17,24-41 los convertía en cismáticos, herejes y por lo tanto enemigos. Entonces, la intención de Jesús al proponer a un samaritano como paradigma de discípulo es bastante pretenciosa. Por ello, “el sentimiento de lástima y las atenciones que presta un cismático samaritano a un pobre hombre, víctima de salteadores de caminos, contrasta vivamente con la insensibilidad y la absoluta despreocupación, tal vez inspirada por la propia ley, de dos representantes cualificados del culto judío”.⁴⁰

- “Bajaba un hombre...” (Lucas 10, 30).

El camino a Jericó desde Jerusalén implicaba un gran descenso, ya que Jericó está a doscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar y Jerusalén, a setecientos sesenta metros sobre el nivel del mar Mediterráneo.

⁴⁰ Ibid., p. 279.

Lucas se refiere a un hombre usando el indefinido *anthropos tis*.⁴¹ Este hombre, cualquier hombre, fue víctima de un asalto, en el cual le despojaron hasta la ropa y lo golpearon dejándolo medio muerto al borde del camino. Por los detalles mencionados en el relato, es posible hablar de un judío que en su camino a Jericó –recorrido solitario y conocido por su peligrosidad, ya que sus cuevas posibilitan un refugio fácil– se le presentó tal percance perpetrado por bandidos (*lestes*).⁴²

- “Casualmente, bajaba por aquél camino un sacerdote...” (Lucas 10, 31-32).

En la escena aparecen un sacerdote y un levita, y ambos vieron al herido, dieron un rodeo y siguieron su camino. ¿Quiénes eran el sacerdote y el levita para el pueblo de Israel? “El sacerdote y el levita podían pasar por prototipos del judío piadoso. Ambos pertenecían en grado diverso al sacerdocio israelita. Aunque el texto no lo dice, se ha sugerido la posibilidad de que no se acercaran por razones de pureza legal, creyendo que el herido ya estuviera muerto (cf. Nm 19, 2-13)”.⁴³

Cada uno desde su oficio particular participaba en los ritos y cultos del templo, y facilitaba también el encuentro de los demás con Dios. Al parecer, no comprendieron que esa labor se debiera prolongar con sus acciones, en particular cuando en el camino aparece alguien malherido. Ninguno se dejó tocar por la experiencia del sufrimiento del otro y fue más fuerte la carga de las prescripciones que la oportunidad de vivir la caridad. “El sacerdote y el levita no es que estuvieran faltos de amor a Dios –la dedicación a su tarea es testimonio fehaciente–; pero cuando se puso a prueba su amor al prójimo se encontró un profundo vacío, mientras que en el samaritano brilló en todo su esplendor”.⁴⁴

⁴¹ Expresión que solo aparece en Lc 10,30 y Lc 12,16.

⁴² MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 541. Este mismo término se aplica a Barrabás (Jn 18,40) y a los crucificados con Jesús (Mc 15,27).

⁴³ Ibid.

⁴⁴ FITZMYER. Op. cit., p. 280.

- “Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión” (Lucas 10, 33).

Frente a la actitud del par de personas judías y religiosas, irrumpe en el relato un samaritano anónimo y depreciado por su historia. Sabemos que este enemigo de los judíos (Eclo 50,25-26; Jn 4,9; 8,48; Mt 10,5, etc.), como todos los samaritanos, rendía culto a Dios en lo alto del monte de Garizim y como palabra de Dios solo aceptaba el Pentateuco. “Probablemente era un comerciante que hacía esa ruta a menudo y conocía evidentemente al propietario del mesón cercano; un samaritano, esto es, alguien que no pertenecía a la comunidad solidaria de Israel y que no estaba obligado a ver en la persona asaltada por los bandidos a su “prójimo””⁴⁵ es quien actúa diferente pues no sigue su camino después de dar un rodeo, sino que se detiene y con sus acciones empieza a transformar la historia del malherido y su historia personal. Ante la posible fatalidad de la víctima sucede lo inesperado: “un impuro samaritano ve con el corazón el drama que se le impone y frente al cual no puede escabullirse y decide actuar, profundamente conmovido”⁴⁶

El samaritano experimenta en su interior cierta compasión que lo impulsa a actuar. No se queda de brazos cruzados porque no solo vio al herido, sino que lo miró y se dejó tocar por su difícil situación. Su mirada atenta le permitió actuar caritativamente, situación que contrasta con los actos de negligencia, indiferencia y egoísmo del sacerdote y el levita. Como dirá Bovon, en este relato el bien lo practica la persona que está asociada con el mal, expresión de lo paradójica que es muchas veces la vida. “El que posee el secreto de la vida eterna resulta ser este extranjero, cuya religión no era tan perfecta ni tan pura como la de los sacerdotes de Jerusalén. Él actúa movido por la compasión, sin preocuparse de la Ley; su amor es desinteresado, personal y eficaz”.⁴⁷

⁴⁵ RATZINGER. Op. cit., p. 237.

⁴⁶ BEDOYA. Op. cit., p. 411.

⁴⁷ MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 541.

El maestro de la ley que escuchaba la historia, con seguridad, estaba consternado, pues era impensable que el samaritano haya sido quien finalmente prestara ayuda al judío asaltado y herido. El que se detiene para cumplir la ley recordada en el versículo 27 fue el enemigo samaritano, quien propició un encuentro con el herido. “El cuerpo vulnerable de uno despierta el corazón atento del otro. Le conmueven las entrañas, literalmente, aquellas huellas visibles de la desgracia. Y el samaritano se llena de solicitud”.⁴⁸ Ratzinger manifiesta que, en este momento, al samaritano se le rompe el corazón; por ello, es capaz de ir más allá de su obligación y de lo meritoriamente necesario para alcanzar la vida eterna.

Lucas es atinado al usar el verbo *splagnizomai*, que traduce “conmoverse las entrañas” y “llenarse de compasión”. Este verbo cuando se transforma en sustantivo identifica cualquiera de las vísceras que están entre los hombros y las piernas, e identifica uno de estos órganos cuando duele porque está inflamado. “En hebreo hacía referencia originalmente al seno materno y la dedicación materna. Se le conmovieron las ‘entrañas’, en lo profundo del alma, al ver el estado en que había quedado ese hombre. ‘Le dió (sic) lástima’, traducimos hoy en día, suavizando la vivacidad original del texto. En virtud del rayo de compasión que le llegó al alma, él mismo se convirtió en prójimo, por encima de cualquier consideración o peligro”.⁴⁹ Entonces, la palabra remite a un dolor físico que en los textos sagrados mueve a la acción.

Vemos en otras partes de las Escrituras que *splagnizomai* es usado para manifestar el sentir de Dios y de Cristo en algunas escenas cruciales en las que expresan la condescendencia con su pueblo. Por ello, llama la atención que esta vez Lucas haga referencia a ese verbo al hablar del sentimiento de un hombre poniéndolo a la misma altura que Cristo. “Eso quiere indicar, la actitud básica y decisiva de toda acción, que, por ser fundamentalmente humana, es esencialmente cristiana”.⁵⁰ La acción del

⁴⁸ BOVON. Op. cit., p. 121.

⁴⁹ RATZINGER. Op. cit., p. 238.

⁵⁰ FITZMYER. Op. cit., p. 286.

samaritano es pues una conducta evangélica digna de imitar. El samaritano comprende la situación de dolor del herido, se le acerca y se deja tocar por su necesidad experimentando una punzada en sus entrañas, y luego opta libremente por cargar con un sufrimiento que en un primer momento le es ajeno. Finalmente, intenta aliviar sus dolores con premura.

- “Y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él” (Lucas 10, 34).

“Algunos autores modernos insisten en el hecho que el herido tuvo que aceptar la ayuda, reconocer por tanto su debilidad y su dependencia, yo prefiero subrayar la actividad precisa y juiciosa del samaritano que hace todo lo necesario sin exageración. Los primeros cuidados del samaritano son tres: curar, transportar, albergar”.⁵¹ El samaritano prolonga su compromiso, y las acciones que realiza manifiestan el cuidado que asume con el otro, al permitir que entre en su vida. “Esas acciones enriquecen la lectura de la parábola, ya que están descritas con extraordinaria viveza: derrama aceite y vino en las heridas, las venda, organiza el transporte del herido a una posada, se queda con él durante la noche, quizás en un ambiente hostil, luego paga al posadero dos denarios (dos salarios normales de un día), y se compromete a pagar otros gastos que pudiera causar el herido antes de su partida al día siguiente”.⁵²

- “Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva” (Lucas 10, 35).

Lucas es cuidadoso en describir no solo las acciones que realizó el samaritano, sino que al mismo tiempo nombra la manera como da de lo suyo. Para ayudar al judío herido que encontró en el camino gasta

⁵¹ BOVON. Op. cit., 121.

⁵² ÁLVAREZ QUINTERO. Op. cit., p. 111.

todas sus posesiones materiales: aceite, vino, cabalgadura y dinero, y se involucra al límite en la historia del otro.

Sumado a lo anterior, este samaritano es capaz de involucrar a otros en su misión. Ahora, traspasa la antorcha al administrador de la posada. Es interesante ver cómo este samaritano –del cual el pueblo judío no esperaba nada y se tenía por traidor– no solo es capaz de acercarse a un judío sin rencor y prestarle ayuda, sino que también extiende y fomenta una situación de encuentro. El samaritano, luego de albergar al convaleciente en una posada, propicia la ocasión para que el posadero también viva el amor. “Cuida de él”, le dice al posadero. El samaritano cuidó el enfermo y ahora pide al mesonero una actitud semejante. El verbo griego *epimeleomai* (“tener solicitud” y “cuidar con especial atención”) se halla en relación con el sustantivo femenino griego *epimeleia*, (“solicitud, cuidado”). Se trata aquí de un verbo “femenino”, lento, acariciador, capaz de confrontar las carreras y la impaciencia por los resultados inmediatos. Este cuidado femenino es propio de Dios en sus rasgos maternos cuando atiende con deferencia a los suyos. Una mamá con sus hijos heridos o enfermos no sabe de prisas, ni de improvisaciones ni de acciones solo por salir del mal paso.⁵³

2.2.1.4 El prójimo

Al terminar la parábola, Jesús lanza un cuestionamiento al maestro de la ley para ayudarlo a comprender mejor la nueva dimensión de *prójimo* que tan maravillosamente ha ejemplificado. Queda claro que al referirnos al prójimo ya no solo se debe considerar a quien pertenece al mismo pueblo, también lo es el enemigo y el desconocido. Y esta categoría no requiere normas legales ni mucho menos, pues tampoco se trata de pensar quién es mi prójimo desde la legalidad, sino de apropiarse de la posibilidad de ser prójimo y actuar como tal. “La búsqueda del prójimo deja de ser así una cuestión básicamente legal, para transformarse en un

⁵³ CARDONA. Op. cit., p. 55.

asunto de actitudes personales y de amor. Jesús desenmascara cualquier intento de justificación por parte del legista”.⁵⁴

Al parecer al legista le ha quedado claro y por ello no duda en contestar a la pregunta de cuál de esos tres caminantes se hizo prójimo, acogiendo así la invitación de Jesús desde una nueva perspectiva en la comprensión del prójimo. “No se puede negar que la parábola da, indirectamente, cierta respuesta a la pregunta planteada; tu prójimo es precisamente ese necesitado que te encuentras en tu camino. Pero, de hecho, la narración da un significado distinto al término prójimo; en el sentido más exacto, prójimo es el que muestra benevolencia y cordialidad con respecto a otros”.⁵⁵

No obstante, hay autores que difieren de tanta exactitud en las dos perspectivas para hablar del prójimo, ya que literalmente prójimo es un ser cercano. Por lo tanto, al establecerse una relación entre dos personas, se hacen cercanas y uno se hace prójimo del otro y viceversa. “Ser ‘prójimo’ significa abolir la exclusividad ‘yo-no, tú; mío-no, tuyo’; pero sin caer en la alternativa nefasta de que las personas se diluyan una en la otra y se lesione así la dignidad de cada una de ellas. Ser ‘prójimo’ no significa aumento de lo que sería posible para la fuerza y la convicción humanas, sino algo nuevo por gracia de Dios, algo que rebasa la lógica de la mera distinción y vinculación”.⁵⁶ Es la posibilidad de ser humano que se nutre del amor cristiano, el cual implica la apertura al otro sin negar la propia identidad.

En todo caso, es importante considerar aquellos detalles que aparecen en la parábola y que con una intención el autor sagrado ha querido dejar por escrito. Por un lado, los tres personajes han sido cuidadosamente elegidos: el sacerdote, el levita y el samaritano. Por otro lado, se dice que los detalles que usa el samaritano para efectuar su acción son elementos que tienen cierto sabor palestinese: el aceite, el vino, la cabal-

⁵⁴ MORA PAZ y LEVORATTI. Op. cit., p. 541.

⁵⁵ FITZMYER. Op. cit., p. 279.

⁵⁶ GUARDINI, Romano. El Señor. 2.a ed. Argentina: Lumen, 2000. p. 560.

gadura y la posada. Finalmente, no se puede pasar por alto la respuesta que da el legista a Jesús cuando se termina la historia; él no tiene el valor de pronunciar el nombre “samaritano” y habla de que fue prójimo quien “tuvo compasión de él”. “El significado de la parábola, en su contexto lucano, es que precisamente ese ‘extraño’, el samaritano, da pruebas de ser prójimo. El samaritano es el prójimo del maestro de la Ley. ¡Un samaritano es mi prójimo! Jesús continúa su camino hacia la cruz”.⁵⁷

Lucas deja claro en este relato que el amor al prójimo no se entiende aisladamente de la relación con Dios, sino que implica la adhesión personal a Él. En efecto, el samaritano supo anteponer la compasión a sus vínculos étnicos y convicciones religiosas. “Las prescripciones sobre la impureza legal que se contraía por contacto con un cadáver también formaba parte del Pentateuco samaritano; pero toda esa legislación no fue obstáculo para que el protagonista de nuestra historia antepusiera sus sentimientos de compasión y de entrega a cualquier clase de restricción legal que, en casos como éste, deben ser superados por la misericordia y por el amor”,⁵⁸ que necesariamente se nutren de la experiencia divina.

2.2.2 La tradición patristica

El recorrido histórico exegético en el estudio de esta parábola ha permitido variedad de líneas interpretativas, que ofrecen distintos testimonios. Predomina en buena parte la lectura alegórica de la misma y los debates que se refieren al sentido de la narrativa. Algunos estudiosos buscan encontrar el sentido único de la parábola mediante preguntas, como: ¿es un ejemplo de la misericordia de Cristo una crítica al modo de vivir la religión o una respuesta clara para saber quién es mi prójimo? Las posibles respuestas incitan a algunos exégetas modernos a retomar la lectura alegórica que hicieron, en su momento, los padres de la Iglesia. Por ello, en este punto no se abordará de manera profunda el

⁵⁷ FARMER, William. Comentario bíblico internacional. Navarra: Verbo Divino, 2000. p. 1279.

⁵⁸ FITZMYER. Op. cit., p. 279.

desarrollo patrístico, sino que simplemente se traerá a colación el aporte interpretativo de tres padres.

Para San Agustín, el relato del buen samaritano ha de interpretarse cristológicamente. Según él, Cristo es el buen samaritano que cura las llagas de una humanidad herida por medio de la misericordia y la acerca a la Iglesia. Cristo es quien nos custodia y libra de nuestros pecados. Esta interpretación agustiniana influyó la patrística latina, por eso para muchos padres de la Iglesia de los siglos II al VII fue natural hacer esa lectura alegórica, sin olvido del criterio de la analogía de la fe.

De la misma manera, Ireneo de Lyon lee la obra redentora de Cristo y la acción del Espíritu en la parábola; así lo testifica en su obra *Adversus Haeresus*: “porque el Señor confió al Espíritu Santo al hombre, su propio bien, que había caído en manos de los bandidos, ese hombre del que tuvo compasión y cuyas heridas curó él mismo, dando dos denarios reales para que, después de haber recibido por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hiciéramos fructificar el denario que se nos ha confiado y lo devolviésemos al Señor así multiplicado”⁵⁹. Y luego, Orígenes añade a la reflexión cristológica una orientación eclesiológica: “Ese samaritano lleva nuestros pecados y sufre por nosotros; lleva al moribundo y lo conduce a una posada, es decir, a la Iglesia que acoge todos los hombres, no niega su ayuda a nadie y adonde todos son invitados por Jesús”.⁶⁰

Otra lectura interesante es la que hace el teólogo católico Tomás de Vio, quien renunciando a la influencia del momento prefiere hacer una explicación antropológica antes que cristológica. Por ello dirá en *Evangelia*: “*Omnis homo est proximus*” (“todo hombre es un prójimo”).

Finalmente, creemos que se pueden integrar algunas interpretaciones. Al hacer una lectura cristológica, podemos considerar a Cristo Reconciliador nuestro buen samaritano, que nos ve heridos, nos recon-

⁵⁹ San Ireneo, A.H. III, 17.3

⁶⁰ Orígenes, Hom. Luc.

cilia y nos cura las heridas, para que experimentemos en su acción el amor del Padre. “¿Acaso no fue también el mismo Jesús ‘tocado en sus entrañas’ ante el sufrimiento, la soledad y el desamparo de los hombres (cf. 7,13)? ¿No vino, como un médico, a curar y a salvar lo que estaba perdido (cf. 5,31-32)? Y detrás de la misericordia activa de Jesús está, simétrica y programática, la eudokía, el beneplácito, el designio de salvación, la bondad operante de Dios mismo”.⁶¹

Es viable descubrir en la actitud del samaritano la adopción de sentimientos y gestos del mismo Cristo. El samaritano de la parábola encontró su camino hacia la vida eterna. Asimismo, todo hombre que acoge el don de la reconciliación en su propia vida experimenta en Cristo al buen samaritano, que es capaz de ser buen samaritano para los demás y encontrar el camino a la plenitud, el cual se alcanza al devolverle humanidad a quien no la tiene. El buen samaritano se hizo prójimo porque era humano. Aquí hablamos entonces de una lectura antropológica de la parábola.

⁶¹ BOVON. Op. cit., p. 129.

Capítulo II: Luces teológicas, cristológicas y antropológicas desde la parábola del buen samaritano

En este capítulo se realizará un ejercicio teológico de análisis, mediante el cual se procederá a aplicar los elementos identificados en el capítulo anterior en la vida cotidiana, permitiendo que sea la revelación quien ilumine la historia y el devenir humanos.

Como ya lo hemos mencionado, el recorrido histórico exegético de la parábola ha permitido que algunas lecturas interpretativas realizadas por algunos padres de la Iglesia perduren. Y a nuestro modo de ver, es importante rescatarlas, puesto que nos ayudan a acercarnos con más elementos a la Sagrada Escritura, con el fin de que siga hablando a nuestra realidad. Mencionábamos cómo San Agustín y San Ireneo por medio de una lectura alegórica identificaron a Cristo con el buen samaritano. Este Cristo es el Dios que se abaja, se encarna, para tocar la humanidad herida y reconciliarla; de esta manera, propicia que la acción de su amor sane y transforme la vida de todo hombre y con ella la sociedad.

Nuestra intención es proponer claves antropológicas para la reconciliación desde la parábola del buen samaritano, pero para ello queremos dar una pincelada a algunos elementos teológicos y cristológicos para profundizar en el misterio de la reconciliación y sus consecuencias en la vida de todo hombre.

1. Luces teológicas para una antropología de la reconciliación

Pondremos nuestra mirada en el hombre, quien desde siempre ha tratado de responder a las preguntas sobre el sentido de su vida y de la historia, tratando de descifrar el enigma de su existencia y desvelar su

misterio⁶², para confrontarlo con ese hombre –buen samaritano– que es capaz de cambiar la historia de los otros.

1.1 Dios nos crea por amor y para amar

Al acercarnos al buen samaritano de la parábola nos brotan las preguntas sobre el motivo de su acción: ¿qué clase de humanos son aquellos bandidos que sin piedad despojan de absolutamente todo a un hermano judío y lo dejan abandonado a su suerte?, ¿por qué a diferencia del sacerdote y el levita –judíos de estatus–, el samaritano es bueno con la víctima?, ¿por qué las actitudes del samaritano desvelan un brillo de humanidad? Estas preguntas tímidamente antropológicas necesariamente exigen ir a los orígenes y recordar el momento de la creación.

“Al hacer el mundo, Dios creó a los hombres para que participáramos en esa comunidad divina de amor: el Padre con el Hijo Unigénito en el Espíritu Santo”.⁶³ Esta verdad fundamental nos indica a los hombres el sentido de nuestra existencia. “El hombre... debía realizarse como imagen creada de Dios, reflejando el misterio divino de comunión en sí mismo y en la convivencia con sus hermanos, a través de una acción transformadora sobre el mundo. Sobre la tierra debía tener, así, el hogar de su felicidad, no un campo de batalla donde reinasen la violencia, el odio, la explotación y la servidumbre”.⁶⁴

Entonces, Dios que es amor nos creó por amor y para amar. Acá radica la clave de nuestra humanidad, en el misterio del amor difusivo de Dios, que en la medida que se comprende y se vive, mayor plenitud se experimenta. Sabernos creaturas de Dios nos permite afianzar nuestra existencia en su ser, que es todo amor, y descubrir nuestro camino

⁶² JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et pœnitentia”, 1984. p. 3.

⁶³ Documento Final de la Conferencia General del Episcopado de Latinoamérica en Puebla, 184.

⁶⁴ Ibid.

para ser lo que somos. “La creación da, por tanto, un sentido al mundo, al hombre y a la historia que no pueden encontrar por sí mismos. Es la respuesta, como bien dice el Catecismo, a los grandes interrogantes del hombre: ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Cuál es el origen del mal? Sabemos que existimos en cuanto dependemos de Dios. En esta dependencia ontológica y fundamental encuentra el hombre y el mundo la clave de comprensión de su existencia”.⁶⁵

Sin embargo, no podemos obviar la realidad del pecado que ha desvirtuado la bondad de la idea originaria de Dios. Pues, habiendo sido creados para vivir el amor, percibimos muchas veces un mundo fracturado por el odio, que se manifiesta en un proceso de deshumanización. “El odio manifiesta que el hombre, en lugar de optar por el amor, ha permitido que venzan en él la agresividad, el resentimiento y, en consecuencia, la irracionalidad y la muerte”.⁶⁶ Claro ejemplo de esto lo encontramos en aquellos bandidos que yendo por el camino de Jericó no pierden oportunidad para despojar de todo a su víctima. Joseph Ratzinger categoriza esta imagen como réplica de la historia universal: el hombre que yace medio muerto al borde del camino es imagen de la humanidad y el samaritano solo puede ser la imagen de Jesucristo: Dios mismo que se hace prójimo.⁶⁷

1.2 El pecado: ruptura de la comunión

“El dato de que la comunión y participación para la cual existe ha sido rota, y de que actualmente el mal actuante obstaculiza alcanzar esa comunión es un dato fundamental que no puede ser soslayado por la antropología”.⁶⁸ Si bien es cierto, no se trata ahora de promover un

⁶⁵ SAYÉS, José Antonio. Teología de la creación, Op. cit., p. 91.

⁶⁶ JUAN PABLO II. Discurso a los fieles en Ayacucho, 3 de febrero de 1985.

⁶⁷ RATZINGER. Op. cit., p. 242.

⁶⁸ SALAZAR, Miguel. Persona humana y reconciliación. 2.a ed. Lima: Vida y Espiritualidad, 1992. p. 20.

cristianismo primariamente sensible al pecado⁶⁹; no podemos obviar su realidad y sus consecuencias.

Como escribe el apóstol San Juan: “Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está con nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, Él que es fiel y justo nos perdonará los pecados.” Tales palabras enfocan el problema del pecado en su perspectiva antropológica, como parte integrante de la verdad sobre el hombre, más lo encuadran inmediatamente en el horizonte divino, en el que el pecado se confronta con la verdad del amor divino, justo, generoso y fiel, que se manifiesta sobre todo con el perdón y la redención.⁷⁰

Entonces, al dirigir nuestra mirada también a esta verdad del pecado, podremos comprender mejor desde Dios la necesidad de nuestra reconciliación y sus beneficios personales y sociales. Sabemos, no solo por las narraciones bíblicas, sino también por la experiencia, que la ruptura con Dios trae consigo la división e incomprensión entre los hermanos. Las páginas del Génesis nos muestran el drama de la acusación y de la venganza. Al acercarnos a la realidad del pecado descubrimos la lógica de causa y efecto: cuando el hombre creado por Dios decide rechazar a quien le dio la vida y es amor, “libremente” se suicida para luego experimentar en su interior conflictos que lo aturden y confunden sobre su identidad y quehacer; de esta manera, contagia esa inestabilidad interior a sus relaciones con los otros. Y así se vive en un círculo de deshumanización, en el cual ni Dios lleva a amar al otro, ni el otro remite a Dios.

Como narradores del amor de Dios o de Dios-Amor tenemos, pues, todos una gran dificultad o tiene quien entiende la vida de un modo unilateral, marcado solamente por la acción, la técnica y el consumo, no encuentra razón para amarse de verdad así mismo cuando deja de

⁶⁹ BENNÁSSAR, Bartomeu. Dios: futuro humano para todos. Madrid: BAC, 2000. p. XIV.

⁷⁰ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et pœnitentia”. p. 43.

ser actor y productor. Entonces tampoco puede amar sin reservas a los demás, ni siquiera respetar la dignidad humana de quienes no son grandes actores ni productores: los débiles, los ancianos, los niños.⁷¹

Esta luz nos permite adentrarnos más a la parábola y observar los corazones del sacerdote y del levita, quienes pasaron de largo al ver a su hermano herido, mientras el samaritano fue capaz de amar solidariamente. El pecado de cada uno lo vemos y experimentamos, repercute de cierta manera en los demás, siempre. Deshumaniza a los seres humanos y les quita la posibilidad de vivir según su identidad creacional al negar la vida, el amor. Y este es el motivo por el cual el interior de todo hombre –aunque no todos lo sepan – reclama unión, estabilidad y armonía. En este contexto se entiende la *nostalgia de reconciliación*⁷² de la que nos habló Juan Pablo II: “significa precisamente este dinamismo por el cual el hombre busca reencontrar el camino de la comunión para la cual existe –tanto en su más profunda apertura vertical, con Dios, comunión de amor, como en sus aperturas horizontales, con las personas humanas con las que entra en comunicación y comunión–”.⁷³

1.3 La promesa del Reconciliador

Puesto que es tan profunda la división ocasionada por el pecado, de la reconciliación no se puede esperar menos. “La nostalgia de la reconciliación y la reconciliación misma serán plenas y eficaces en la medida en que lleguen –para así sanarla – a aquella laceración primigenia que es la raíz de todas las otras, la cual consiste en el pecado”.⁷⁴ Por ello, hemos sido testigos del actuar bondadoso de Dios que ha querido hacerse hombre para nuestra salvación. En la Encarnación del Verbo se expresa de manera magnánima la solidaridad que Dios tiene con la humanidad.

⁷¹ BENNÁSSAR. Op. cit., p. XXIV.

⁷² JUAN PABLO II. Op. cit., p. 8.

⁷³ SALAZAR. Op. cit., p. 21.

⁷⁴ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 8.

En Jesús podemos conocer más hondamente el misterio del amor de Dios que nos rescata, nos reconcilia.⁷⁵

Dios, con su reconciliación, es quien nos devuelve la posibilidad de sanar nuestras relaciones, capacitándonos para vivir el amor. Él logra para nuestra vida aquello que por nuestras solas fuerzas no podemos: “liberarnos de la deshumanización que todos llevamos inscrita en nuestra condición de seres limitados para alcanzar así (en cuanto eso es posible en este mundo) la plenitud de nuestra humanidad”.⁷⁶

Dios ha querido enviar a su Hijo para posibilitarnos a los hombres el retorno a la comunión. Él, que es fiel a su designio a pesar del rechazo del hombre, ha permanecido fiel al amor y lo manifiesta en el cumplimiento de su promesa⁷⁷, mediante la cual salva amando⁷⁸. “La respuesta salvadora desde Dios para el hombre (y desde el hombre para Dios) vendrá por el camino cristiano de una encarnación entrañable, de un amor humanísimo”⁷⁹ que implica humanización, solidaridad, fraternidad, etcétera.

Tan paradójico es el actuar de Dios que en el umbral de nuestra historia, cuando se presenta el momento más dramático para la humanidad, surge también la promesa que llena de esperanza al hombre caído, quien puede alcanzar su plenitud en Jesucristo, el Reconciliador. “El Hijo de Dios asume lo humano y lo creado y restablece la comunión con su Padre y entre los hombres”.⁸⁰ Cuando el hombre está despojado de lo propio y de su dignidad, y la esperanza no brilla, aparece el buen samaritano para curar y sanar, para reconciliar.

⁷⁵ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 47.

⁷⁶ CASTILLO, José María. La humanización de Dios: ensayo de cristología. Madrid: Trotta, 2009. p. 282.

⁷⁷ Ver Gen 3,15.

⁷⁸ Ver Jn 3,16; Rom 5,5; 1 Jn.

⁷⁹ BENNÁSSAR. Op. cit., p. XIII.

⁸⁰ Documento Final de la Conferencia Episcopal de Latinoamérica en Puebla, 188.

En la Encarnación Dios se hace carne, se hace hombre; a pesar de ser eterno, decide entrar en el devenir humano asumiendo enteramente su aspecto débil y mortal, sin renunciar a su naturaleza primera.⁸¹ “Dios vio claramente que, para salvar al ser humano, no hay más medio ni más remedio, no hay otro procedimiento ni otro sistema, que descender, bajarse del pedestal, abandonar el trono de la majestad, y hacerse como uno de tantos, despojarse de todo poder, de toda grandeza y de todo privilegio”.⁸² En la Encarnación de Dios en Jesús de Nazaret escogió pasar por experiencias de limitación que son propias de los seres humanos. Esta realidad, nuevamente, no puede ser comprendida sino desde el amor. La revelación de Dios en Jesús implica un movimiento kenótico, de abajamiento, de despojo, y tiene la intención de demostrar a todos los hombres el amor que la inspiraba e invitar a caminar por la misma senda de la radicalidad del amor⁸³, enfrentándonos de esa manera a una urgencia existencial: ser más humanos.

En Jesús de Nazaret se encontraron *lo divino y lo humano*. Por eso cuando decimos que Dios se encarnó, se humanizó, estamos planteando un itinerario de encuentro con Dios que brota de la riqueza humana; es decir, Dios cumple su promesa devolviéndonos la posibilidad de entrar en comunión con Él y con los demás desde nuestra realidad humana. Y nos enseña en Jesús su humanización que trasciende lo humano, porque es capaz de superar cualquier signo de deshumanización, de ruptura⁸⁴. Es así como la concepción del dios cristiano rompe con las propuestas filosóficas de corte pagano. Su cercanía es entendida como un acto humillante, por eso prefieren tener a Dios en la lejanía de su trascendencia.

Sin embargo, Dios se hace buen samaritano en Jesucristo. “Él es el canal por el que Dios baja al hombre y el hombre sube hasta Dios; el medio por el que Dios se revela personalmente al hombre y por el

⁸¹ SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Op. cit., p. 528.

⁸² CASTILLO. Op. cit., p. 181.

⁸³ GALOT, Jean. Cristo, tú quién eres. Cristología I. Madrid: Centro de Estudios de Teología Espiritual, 1982. p. 193.

⁸⁴ CASTILLO. Op. cit., p. 199.

que éste llega a conocer quién es Dios para él. Resulta, por tanto, que también en Cristo llega el hombre a conocerse a sí mismo en toda su verdad”.⁸⁵ En la persona de Jesucristo, Dios y el hombre están unidos y operantes. Dios actúa como hombre y en calidad de hombre inaugura una nueva humanidad, pues “el Hijo de hombre se asemeja al hombre primordial, es el hombre en su total integridad, en contraste con el pecado, que lo desnaturaliza”.⁸⁶

2. Luces cristológicas para una antropología de la reconciliación

Hemos visto cómo desde la misma revelación se pueden encontrar luces para responder a las preguntas más cruciales que se hace el hombre sobre su existencia, el sentido de su vida, el origen del mal y del sufrimiento, y la esperanza de un futuro diferente, de una humanidad feliz. Entramos entonces a analizar cómo Cristo, desde la parábola del buen samaritano, se nos muestra como el camino de humanización, la verdad que da claridad sobre quiénes somos y el sentido de nuestra existencia y la vida, como referencia a aquello que nos hace plenamente felices. Pasamos entonces de las preguntas que hace el hombre a las respuestas que va mostrando Cristo mismo y que son corroboradas con otros pasajes de la revelación.

2.1 El Reconciliador

Jesucristo, buen samaritano, manifiesta en su persona la plenitud de la reconciliación con el Padre. Este *Hijo Amado* se vuelve puente en la Encarnación entre Dios y los hombres. “Consecuencia de ello, el horizonte del hombre se aclara y el ser humano recupera su propia identidad, como ‘imagen y semejanza’ de Dios, y de esa manera, recupera

⁸⁵ DUPUIS. Op. cit., p. 11.

⁸⁶ GALOT. Op. cit., p. 135.

también la comprensión y la posibilidad del libre y recto despliegue de su impulso de permanencia y de su impulso de realización”.⁸⁷ El cumplimiento de la promesa permite acercarnos ahora a la historia de salvación desde una perspectiva reconciliadora, en la cual descubrimos que Dios reconcilia al mundo en su Hijo, dando a luz una nueva comunidad de reconciliados.⁸⁸ Esta reconciliación fontal se hizo necesaria para unir aquello que estaba roto por el pecado y se manifestaba en lo más íntimo del hombre y sus relaciones. Esta reconciliación que se ha dado en la persona de Jesucristo es un don del Padre que nos libera del pecado y sus consecuencias.

Según nuestra fe, el Verbo de Dios se hizo hombre y ha venido a habitar la tierra de los hombres; ha entrado en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí. Él nos ha revelado que Dios es amor y que nos ha dado el “mandamiento nuevo” del amor, comunicándonos al mismo tiempo la certeza de que la vía del amor se abre a todos los hombres, de tal manera que el esfuerzo por instaurar la fraternidad universal no es vano. Venciendo con la muerte en la cruz el mal y el poder del pecado con su total obediencia de amor, Él ha traído a todos la salvación y se ha hecho “reconciliación” para todos. En Dios ha reconciliado al hombre consigo mismo.⁸⁹

Por la reconciliación, la historia salvífica ha llegado a ser actividad humana, puesto que la presencia de Dios entre los hombres se ha concretado en Jesús, verdadero hombre. Y por esta comunicación de la vida divina dada en el misterio de la reconciliación, donde lo divino y lo humano se hacen uno, nos es posible alcanzar ahora la plena realización de nuestra humanidad. La reconciliación pues adquiere en la historia de todo hombre un carácter de autoevidencia que será siempre novedoso y renovado. “Esta defiende la nueva auto evidencia de un amor, que

⁸⁷ SALAZAR. Op. cit., p. 23.

⁸⁸ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 13.

⁸⁹ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 35.

se puede calificar como manifestación de la reconciliación mesiánica abierta por Dios a los hombres mediante él mismo”.⁹⁰

Jesucristo, nuestro Reconciliador, es el único capaz de acceder inmediatamente a Dios y transmitir su voluntad y su palabra. Él, siendo Hijo, no solo vive íntimamente unido al Padre, sino que nos invita a todos a formar parte de esa comunión⁹¹ para la que fuimos creados. En Cristo redescubrimos que venimos del amor y volvemos al amor.⁹²

Al acercarnos a la carta a los romanos –“nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo” (Rom 5,10)– y a la segunda carta a los corintios –“era Dios el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo” (2 Cor 5,19)–, descubrimos la fuerza reconciliadora de la muerte de Jesús. “La reconciliación operada por Dios no ha sido indolora. No es ‘una gracia barata’. Dios Padre lo ha dado todo para lograrla: ha entregado (edoken, cf. Jn 3,16) a su Hijo, lo ha dejado en manos de hombres fanatizados y dominados por sus intereses, que lo han llevado a la cruz”.⁹³ Y así lo manifiesta el Nuevo Testamento, que puede ser leído desde la doctrina de la reconciliación en la que Dios triunfa sobre la muerte y por medio de la cruz abre nuevamente el camino del amor, reconciliando consigo al mundo.

Por esto descubrimos en Cristo Reconciliador no solo el camino para que todo hombre vuelva a Dios, sino también para que se encuentre consigo mismo y en esa dinámica construya la realidad social, la cual puede y debe estar impregnada por una cultura del encuentro, que se nutre de la reconciliación y comunión. Así lo descubrimos en el buen samaritano de la parábola, que acercándose al herido lo reconcilia y le permite experimentar el amor divino al involucrar a otros en este proceso de comunión.

⁹⁰ JÜNGEL, Eberhard. Dios como misterio del mundo. Salamanca: Sígueme, 1984. p. 453.

⁹¹ RATZINGER. Op. cit., p. 27.

⁹² SAYÉS, José Antonio. Teología de la creación. Op. cit., p. 10.

⁹³ URIARTE, Juan María. La reconciliación. Santander: Sal Terrae, 2013. p. 77.

2.2 Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre

“El hombre Jesús es ‘el sacramento del encuentro con Dios’. Esto significa que en su naturaleza y en su rostro humano nosotros entramos en contacto con Dios mismo, desde el momento en que la divinidad y la humanidad se han unido indisolublemente en su persona, en calidad de Hijo de Dios hecho hombre”.⁹⁴ Y es importante comprenderlo así, ya que durante varios años en la reflexión cristológica se priorizó y absolutizó el dogma calcedonense, y se dejó de lado la reflexión del hecho salvífico en que Dios se hace presente en la historia de la humanidad, haciéndose uno de nosotros.⁹⁵ Ahora, es peligroso no aceptar esa realidad, puesto que la reflexión madura permite una lectura renovada frente al compromiso del Hijo en el curso de la vida humana. No se trata de eliminar el dato de su naturaleza divina, pues esta no es un obstáculo, sino más bien de comprenderla como punto de partida que se integra con la experiencia humana. Se manifiesta así la vitalidad del amor de Dios por sus creaturas, tanto que en su Hijo ha querido hacerse semejante en todo a nosotros, menos en el pecado.

Ahora bien, en Jesucristo –verdadero Dios y verdadero hombre– Dios nos ha mostrado la manera de ser humano. “Cuando afirma que el Hijo del hombre ha venido, entiende Jesús con esto el hombre que él mismo es, que vive una auténtica vida humana”⁹⁶, en la que manifiesta en primer lugar su relación íntima y estrecha con el Padre. Al respecto, Pannenberg postula que la humanidad divina de Jesucristo se concibe como la plenitud suprema de lo humano en general. Y citando a K. Rahner, profundiza: “la cristología es fin y principio de la antropología. Y esta antropología en su realización más radical, –la cristología– es, eternamente, teología”.⁹⁷ De esta manera, podemos concluir que la autoridad con la que Jesús habló

⁹⁴ DUPUIS, Op. cit., p. 9.

⁹⁵ JOHNSON, Elizabeth A. La cristología, hoy. Olas de renovación en el acceso a Jesús. Santander: Sal Terrae, 2003. p. 26.

⁹⁶ GALOT, Jean. Op. cit., p. 130.

⁹⁷ PANNENBERG, Wolfhart. Fundamentos de cristología. Salamanca: Sígueme, 1974. p. 247.

sobre Dios y le hizo cercano a los demás radica en esa experiencia íntima de lo trascendente con lo inmanente, mediante la cual nos comunica que a Dios lo encontramos siempre en la propia humanidad.⁹⁸

Esta exposición permite comprender el modo en que Jesús habló de su Padre. Y no lo hizo a través de categorías elevadas ni discursos desencarnados, sino a través de su praxis y de imágenes cercanas a la realidad humana. Desde su estilo de vida nos dio a conocer quién es Dios y cómo actúa. La parábola del buen samaritano nos expresa, de esta manera, el actuar de Cristo que irrumpe la historia para cuidar, sanar y devolver la dignidad perdida; Dios entra a nuestra historia para que experimentemos su reconciliación, que en palabras de Juan Pablo II no es otra cosa que “un renovado abrazo entre hombre y Dios, entre el hombre y su hermano, entre el hombre y todo lo creado”.⁹⁹

Con esto podemos decir que el don de la reconciliación manifestado en la persona de Jesucristo, buen samaritano, inaugura una nueva humanidad, ya que su solidaridad ha sido capaz de transformar nuestra condición humana. Dios en su Encarnación elevó nuestra vida a una dimensión divina. Él ha concedido dignidad a todo nuestro actuar, por eso solo en Jesucristo recuperamos la imagen y semejanza con la que fuimos creados y que fue opacada por el pecado. En Él descubrimos la manera de hacernos *buenos samaritanos*.

2.3 Una nueva humanidad

En Cristo Reconciliador aparece Dios como el samaritano. “Mediante el sacramento de la humanidad de Dios, es decir, por Jesús Dios se nos revela y salva al hombre. La inhumanidad padecida es provocación a la Humani-

⁹⁸ CASTILLO. Op. cit., p. 91.

⁹⁹ JUAN PABLO II. Alocución durante la celebración de la Palabra en Barranquilla, 7 de julio de 1986.

dad de Dios”,¹⁰⁰ que se ha manifestado a través de la historia de salvación como compasión, justicia, esperanza, diálogo, libertad, etcétera. En Jesús se ha revelado al hombre verdadero y se han cumplido todas nuestras esperanzas, puesto que nada de lo humano le es ajeno ni le falta. “El Hijo del hombre se ha insertado en la serie de generaciones humanas y por Él tiene sentido toda la humanidad propia de la condición del hombre”.¹⁰¹

Consideramos importante la recuperación del significado de ser humano a la luz de la Encarnación; este paso que se hizo en la renovación de la cristología (1950) permitió que ahora podamos hacer una mayor reflexión de las implicancias de ello para nuestra vida y destacar así el actuar de Dios, que no se quiso encarnar ni en *lo sagrado* ni en *lo religioso*, sino que optó por enaltecer *lo humano*. Por ello, “sólo el que toma en serio lo humano y se comporta rectamente con lo que es propio de la condición humana, sólo ése puede conectar y encontrar al Dios que se humanizó, el Dios de los cristianos que se nos reveló en Jesús”.¹⁰² Asimismo, este retorno a lo humano ha despertado mayor interés por Jesús, verdadero humano que se muestra como persona plena y libre, y que contrasta con la variedad de experiencias humanas cargadas de negativismo y sufrimiento que ensalzan la deshumanización de muchos a lo largo de varios años. Un aspecto claro es que la predicación de Jesús no se limita a una invitación de ser simplemente mejores, sino apropiarse de esa nueva humanidad que trae implicancias en la vida social. “La finalidad del cristianismo no puede ser otra que la finalidad de Jesús (su razón de ser y su misión), de eso se sigue que, de la misma manera que Jesús es la humanización de Dios, el cristianismo, que prolonga en la historia la presencia de Jesús, no tiene otra finalidad y otra razón de ser que hacer presente y operativo el proceso de humanización que se inició en la encarnación”.¹⁰³

¹⁰⁰ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 74.

¹⁰¹ GALOT. Op. cit., p. 134.

¹⁰² CASTILLO. Op. cit. p. 208.

¹⁰³ Ibid., p. 58.

“Quien ve a Jesús, ve al Padre (cf. Jn 14,9). De este modo, el discípulo que camina con Jesús se verá implicado con Él en la comunión con Dios. Y esto es lo que realmente salva: el trascender los límites del ser humano, algo para lo cual está ya predispuesto desde la creación, como esperanza y posibilidad, por su semejanza con Dios”.¹⁰⁴ La comunión de Jesús con Dios fue clave y fundamental para que este se transformara en persona única e irrepetible, e invitara con su ejemplo a que todo cristiano sea interpelado y responda al llamado de entrar a una nueva y verdadera comunión con Dios.

Jesús, con su vida, mostró el camino de apertura hacia Dios. Toda su vida fue un “hacer la voluntad del Padre”. “Con su entrega exclusiva a la función que Dios le había encomendado, Jesús vivió como el hombre totalmente entregado a Dios. Si el concepto de la función de Jesús lleva en primer término a considerarle como el mandatario de Dios ante la humanidad, su actitud concreta puesta en práctica precisamente en el ejercicio de su función pone de manifiesto al mismo tiempo la situación humana con respecto a Dios”¹⁰⁵ y confirma con su vida que estar en comunión con Dios y vivir reconciliados con el Padre es una situación necesaria para irradiar esa acción reconciliadora con respecto a los demás.¹⁰⁶

De esta manera, tener experiencia íntima de Dios nos dispone a vivir la comunión con los demás. Una persona que experimenta la reconciliación de Dios en su vida es capaz de recrear una nueva humanidad, reconciliada. Así como Jesús, que interesado en la comunión con el Padre, volcó su vida a los demás. “El otro hombre, que está ahí para mí, y aquel que puede esperar que yo esté aquí para él, son descubiertos simultáneamente como prójimos con la nueva comunión con Dios, los cuales participan de la misma comunión. En la nueva autocomprensión inaugurada por la predicación de Jesús, encuentra, el que ha sido interpelado por él,

¹⁰⁴ RATZINGER. Op. cit., p. 30.

¹⁰⁵ PANNENBERG. Op. cit.

¹⁰⁶ JUAN PABLO II. Discurso a los fieles en Ayacucho, 3 de febrero de 1985.

la referencia al prójimo. Así, como un ser destinado a la comunión con Dios y con los demás hombres, llega a ser un yo individual”.¹⁰⁷

La plenitud humana que Jesús nos propone no solo radica en una experiencia personal, sino que traspasa los límites del egoísmo e invita a la proximidad de uno con el Otro, y de unos con otros. En esto consiste la humanidad reconciliada, en hacer vida la experiencia de Dios.

La parábola del buen samaritano manifiesta la incondicionalidad del amor que necesariamente se expresa en dos direcciones. Se describe ahí “la unidad del amor de Dios y del prójimo que constituye el canon de toda interpretación de la ley por parte de Jesús (cf. Mt 22,40). La idea de la relación que existe entre el perdón de los pecados recibido y el amor al prójimo hace comprensible tanto la radicalidad de la interpretación de la ley por parte de Jesús como también su libertad frente a otras determinaciones que no se relacionan con este núcleo”.¹⁰⁸

El *Abbá* de Jesús es un dios misericordioso y profundamente amoroso. “Su perdón es una devolución de la dignidad perdida por el acto pecador y la actitud de los acusadores y signo de confianza del Señor en un futuro renovado para ella”.¹⁰⁹ Por ser perdonador, actúa sin coerción alguna, es libre y no espera mérito alguno para actuar en favor del necesitado. Por eso, es significativa la acción del buen samaritano, quien sintiendo compasión ayuda a su prójimo y se distingue del sacerdote y del levita. El samaritano, como Jesús, siente lástima. “La ley no le llevó a amar a su prójimo y así cumplir la ley mediante una obra, sino que el amor hacia el que había caído en una necesidad le motivó a realizar un hecho autoevidente para el amor, que, además, como tal, era cumplimiento de la ley”.¹¹⁰ Es así como Jesús acierta y nos enseña un rasgo clave de su humanidad: se anticipa a la ley con el amor. Este es el camino

¹⁰⁷ JÜNGEL. Op. cit., p. 451.

¹⁰⁸ PANNENBERG. Op. cit., p. 289.

¹⁰⁹ URIARTE, Juan María. Op. cit., p. 55.

¹¹⁰ JÜNGEL. Op. cit., p. 457.

del comportamiento humano frente al prójimo, especialmente con el que sufre. Dios se hace el contradicho a través de lo sagrado, lo religioso, pero de manera plena en todo aquello que nos humaniza. “A Dios lo encontramos primordialmente y, ante todo, no por el camino de la ‘perfección’, no por el de la ‘santificación’, ni tampoco por el de la ‘espiritualización’, sino sobre todo por el camino de la ‘humanización’”.¹¹¹

Nos atrevemos a decir que los evangelios son un compendio de humanidad en los que Dios quiso que quedara escrito el misterio de su amor, para que con su Hijo aprendiéramos a ser humanos. Es recurrente en las páginas neotestamentarias la invitación insistente por parte de Jesús a mejorar las relaciones humanas impregnándolas de caridad. Para todos, el camino de la vida cristiana se torna exigente y cuesta arriba, no porque sea difícil amar a Dios, sino porque es difícil amar a los otros como Dios nos ama. Es difícil ser como el buen samaritano que opta por ir en contra de una *religiosidad* como la del sacerdote y el levita por apostar por la *humanidad*.

Jesús nunca fue excluyente con nadie. Se relacionó con paganos, samaritanos, pecadores públicos, publicanos y todos los que por su condición social eran rechazados, como mujeres, niños, enfermos, etcétera. “Rompió barreras, derribó fronteras de separación, unió a las ovejas dispersas, a todos los perdidos (Lc 15). Aquel judío bueno y singular, Jesús de Nazaret, fue lugar de encuentro, de unión, de acogida para todos”.¹¹² Toda su vida fue una expresión de su misión reconciliadora que se inició en la Encarnación y se consumió en su Resurrección. Cristo el Reconciliador supo mostrarle al hombre la sublimidad de su vocación¹¹³ desplegando su humanidad y evidenciando no solo quién es Él, sino para qué vino al mundo.

¹¹¹ CASTILLO. Op. cit., p. 203.

¹¹² Ibid., p. 61.

¹¹³ Gaudium et Spes, 22.

3. Luces antropológicas en perspectiva de reconciliación

Hemos visto cómo desde la teología encontramos algunas luces que nos permiten extraer de la parábola del buen samaritano la respuesta a la pregunta sobre el sentido de la creación del hombre desde el amor de Dios; la respuesta a la pregunta sobre el mal del mundo y el sufrimiento desde el dato del pecado; la posibilidad de que el corazón del hombre albergue alguna esperanza desde la promesa de la Reconciliación. Todo ello nos ha llevado al centro mismo de la revelación: Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La cristología nos abre las puertas al conocimiento de quién es ese buen samaritano: Dios misericordioso, Cristo Reconciliador.

Teniendo los anteriores elementos como antesala, podemos pasar a revisar cómo Cristo a través de la parábola del buen samaritano nos da herramientas concretas para vivir ese proceso de reconciliación. En consecuencia, procedemos a categorizar algunas claves que nos permiten vivir ese dinamismo reconciliador, enmarcadas en la parábola objeto de análisis.

3.1 El acercamiento íntimo y hondo a Dios nos hace más humanos

- “Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: ‘Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?’ Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?’ Respondió: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.’ Díjole entonces: ‘Bien has respondido. Haz eso y vivirás’” (Lc 10-25-28).

Los versículos del 25 al 28 nos muestran a un legista interesado en alcanzar la vida eterna. Este “experto en la ley” tuvo necesidad de que Jesús le hiciera caer en la cuenta de cómo la misma ley expresa el modo de alcanzarla. Aquel conocía la ley de una manera formal, pero no la había interiorizado ni mucho menos vivido.

El camino para la santidad es la vivencia plena del amor que se expresa en el amor a Dios, al prójimo y a uno mismo. Estas tres dimensiones del amor se interrelacionan y no pueden desligarse, puesto que perderían su veracidad, por un lado, pero también sería casi imposible amar verdaderamente a Dios y no a los hermanos, pues quien entra en comunión con Dios y penetra el misterio de su amor necesariamente fortalece su relación con el prójimo y lo ama. Ambas exigencias forman parte de una totalidad. “No es posible amar a Dios, pero no al prójimo. Amar es una realidad integral que fluye, que va de Dios hacia mí, de mí hacia el prójimo y del prójimo hacia Dios. Ya no hay más individualismo sino una viva solidaridad. La corriente no debe ir hacia el individuo que esté más cerca, sino hacia todos”.¹¹⁴

Es interesante cómo Jesús renueva el mandamiento del amor. Sin destruir lo anterior, hace nuevas todas las cosas, y es el ejercicio al que invita al legista.¹¹⁵ Él introduce en nuestra vida valores *de lo alto* que despiertan lo que hay en cada corazón humano. “La apertura hacia Dios constituye el auténtico sentido de la estructura fundamental del ser humano que en la antropología actual se denomina como ‘apertura al mundo’, aun cuando con este término se piense en una apertura que va más allá del presente horizonte mundano”.¹¹⁶ Cuando el hombre se deja interpelar por Dios y le abre su humanidad, reconoce esa huella interior que lo invita a tener una vida más humana, en relación de unos con otros.

Entonces, como primer dato antropológico podemos afirmar que la invitación urgente de Jesús a entrar en comunión con el Padre no solo radica en la necesidad que tenemos de su amor y de amarle, sino en la posibilidad de realizarnos humanamente en el trato con los demás, viviendo de ese mismo amor. Y es que “la experiencia muestra que cuanto más cerca estemos de Dios, tanto más –no menos– plenamente

¹¹⁴ GUARDINI. Op. cit., p. 312.

¹¹⁵ “No penséis que he venido a abolir la Ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento” (Mt 5,17).

¹¹⁶ PANNENBERG. Op. cit., p. 240.

nos hacemos nosotros mismos. Cuanto más plenamente humanos nos hacemos, tanto más presente se hace Dios con nosotros”.¹¹⁷

3.2 Dios está escondido en mi prójimo

- “Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘¿Y ¿quién es mi prójimo?’” (Lc 10,29).

Muchas veces los humanos al descubrir el reto del amor y sus exigencias preferimos excusarnos y hacernos de oídos sordos, y optamos por una vida que no acoge al otro ni nos dejamos acoger por los demás. Sabemos de la existencia de los demás, pero considerarlos prójimo es un paso muy grande que en distintas ocasiones no se está dispuesto a dar por muchos motivos: miedo al sufrimiento, incomodidad, evasión al compromiso, desconfianza, diferencias étnicas y culturales, etc. El hombre de hoy prefiere vivir en la ignorancia de no saber quién es su prójimo y pretende así vivir un amor mutilado que no termina de ser pleno ni libre.

Frente al cuestionamiento ignorante del legista, Jesús va a responder con una historia en la cual es difícil no relacionar la vida eterna con los demás. Y es que para Jesús algo está claro: no es suficiente alcanzar la felicidad eterna con el simple hecho de reconocerlo como Salvador, sino que es necesario hacerse cargo de los otros, permitiéndoles que se descubran humanos y también llamados a vivir el amor. “Dios mismo ha convertido la cuestión de la responsabilidad con el prójimo en la cuestión religiosa por antonomasia”.¹¹⁸ Y por ello es necesario acoger el llamado de Dios de descubrir al otro como un prójimo, con el fin de respetar su dignidad y su libertad, y devolver siempre el bien por el mal, con la conciencia clara de que estas exigencias sobrepasan nuestros esfuerzos, puesto que contamos con el dato del pecado que nos ha herido.

¹¹⁷ JOHNSON. Op. cit., p. 43.

¹¹⁸ BENNÁSSAR. Op. cit., p. XX.

La pregunta del legista recoge el olvido que muchas veces tenemos del Dios que está escondido en el prójimo y que necesitamos renovar en la memoria para reconocer al otro tan digno de amor como uno, puesto que “la Humanidad de Dios [está] al servicio del hombre más humano”.¹¹⁹

3.3 La verdad cristológica tiene implicancias en la vida personal, social, cultural y moral

- “Jesús respondió: ‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto’” (Lc 10,30).

El inicio de la parábola contada por Jesús nos enfrenta con el riesgo que corre cualquier hombre. Este hombre que “bajaba de Jerusalén” puede ser cualquier persona. Tú o yo. Ese hombre es violentado hasta el extremo y es dejado abandonado a su suerte y en estado grave. Su única esperanza en esa situación es la decisión de otra persona que quiera ayudarlo y “cargar” con él.

Y, por otro lado, un dato importante en este versículo es que quienes despojan y golpean a su víctima son dos hombres. Vale preguntarnos: si todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y para vivir el amor, ¿por qué dos hombres son capaces de dejar medio muerto a otro hombre? Este verso refleja pues el panorama del mundo: odio, egoísmo, luchas por posesiones, guerras de poder, etcétera, donde importa el beneficio personal a costa de quien sea. Ha perdido peso la reflexión antropológica y por ello hoy es necesario recuperar una antropología que no se cierre al aporte de la revelación cristiana, “una antropología que, desde el hecho humano fundamental, lleve a comprender la trascendencia y singularidad del hombre”.¹²⁰

¹¹⁹ Ibid., p. XIV.

¹²⁰ SALAZAR. Op. cit., p.7.

Recordemos que la encarnación del Verbo posibilitó un intercambio, por medio del cual la humanidad quedó revalorizada, por ello el hombre está llamado a trascenderse. “En Jesucristo el hombre se trasciende a sí mismo en Dios por medio del auto vaciamiento de Dios en la condición humana. De esta manera descubre el alto valor que Dios le ha confiado y el alto precio que tiene a los ojos de Dios”.¹²¹ Entonces, tanto la víctima como sus agresores han sido reconciliados en Cristo y tienen la posibilidad de volver a ser humanos.

“Sólo desde el hombre visto en Cristo, el tema de la libertad y el de la liberación, el de la reconciliación y el de la solidaridad cobran todo su sentido”.¹²² Y es que no se puede proponer ningún humanismo que haga a un lado a Cristo. La verdad cristológica tiene implicancias en la vida personal, social, cultural y moral, por ello se hace necesario afianzar la humanidad en su humanidad, para devolverle la esperanza al mundo.

3.4 Uno de los frutos de una auténtica vida religiosa es que hace amar al hombre

- “Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo” (Lc 10,31-32).

El sacerdote y el levita que irrumpen la historia pasan por ese mismo lugar y pudieron haber sido ellos también ultrajados, pero así no sucedió; la víctima fue quien horas o minutos antes tuvo el infortunio de encontrarse con los salteadores.

¹²¹ DUPUIS. Op. cit., p. 12.

¹²² ALZAMORA, Oscar. Liberación, reconciliación, realización del hombre y salvación cristiana. En: Liberación, reconciliación y solidaridad en el pensamiento de Juan Pablo II. Lima: Fondo Editorial, 1988. p. 8.

Estos –sacerdote y levita– simplemente dieron un rodeo. Pudieron pensar muchas cosas, pero pesó más sus afanes y preocupaciones ritualistas que la situación del herido. Así como en la vida cuando uno sobrevive y no se deja tocar por la realidad ni interpelar por el otro, aunque esté pasando por alguna necesidad.

Ante este panorama es importante remitirnos a la experiencia de Dios y sus consecuencias en la vida social. Pues hemos afirmado que quien está en comunión con Dios naturalmente es capaz de entrar en comunión con los demás. ¿Cuál es la situación de estos “agentes pastorales”? Tanto el sacerdote como el levita dedicaban horas al culto religioso y eran personas del Templo. Esta escena nos descubre también que cuando la religión deja de ser esa vivencia de unión íntima con Dios, se vuelve “una amenaza, un peligro para la misericordia que une a las personas. Como también puede llegar a ser una fuerza de enfrentamiento y división que separa a los individuos, a los pueblos, a los grupos humanos”.¹²³

Uno de los frutos de una auténtica vida religiosa es que hace al hombre amar. Estos personajes religiosos probablemente habían reducido su servicio al templo a un mero cumplimiento de normas, el cual había dejado de ser un espacio de encuentro con la divinidad y con lo humano. “El amor va más allá de las normas de lo común y de lo presuntamente razonable. El amor comienza y crea. Si Dios es un Dios que ama ¿qué es lo que no habrá de hacer entonces! pero se nos dice algo más, que Él no sólo es un Dios que ama, que no sólo es –por decirlo así– el que realiza con perfección el modelo preexistente del amor genuino, sino que Él es el amor mismo”¹²⁴ que se nos da para ser dado a los demás.

Entonces, “Dios es amor” verdaderamente es una frase humana si Dios, en cuanto amor, es un acontecimiento entre los hombres: “si nos amamos mutuamente, Dios está con nosotros y su amor está realiza-

¹²³ CASTILLO. Op. cit., p. 272.

¹²⁴ GUARDINI. Op. cit., p. 421.

do entre nosotros (1Jn 4,12)”.¹²⁵ Esta experiencia de un amor creador puede ser vivida en el día a día cuando no se ponen condiciones en el amor, y en contraposición al deseo de que el otro no exista porque se ha convertido en estorbo y por ello es mejor dar simplemente un rodeo.

Es necesario pues recurrir a Dios, no para calmar conciencia cumpliendo normas y preceptos, sino sobre todo para recuperar la conciencia de la necesidad que el otro tiene de respeto. “Para entender que lo mejor nos viene de fuera, hemos de destacar que el ser de Dios es ternura, ágape –tan diferente del eros posesivo– que ama al otro no por lo que pueda esperar de él, sino por su sola existencia”.¹²⁶ Y para esto es importante dejar a un lado el egocentrismo que asfixia el interior y no nos deja ser lo que Dios nos llama a ser.

Los sentimientos que empujaron al sacerdote y al levita a dar simplemente un rodeo no reflejan la mirada de Dios, quien ve al mundo y a las personas “no como problema o cuestión a resolver, sino como palabra expresiva a escuchar como existencia que es regalo, símbolo, sacramento, camino y lugar de encuentro, de comunicación, de revelación”.¹²⁷

3.5 Al experimentar compasión nos asemejamos al Dios que se conmueve ante el sufrimiento humano

- “Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él” (Lc 10,33-34).

En estos versículos el samaritano se presenta como manifestación del amor de Dios para con el herido. Cuántas veces Jesús, en las Sagradas

¹²⁵ JÜNGEL. Op. cit., p. 404.

¹²⁶ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 30.

¹²⁷ Ibid.

Escrituras, siente compasión y luego actúa. Este samaritano, podríamos decir, sabía lo que Dios hacía con sus creaturas cuando les daba compasión. Este extranjero pudo haberse excusado y dar un rodeo en la diferencia étnica y cultural, pudo haber argumentado su inacción si hubiera sido el caso en el odio que los judíos tenían hacia ellos y a modo de venganza pudo haber seguido su camino.

Queda claro que el testimonio de este samaritano es una invitación a replicar este amor sin límites que brota de una actitud generosa, la cual no suele ser frecuente entre unos y otros, y menos cuando hay distinciones desde la raíz. “Desde luego, lo que supera toda ponderación es el hecho de que el amor del alguien hacia los otros llegue a superar incluso la frontera que marca la enemistad, el desprecio o el odio del enemigo”.¹²⁸ Y no por gusto Jesús puso al samaritano como ejemplo de amor heroico, pues vale más su acción por ser enemigo cultural del socorrido. Su acción se manifiesta de manera provocativa ante los oyentes. Recordemos que los habitantes de Samaria eran considerados por los judíos como traidores que habían renunciado a la ortodoxia religiosa y cultural.

Aun así, el samaritano sintió compasión y con sus acciones humanas manifestó a favor del herido el amor divino: se acercó sin prejuicios y con disposición de amar; él libremente decidió comprometerse y “cargarse” al herido. “La compasión que experimenta el ser humano lo inquietará y lo obligará responder. Por su egoísmo se resiste a la compasión, confinando al otro al ámbito de lo ajeno: ‘Él es y no yo. Él está allí, no aquí. En verdad yo veo lo que le está pasando; lo tomo en cuenta y lo lamento, pero él es él y no yo. Por último, lo suyo no me concierne...’ Mientras el hombre piense así, el amor y la justicia no serán tomados en serio; más aún, lo que se diga sobre el amor será una falacia”.¹²⁹ La compasión es pues un medio para expresar el amor hacia la otra persona, es dolerse con el dolor del otro hasta el punto de actuar al respecto.

¹²⁸ CASTILLO. Op. cit., p. 244.

¹²⁹ GUARDINI. Op. cit., p. 110.

Al experimentar compasión nos asemejamos al Dios que se conmueve ante el sufrimiento humano y se nos presenta la posibilidad de revelar su rostro. Puesto que Él siente siempre un amor entrañable y nos ama como una madre ama a sus hijos.¹³⁰ Por eso cuando pasamos por momentos difíciles, de dolor y sufrimiento, se hace presente en el otro que se compadece. Por eso cuando huimos del dolor ajeno, anestesiamos el corazón ante el sufrimiento; no solo corremos el riesgo de perder la sensibilidad para amar, sino que privamos al otro de experimentar la compasión de Dios. “Pero he aquí entonces que Jesús dice: Tú (sic) amor recién se hará verdadero cuando alces esas barreras. Debes ponerte en el lugar del otro y preguntarte: Si yo fuese él, ¿qué desearía que hicieran conmigo? Estarás en el amor en la medida que obres así: ‘Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos’ (Mt 7,12)”.¹³¹

El samaritano actuó impulsado por la compasión, se acercó y vendó sus heridas; con su presencia cercana le ofreció sanación y se dispuso a ser canal de perdón y reconciliación. El judío optó por dejarse ayudar por el enemigo; la situación y la buena disposición del samaritano le ayudó no solo a sanar las heridas físicas, sino las del corazón: odios, rencores, venganzas. Pues recordemos nuevamente el peso de las diferencias étnicas y culturales entre los que se sabían del pueblo elegido y los cismáticos. Tanto el samaritano y el judío se abrieron a vivir la experiencia del perdón: el que ayudó sin que le “tocara” y el que se dejó ayudar por un traidor. ¡Cuántos maltratos e insultos habrá recibido el samaritano por parte de los judíos! Sin embargo, fue capaz de renunciar a ese odio entendible por el rechazo cotidiano para amar.

¹³⁰ JOHNSON. Op. cit., p. 135.

¹³¹ GUARDINI. Op. cit., p. 110.

3.6 Mientras la venganza incita a la humillación del otro, el perdón restablece la dignidad perdida

El amor en este pasaje del buen samaritano implica perdón. “Perdonar significa renunciar a la posición defensiva del odio natural, que aparentemente es tan clara e infunde tanta seguridad... presupone armarse de un coraje que brota de una seguridad muy íntima. Y por lo común el éxito confirma la validez de esa seguridad, ya que el que perdona sinceramente es más fuerte que el que teme u odia”.¹³² La heroicidad del amor propuesto por Jesús en la parábola radica también en la opción que siempre se tiene de superar las barreras de la enemistad.

Cuando el samaritano venda las heridas, empieza un proceso de limpieza, curación, purificación; de perdón. Mientras la venganza incita a la humillación del otro, el perdón restablece la dignidad perdida y eleva la autoestima, por eso este samaritano echa aceite y vino. Él fue consciente de que no bastaba dejar un proceso de perdón a medias y por ello se compromete a alcanzar la reconciliación. El buen samaritano tenía que dar de lo suyo, no bastaba con estar. El aceite y el vino es el tiempo, los dones, los muchos o pocos recursos, las renunciadas a los propios planes por compasión con el otro.

3.7 La reconciliación implica amar y amar implica perdonar

“Amar es ser matriz o entrañas para el herido y manos amorosas para curarlo. Pero quiero destacar el respeto por la persona, para que el amor no degenera en dominio ni en posesión. Respetar es mirar o tener aptitudes para la otra persona tal como es, verla en su singularidad e individualidad, y sin las deformaciones de mi miedo o de mi deseo; es verla con comprensión, con distancia próxima, sin vasallajes, sin miradas superficiales ni correctoras”.¹³³ Este respeto se fortalece a través de gestos y

¹³² Ibid., p.390.

¹³³ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 33.

signos. El amor se expresa en la disposición del corazón que toca al otro para perdonarlo y reconciliarlo, para restablecer lo perdido. Ese extranjero odiado por el pueblo judío es capaz de optar por ese camino y sin rencores se sigue involucrando en la historia del herido y deja que este forme parte de la suya. Al montarlo en su propia cabalgadura lo acoge en su vida, trascendiendo las barreras culturales y personales.

Cuando se perdona se restablece un orden interior y exterior. Desde el interior el corazón se ensancha y no es suficiente vendar heridas y echar aceite y vino, se hace necesario montar al otro en la propia cabalgadura. “De lo más profundo de la interioridad brota la magnanimidad, la riqueza que se hace don para los demás; prefiguración humana de aquel poder divino que se llama gracia. El perdón restablece el orden absolviendo al otro y colocándolo de ese modo en el marco de un nuevo derecho”.¹³⁴ Esta es la nueva humanidad que se inaugura en Cristo y que nos permite ser más humanos cuanto más cerca de Él estemos y cuanto más se manifiesta en nuestra vida su humanidad.¹³⁵

Cuando vivimos el perdón aprendemos a ensanchar el corazón. El perdón entonces se convierte en un deber con los otros, que encuentra su fundamento en que Dios crea al hombre por amor y para amar, para vivir en comunión. “Sin perdón ninguna comunidad puede subsistir a la larga. No es que esto sea verdad únicamente a partir de la aparición de Jesús sobre la tierra, sino que lo que siempre ha constituido ya la condición de posibilidad de la comunidad humana en general se ha manifestado a plena luz por primera vez con el mensaje de Jesús”.¹³⁶

¹³⁴ GUARDINI. Op. cit., p. 391.

¹³⁵ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 7.

¹³⁶ PANNENBERG. Op. cit., p. 90.

3.8 La humanidad del samaritano manifiesta la humanidad de Dios

Luego del samaritano hacer parte de su historia al judío, lo lleva a la posada para cuidar de él, buscando la intimidad que forja relaciones. El samaritano no solo se ha conformado con darle los primeros auxilios, sino que ha llevado a cabo su misión hasta el final. El riesgo que ha corrido al asumir la vida del herido como suya lo dispone para no olvidarse de ese otro que ahora es un tú, de ese herido en el camino que ahora es el prójimo.

Las palabras de San Juan Pablo II pronunciadas en El Salvador recogen esta experiencia reconciliadora que traspasa límites: “la cadena terrible de reacciones, propia de la dialéctica amigo-enemigo, se ilumina con la Palabra de Dios que exige amar incluso a los enemigos y perdonarlos. Urge pasar de la desconfianza y agresividad, al respeto, la concordia, en un clima que permita la ponderación leal y objetiva de las situaciones y la búsqueda prudente de los remedios. El remedio es la reconciliación”.¹³⁷

Todas las acciones realizadas por el samaritano en función de la vida del otro –que empezó siendo un enemigo herido tirado en la calle y luego terminó siendo un prójimo que le dio la posibilidad de hacerse prójimo– se han nutrido de la fuerza creadora y libre del corazón, donde se irradia el verdadero amor que nunca depende del otro, sino de uno mismo, y que exige el reconocimiento de su derecho ante Dios.¹³⁸ Aquí radica una clave de aprender a ser humano.

¹³⁷ JUAN PABLO II. Homilía durante la Misa en El Salvador, 6 de marzo de 1983.

¹³⁸ GUARDINI. Op. cit., p. 106.

3.9 Una persona reconciliada es capaz de crear cultura, una cultura de reconciliación

- “Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: ‘Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva’” (Lc 10,35).

Fuera de que ha surgido una nueva relación entre el samaritano y el judío herido, se irradia el amor que está impregnado en el vínculo. Cuando dos corazones se dejan sanar, se perdonan, se reconcilian, no puede esperarse menos que contagiar a los demás. Una persona reconciliada es capaz de crear cultura, una cultura de reconciliación. El samaritano involucra al posadero en la historia. Y lo invita a cuidar de su hermano herido; de esta manera, le propicia un espacio para vivir la comunión.

El amor, el verdadero amor se comunica. “Crea comunidad, lleva a cabo la unidad de la determinación específica del hombre. De este modo, el mandamiento del amor dado por Jesús pone de manifiesto también la esencia del hombre, su predeterminación a la sociedad”.¹³⁹ Esta fuerza que se comunica nos capacita para poner al servicio de los demás los dones que propicie el armazón de una nueva humanidad.

Quien tiene experiencia de Dios –hombre reconciliado– y siente como Él, se compadece y se compromete con el otro aportando al mundo destellos de humanidad que forjan cultura de encuentro, de comunión y de reconciliación. “Los hombres que aman trabajarán por lograr por su parte la victoria del amor, no solamente irradiando amor eróticamente, sino procurando con la caridad (amor al no-amado) la expansión del amor en medio de una falta tan enorme de amor como la que muestra el concepto juánico de kosmos”.¹⁴⁰ Y es que quien se sabe reconciliado por Dios expira reconciliación a los demás. “La reconciliación vertical con Dios entraña necesariamente en el mensaje cristiano la reconciliación

¹³⁹ PANNENBERG, Op. cit., p. 290.

¹⁴⁰ JÜNGEL. Op. cit., p. 434.

horizontal interhumana... La reconciliación interhumana es, por tanto, también ministerio de la comunidad cristiana y de sus componentes”.¹⁴¹

Todo ser humano tiene una responsabilidad con el mundo y, más aún, todo ser humano cristiano tiene el deber de hacer de su vida reconciliada fermento de bondad y de esperanza. Es importante asumir el reto de la bondad, pues Dios que es bueno con el hombre pide que el hombre sea bueno con su hermano, con su prójimo. “Bondad es vivir de tal manera que quien es bueno de verdad se caracteriza por el hecho de que contagia felicidad. La felicidad no se predica, ni se enseña. No se manda ni se impone. Sólo una persona feliz puede hacer felices a otros. Porque la felicidad se contagia”.¹⁴² Con seguridad, el buen samaritano no estaba exento de dificultades, preocupaciones, pendientes; sin embargo, se sobrepuso para contagiar al herido y al posadero de su paz y felicidad. Este samaritano sí que era bueno, y así lo llama Jesús: *el buen samaritano*.

“La bondad divina se encarna entonces en el hombre que se entrega a ella y se irradia de él. Porque la voluntad, que ha comenzado a transitar la senda de la bondad, y la interioridad, que ha emprendido el camino de la santidad, constituye una gran fuerza. Inquietan al otro, lo conmueven y lo alientan. En ese hombre se hará patente quien (sic) es Dios y cuál es su santa voluntad. Al contemplarlo, los demás tomarán conciencia de que Dios los está llamando en sus corazones, de que también a ellos se les ha dado esa misma fuerza”,¹⁴³ y se les exige así un obrar creativo que aporte a un mundo nuevo.

Es así como todo hombre está llamado a ser “artesano de la paz y de la reconciliación”,¹⁴⁴ y a trabajar desde las cosas pequeñas de la vida para luego ser capaz de enfrentar mayores situaciones de división. El ejemplo del samaritano es claro: empezó atendiendo al herido para luego involu-

crar al posadero en su misión. Ser artesanos de reconciliación es permitir que los actos de nuestra vida no contagien división, conflictos, amenazas, injusticias y rencores, sino comprensión, benevolencia, paciencia, confianza, amor, acogida. La experiencia ha demostrado que quien se siente acogido es acogedor, quien es atendido con mayor facilidad se presta para atender al otro, quien ha sido comprendido y escuchado hace lo mismo con los demás. “Todos somos frutos de la mirada larga y fecundadora, admirativa y confiada de los demás. Es una experiencia que fundamenta, que funda la persona en su origen, la cura a lo largo de la vida y la salva al final”.¹⁴⁵ Por ello, muchas de estas experiencias que brotan del corazón se convierten en signo de la presencia del amor de Dios en la propia vida. Esto es haber acogido el don de la reconciliación en la propia vida.

Cuando el ser humano abre su corazón a Dios, es capaz de abrir con mayor facilidad –nunca deja de ser difícil– su corazón al otro. En Cristo, el Reconciliador, los hombres son hermanos, son prójimos uno del otro. Esta reconciliación entre hermanos tiene un alcance radical. “La reconciliación cristiana –afirma Segundo Galilea– es la vuelta a la amistad o a la hermandad, en personas, familias, grupos sociales o naciones... la reconciliación es más que la ‘conciliación’ (que es un acuerdo más o menos provisorio entre las partes): es la restauración de la hermandad destruida. De ahí que la reconciliación tiene siempre la modalidad de un ‘regreso’, de una reconstrucción, de un reencuentro”.¹⁴⁶

Esta capacidad de crear cultura humana, de vivir según el modelo de nueva humanidad propuesto por Cristo, quien es verdadero Dios y verdadero hombre, es posible gracias a la presencia del Padre, que con su gracia es capaz de concretar la esperanza que anida en el corazón de todo hombre y de unir en vez de dividir. “Jesús fue tan radicalmente humano porque fue el hombre más profundamente religioso”.¹⁴⁷ El humanismo

¹⁴¹ URIARTE. Op. cit., p. 80.

¹⁴² CASTILLO. Op. cit., p. 254.

¹⁴³ GUARDINI. Op. cit., p. 111.

¹⁴⁴ JUAN PABLO II. Alocución a los Obispos de El Salvador, 24 de febrero de 1984.

¹⁴⁵ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 25.

¹⁴⁶ SALAZAR. Op. cit., p. 25.

¹⁴⁷ CASTILLO. Op. cit. p. 256.

del Evangelio exige trato frecuente con lo divino, experiencia cotidiana del Dios y comunión de amor para ser más humanos y solidarios.

3.10 Hacerse prójimo es asumir el corazón que Dios nos ha dado y acoger el don de la reconciliación

- “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?’ Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él.’ Díjole Jesús: ‘Vete y haz tú lo mismo’” (Lc 10,36-37).

El samaritano fue capaz de hacerse prójimo en un panorama poco dispuesto porque había comprendido la tarea de ser humano. Su experiencia divina le llevó a trascender las barreras y disponer su existencia para humanizar al que había sido deshumanizado. El modo con el que procedió fue el amor que genera encuentro, que todo lo perdona y reconcilia, hasta el punto de hacernos divinos siendo humanos.

Esta pregunta de Jesús nos enfrenta con la actitud del samaritano, que pocas veces es imitada; la mayoría de las ocasiones tratamos de establecer primero quién es digno de ser mi prójimo para recibir mi ayuda. Pero la enseñanza de la parábola nos cambia la perspectiva: “yo tengo que convertirme en prójimo, de forma que el otro cuente para mí tanto como ‘yo mismo’... Tengo que llegar a ser una persona que ama, una persona de corazón abierto que se conmueve ante la necesidad del otro. Entonces encontraré a mi prójimo, o mejor dicho, será él quien me encuentre”.¹⁴⁸

Se trata pues, de *hacerse prójimo*. Hacerse prójimo implica disposición para recibir lo que nos da la vida, generosidad, capacidad de soportar el dolor y el sufrimiento con entereza, mirar al otro, dejarse tocar por la realidad y prestar atención a los estremecimientos y golpes; para todo esto se necesita tiempo. “La paciencia es a la vez aprendizaje de ver y de vivir lo inacabado (en mí y en los demás), como algo de lo

¹⁴⁸ RATZINGER. Op. cit., p. 238.

que no se debe huir, sino de algo que hay que amar. El presente no se vive sin duda alguna como magnífico y ya terminado; pero tampoco se considera una decepción frustrante”.¹⁴⁹

Hacerse prójimo no es renunciar a las exigencias de la propia vida por hacerse cargo de la vida de los demás, sino entender que la vida del otro es parte de mi vida, y amar mi vida y sus exigencias implica amar al otro. Hacerse prójimo es asumir el corazón que Dios nos ha dado y acoger el don de la reconciliación que acompañado de la gracia nos capacita para amar con el amor de Dios.

Jesús propone a este buen samaritano como modelo para el legista, quien todavía se resiste a pronunciar su nombre y se refiere a él como el que practicó misericordia. Este versículo final es una invitación a ir tras los pasos del samaritano que, como Dios, el Buen Samaritano (con mayúscula), se abajó para que en Dios nos encontremos. “El grande que asume la actitud de la humildad está seguro de sí mismo de un modo misterioso y sabe entonces que cuanto más audaz sea en su abajamiento tanto mayor la seguridad con que se encontrará a sí mismo”.¹⁵⁰

Haz tú lo mismo. La invitación es asumir el proyecto de humanización que Jesús representa: “llegar a ser hombres auténticamente humanos y que tratan de ser cada vez más humanos, dentro de la distinción, rica en referencias, con respecto a un Dios que es amor, no un amor que se pueda obtener subrepticamente o se pueda forzar; tampoco un amor necesario, sino mucho más que necesario”.¹⁵¹

El hombre herido por el pecado está llamado a ser otro Cristo, pues Dios nos reconcilió para que reproduzcamos la imagen del Hijo del hombre. “La alternativa ahora para el cristiano es o ser hombre viejo

¹⁴⁹ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 109.

¹⁵⁰ GUARDINI. Op. cit., p. 422.

¹⁵¹ JÜNGEL. Op. cit., p. 503.

participando en el pecado que entró por Adán o vivir la novedad de la vida en Cristo, que venció el pecado e instauró la nueva creación”.¹⁵²

Quien acoge la Reconciliación en su corazón, quien se encuentra con Jesucristo restablece el orden en su vida. Pues al fortalecer su relación con Dios, recupera la paz interior que solo se alcanza cuando se está bien consigo mismo, irradiando esa armonía interior a los demás y haciendo siempre del amor una posibilidad. “La persona experimenta un nuevo impulso, rebosante de esperanza en el futuro; una esperanza incluso contra toda esperanza”.¹⁵³

La persona se cristifica al experimentar la fuerza que humaniza e impulsa a amar no solo a los amigos, sino al enemigo que necesita y al que no piensa como uno, y que pone como prioridad vital atender a los que están medio muertos y abandonados en el camino. “Amar así es algo que supera lo que da de sí la condición humana. Por eso, en semejante amor es donde está Dios. De forma que ese amor es Dios”.¹⁵⁴

El fundamento de la reconciliación y esa invitación de ir y hacer lo mismo radica en la verdad del amor de Dios que se nos ha manifestado en su Hijo, y en Él le ha revelado a todo hombre su identidad más profunda. El Evangelio y concretamente estos versos de Lucas se presentan como ruta para ser plenamente felices. La parábola del buen samaritano puede ser propuesta como norma de vida que garantiza la armonía personal y social; puede entenderse como un programa de reconciliación¹⁵⁵ que concretiza la nueva creación y hace posible la vivencia de una auténtica humanidad.

¹⁵² SAYÉS. Op. cit., p. 150.

¹⁵³ JOHNSON. Op. cit., p. 18.

¹⁵⁴ CASTILLO. Op. cit., p. 253.

¹⁵⁵ JUAN PABLO II. Alocución al primer grupo de obispos del Perú, 4 de octubre de 1984.

Capítulo III: Una propuesta de antropología de la reconciliación

En los capítulos anteriores hemos realizado a modo descriptivo un desarrollo exegético para luego dejarnos iluminar desde el análisis teológico y cristológico con la intención de abordar algunas claves antropológicas que nos permitan ahora elaborar una propuesta antropológica desde una perspectiva de reconciliación.

1 ¿Por qué una propuesta antropológica?

1.1 Situación actual

Con el pasar de los años hemos sido testigos del rumbo que va tomando nuestro mundo. Hay distintas situaciones que nos permiten elaborar un bosquejo del mundo en que vivimos y del cual somos responsables. En el día a día descubrimos el drama de un mundo que va sin rumbo y que grita a través de distintas maneras: cambio climático y sus consecuencias, derroche de recursos básicos para la vida, guerras de poder, matrimonios destrozados, familias disfuncionales, reclamo de derechos antinatura, permisividad frente a todo lo que atenta contra la vida y dignidad, soledad, estrés, depresión, suicidios, etc. Estas manifestaciones, como podemos observar, ocurren a distintos niveles: entre personas y grupos, pero también entre naciones.

Frente a este panorama desolador de injusticias, marginación, desesperanza y negativismo se hace necesario y urgente asumir con responsabilidad la reflexión teológica que permita iluminar la vida del hombre actual. Hace tres años el papa Francisco, reunido con los miembros de la Comisión Teológica Internacional, decía: “La responsabilidad de los teólogos es una responsabilidad pionera, pero esto de pioneros es im-

portante porque algunas veces se puede pensar que los teólogos están al fondo, en cuarentena y no en las fronteras”. Esta propuesta antropológica de reconciliación busca generar una reflexión desde la frontera para dar respuestas que se traduzcan en una pastoral que transforme la sociedad y la vuelva más humana. De esta manera, se respondería a los problemas y expectativas del mundo de hoy, pues en estos tiempos de tanto conflicto y tanta violencia se hace necesario recordar una y otra vez que el mal nunca podrá ser vencido cabalmente sino es con el bien.¹⁵⁶

Es importante entonces asumir la raíz del problema con libertad para que la solución sea eficaz y eficiente. El mundo va “enrumbado en una dirección y sentido tal que podemos calificar de rumbo insensato, mortífero y por lo mismo genera una auténtica crisis religiosa, una verdadera crisis de Dios, y de ahí que podamos afirmar que el mundo (‘tanto amó Dios al mundo...!’) es el problema para Dios”.¹⁵⁷

Todas las manifestaciones que percibimos son un *grito desesperado* del mundo. Aunque la postura fundamental de algunas nuevas corrientes es la tesis de la innecesidad mundanal de Dios,¹⁵⁸ este se revela porque reconoce su utilidad para vivir la fraternidad y el respeto de unos por otros, para ser responsables con la casa común. “Dios es, pues, útil y necesario. Aunque para una sociedad más humana, fraterna, amistosa y agradable para vivir y convivir, la gratuidad es mejor garantía. Dios nos es gratuito. Dios abrazo, beso, banquete, fiesta, don, regalo, mesa con pan y vino... Dios in-útil e in-necesario nos es muy necesario y útil”.¹⁵⁹

De hecho, llegamos a la crisis de Dios porque es el hombre quien así lo expresa. El mundo no es una imagen abstracta que no tiene nada que ver con el ser humano, sino que es el lugar que reúne a hombres y mujeres, y su rumbo tiene que ver directamente con cada hombre y mujer

que lo habitan. Pues cada uno es responsable de su mundo y del mundo. Si bien es cierto que podemos culpar-nos por la situación dramática en la que vivimos, es importante rescatar los elementos que la reflexión teológica y cristológica nos brindan para comprender mejor el plan de humanidad que puede elevar al mundo y que implica asumir una actitud verdaderamente humana: “ante un paisaje el agricultor ve tierra y trigo; el pintor belleza; y el constructor una urbanización. Dios en el hombre ve a Dios, uno de la familia. ¿Son así también nuestros ojos? Infravalorar, menospreciar, atentar contra esta realidad en el hombre, es atentar contra su dignidad fundamental, contra el proyecto querido por Dios”.¹⁶⁰

Por ello encontramos en la imagen del buen samaritano un horizonte de humanidad plena, que ante una situación desgraciada es capaz de salir al camino cargándose al mundo sobre sus hombros.

“Se puede decir que el drama del hombre de hoy –como el del hombre de todos los tiempos– consiste precisamente en su carácter babélico”,¹⁶¹ que expresa “cómo la deshumanización de los seres humanos se manifiesta, ante todo, en la incapacidad para entenderse entre ellos”.¹⁶² Así como en la pérdida de sentido de la propia vida, el hombre de hoy no sabe por qué ni para quién vive; ante las preguntas existenciales que anidan en su corazón, no siempre encuentra respuesta que satisfaga su interior y entonces se conforma con lo que el mundo le ofrece, y se distancia así de su identidad. Este hombre creado por amor y para amar se cierra en su egoísmo y acrecienta la frustración interior que no le permite vivir una vida plena. “El resultado se manifiesta en un hombre desfondado, hundido, desestructurado en la raíz. El mal, el dolor, lo que pasa, muertes injustas y absurdas, catástrofes, guerras, hambres, decepciones, desgracias, situaciones límites, etc... producen un claro descenso de la firmeza de la estabilidad, de la necesidad de hacer pie para

¹⁵⁶ Ibid., p. 6.

¹⁵⁷ BENNÁSSAR. Op. cit., p. XVI.

¹⁵⁸ JÜNGEL. Op. cit., p. 38.

¹⁵⁹ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 92.

¹⁶⁰ Ibid., p. 31.

¹⁶¹ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et poenitentia”. p. 46.

¹⁶² CASTILLO. Op. cit., p. 196.

mantenerse, falta de confianza en todos, en uno mismo y en los otros, o mejor, en los otros y por eso en uno mismo. La confianza es una vivencia básica para poder vivir. Cuando falta la confianza se empieza a morir”.¹⁶³

La falta de confianza en uno mismo trae como consecuencia la falta de confianza en los demás, la cual impregna el modo de relacionarse de unos con otros. Y cuando del amor se trata, este se limita a la medida personal, como el sacerdote y el levita que probablemente se lamentaron del trágico destino de la víctima, pero no hicieron nada más. La confianza se funda en el amor, que siempre es creativo y no espera nada a cambio. “Si tú sólo quieres ser bueno cuando halles bondad, ni siquiera lograrás corresponder a esa bondad. Porque incluso a la bondad la podrás pagar con bondad sólo cuando conquistes una altura que esté por encima de la bondad misma: el amor. Protegido por ese amor, recién entonces tu bondad será pura”.¹⁶⁴

Este panorama crítico del mundo actual y del hombre contemporáneo nos evidencia que el problema de fondo es el hombre. La crisis antropológica se ha venido cocinando por años y día a día nos asombramos de lo que somos capaces de hacer para bien y para mal. La reflexión teológica y cristológica a partir de las Sagradas Escrituras nos sirven de fundamento para hacer una propuesta que reconfigure lo humano; es decir, volver a su origen creacional, su origen divino. Con certeza podemos decir que un hombre –un ser humano– con experiencia de Dios no es capaz de matar a otro ni dejarlo olvidado en el camino, abandonado a su suerte.

1.2 Problema antropológico

Cada día corroboramos a partir de la propia experiencia la carga de misterio que lleva nuestra humanidad. Hemos visto la grandeza de espíritu, pero al mismo tiempo el horror del mal uso de la libertad y la inteli-

¹⁶³ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 13.

¹⁶⁴ GUARDINI. Op. cit., p. 108.

gencia. “La historia nos brindó la oportunidad de conocer la naturaleza humana quizá como ninguna otra generación. ¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es quien ha inventado las cámaras de gas, pero también el que ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración”.¹⁶⁵

La situación del mundo refleja el interior del hombre. El mundo va sin rumbo porque el hombre también va sin rumbo. La vida social – mundial – refleja las repercusiones y señales del desorden interior¹⁶⁶ que anida en su corazón. La preocupación del hombre por prescindir de Dios, su creador, y reemplazarlo consigo mismo ha sido el mayor drama que ha dado paso al mal, la violencia, el miedo, la lucha de poder, el trato inhumano de unos con otros. Todo esto ha reclamado con urgencia volver la mirada al hombre y buscar soluciones que promuevan una recta antropología, la cual dé como resultado un nuevo humanismo.

En este recorrido han aparecido diversas corrientes y teorías que han sido intentos fallidos de reflexión, pues su desarrollo intelectual no necesariamente ha tenido en cuenta el dato fundamental de la esencia del ser humano.¹⁶⁷ Es el caso, por ejemplo, de una “cierta antropología cultural que a fuerza de agrandar los innegables condicionamientos e influjos ambientales e históricos que actúan en el hombre, limita tanto su responsabilidad que no le reconoce la capacidad de ejecutar verdaderos actos humanos y, por lo tanto, la posibilidad de pecar”.¹⁶⁸ Según esta propuesta, el hombre no es verdaderamente libre. Viktor Frankl, al hacer referencia a la teoría de la nada del hombre, decía: “Existe un grave riesgo en la enseñanza de la teoría en que el hombre es resultado de las condiciones biológicas, psicológicas y sociológicas, o dicho de

¹⁶⁵ FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. 3 ed. España: Herder, 2015. p. 115.

¹⁶⁶ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 48.

¹⁶⁷ FRANKL, Viktor. El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia. Barcelona: Herder, 2009. p. 277.

¹⁶⁸ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 67.

otra forma, producto de la herencia y del ambiente. Esta concepción del hombre lo convierte en un robot, no es un ser humano”.¹⁶⁹

Consideramos que la única manera de abordar la crisis de lo humano es reconociendo su trascendentalidad. El problema ha sido que el hombre ha llegado a ser todo buscando respuestas inmediatas que satisfagan su deseo concreto de ser y ha dado la espalda a su esencia divina. “El rasgo trascendente del ser humano es lo que debe abordar la antropología, la teoría del ser del hombre. Por eso no puede menos de fracasar si intenta comprender al hombre exclusivamente desde el hombre. Sólo renunciando a esta temeridad, una antropología puede superar el nihilismo y permitir la construcción de un humanismo. En suma: la teoría del ser del hombre debe quedar abierta al mundo y al supermundo; debe dejar abierta la puerta a la trascendencia. Pero a través de la puerta abierta se proyecta la sombra del absoluto”.¹⁷⁰

Es importante pues asumir la hermosa realidad de estar hechos para Dios y, por lo tanto, no necesitamos estar enfrentados a Él renunciando a nuestra dignidad, sino todo lo contrario. “Desde nuestra ladera –y dado que estamos estructurados hacia lo infinito con capacidad para la verdad, el amor y la vida que no conoce límites–, cuanto más cerca estemos de la Verdad, del Amor y de la Vida (o de Dios), tanto mayor será nuestra realización”.¹⁷¹ Y podremos asumir de una mejor manera lo más grande y propio que tenemos: nuestra condición humana. Solo así será posible un verdadero humanismo que permita una recta comprensión del hombre y sus necesidades. De hecho, únicamente cuando el hombre se enfrenta con la realidad de que lo único que posee es su humanidad, “se conecta con Jesús y con el Dios de Jesús hasta una profundidad y en un grado de sintonía que no se alcanza ni por los saberes, ni por los títulos, ni por el talento de los entendidos y, menos aún, por

¹⁶⁹ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 155.

¹⁷⁰ FRANKL. El hombre doliente. Op. cit., p. 279.

¹⁷¹ JOHNSON. Op. cit., p. 42.

la erudición de los escribas”.¹⁷² De esta manera, sale a la luz lo verdaderamente humano, que nos asemeja unos a otros.

En ese sentido, pensamos que para hacer una propuesta antropológica es necesario considerar:

Lo mínimamente humano, es decir, aquello de lo que podemos asegurar que en ello coincidimos todos los seres humanos, sea cual sea nuestro origen, nuestra educación, nuestras costumbres, nuestras creencias o nuestra cultura. Se puede afirmar, según parece, que hay algo muy elemental, enteramente básico, que se da en todo ser humano por el solo hecho de serlo. Y eso es, por tanto, aquello en lo que no existen diferencias, es decir, en lo que todos los humanos coincidimos.¹⁷³

En primer lugar: todos somos seres carnales; es decir, somos seres vivos de carne y hueso. También un aspecto propio del ser humano es la necesidad del otro para la vida; somos seres en relación. Y, finalmente, por seres sociales necesitamos también que se reconozca nuestra individualidad, que se manifiesta en la capacidad que cada uno tiene para elegir, para ser libre.

Creemos que estos tres elementos nos permiten plantear un norte en la reflexión y ayudan a asumir la propia existencia y la del otro desde una perspectiva más real y humana, debido a que hace más concreto el sentido de la vida. “Lo que el hombre necesita no es vivir sin tensión, sino esforzarse y luchar por una meta que merezca la pena”.¹⁷⁴ La única manera que todo hombre tiene para responder a la vida es con la propia existencia. “Solo con la responsabilidad personal se puede contestar a la vida”¹⁷⁵ y asumiendo también el reto de darle sentido a la vida del otro, pues no podemos olvidar que “el aprendizaje del vivir y del confiar nace

¹⁷² CASTILLO. Op. cit., p. 102.

¹⁷³ Ibid., p. 191.

¹⁷⁴ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 133.

¹⁷⁵ Ibid., p. 137.

de la búsqueda de libertad, de separación, de autonomía y, a la vez de la necesidad del abrazo, del beso, de las caricias”.¹⁷⁶

2. ¿Por qué una antropología de la reconciliación?

La misión de la teología es acercar lo revelado por Dios al hombre y dejar que su manifestación divina impregne todas las realidades; por ello, luego de haber realizado el ejercicio de identificar algunos elementos desde distintas perspectivas, pensamos precisar aún más algunos términos en los que se enmarca este trabajo de investigación.

Venimos hablando de hacer una propuesta antropológica entendida desde la reconciliación porque confiamos en el aporte significativo que se puede realizar al ahondar en una teología de la reconciliación, como aquella reflexión que partiendo desde la fe e iluminada por el magisterio es impulsada a “hacer converger las reflexiones de todo el misterio de Cristo en torno a su misión de reconciliador”¹⁷⁷; es decir, se busca tener una visión que sintetice el acontecimiento salvífico de la reconciliación y asuma las implicancias para la vida de todo hombre y del mundo.

2.1 La reconciliación

Si nos vamos al significado etimológico de la palabra *reconciliación*, vemos que viene del latín *reconciliatio, reconciliationis* y quiere decir “restablecer la paz o la concordia” y “reunión de personas desunidas”. Pero al acercarnos a las distintas acepciones que tiene esta palabra en español, encontramos una variedad rica en terminología: “paz, concordia, unión, acuerdo, armonía, pacto, conciliación, aproximación”, etcétera.

La reconciliación es principalmente un don que viene de lo alto y que se hace urgente comunicar para vivir mejor. San Juan Pablo II asumió con bastante protagonismo el anuncio del Evangelio de la reconciliación: “¡Tema luminoso e inagotable el de la reconciliación cristiana! En él se expresa de manera existencial e interpersonal el núcleo germinal de la vida según el Evangelio, la cual tiende por su naturaleza a difundirse y a comprometer libremente a todos los hombres”.¹⁷⁸

Esta categoría teológica y cristológica es también antropológica, pues todo hombre posee en su interior una “nostalgia de reconciliación” que se manifiesta en un “inconfundible deseo, por parte de los hombres de buena voluntad y de los verdaderos cristianos, de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, de instaurar a todos los niveles una unidad esencial”.¹⁷⁹ Este deseo nos recuerda constantemente nuestra humanidad y la necesidad de vivir en comunión con Dios y con los demás. Es importante tener en cuenta que esta experiencia de reconciliación no se limita al hombre de hoy, aunque los tiempos expresan a gritos que lo vivamos con más fuerza. Pues Pablo en su segunda carta dirigida a los corintios exhortaba a los cristianos: “Dios nos ha reconciliado consigo por Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación [...]. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios. A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios. Cooperando, pues, con Él, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios, porque dice: ‘En el tiempo propicio te escuché y en el día de la salud te ayudé’. ¡Este es el tiempo propicio, este el día de la salud!” (2 Cor 5,18-6,2). Este texto paulino, a nuestro modo de ver, expresa la necesidad urgente (“os rogamos”) de acoger el don de la reconciliación en la propia vida.

El llamamiento del Apóstol a reconciliarse con Dios, dice Cantalamesa, no se refiere a la reconciliación histórica entre Dios y la humanidad

¹⁷⁶ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 32.

¹⁷⁷ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 7.

¹⁷⁸ JUAN PABLO II. Conferencia episcopal de Italia, 1984.

¹⁷⁹ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et pœnitentia”. p. 8.

(esta, acaba de decir, ya ha tenido lugar a través de Cristo en la cruz); ni siquiera se refiere a la reconciliación sacramental que tiene lugar en el bautismo y en el sacramento de la reconciliación; se refiere a una reconciliación existencial y personal que se tiene que actuar en el presente. El llamamiento se dirige a los cristianos de Corinto que están bautizados y viven desde hace tiempo en la Iglesia; está dirigido, por lo tanto, también a nosotros, ahora y aquí.¹⁸⁰

La exhortación de Pablo a acoger el don de la reconciliación tiene una intención social y es que la persona que se sabe reconciliada y vive reconciliada actúa reconciliadamente. Cuando se acoge el amor de Dios en la vida, que se manifiesta de manera plena en Cristo Reconciliador, se ama con un amor reconciliado a Dios y los hermanos.

Es necesario pues para vivir este proceso constante de reconciliación existencial tener presente al menos dos afirmaciones de Pablo sobre la reconciliación: en primer lugar, recordar que la fuente originaria de toda reconciliación es Dios; la iniciativa siempre es de Él, no de los seres humanos. Como agente de reconciliación, brinda su amor misericordioso que persevera hasta el final y que reclama una respuesta activa por parte de los seres humanos, quienes acogiendo el don de la reconciliación lo expresan con su vida de fe. “Dios ha reconciliado al mundo con Él; el mundo está reconciliado con Dios. El asunto está realizado. Pero corresponde todavía a cada hombre reconciliarse positiva y personalmente con Dios. Es preciso, por tanto, que cada uno se apropie la reconciliación mediante la modificación de sus propias disposiciones. Es preciso que cada uno haga efectiva por su propia cuenta la reconciliación que Dios ha concedido al mundo”.¹⁸¹ Y segundo, debemos tener presente que ante todo nos reconciliamos con Dios. “Cuando la reconciliación interhumana se nos vuelve apremiante, casi obsesiva, los cristianos podemos

¹⁸⁰ CANTALAMESA, Raniero. Dejaos reconciliar con dios. Predicación del Viernes Santo 2016 en la Basílica de San Pedro.

¹⁸¹ URIARTE. Op. cit., p. 66.

olvidar que el término central y capital es Dios”.¹⁸² Por ello es importante interiorizar que “no hay auténtica reconciliación cristiana si no hay reconciliación (explícita o implícita) con Dios. Para los creyentes, la reconciliación con Dios es condición básica para la reconciliación humana. Ella le da consistencia”.¹⁸³ Ya lo hemos dicho y estamos convencidos de ello: cuando uno está bien con Dios, fácilmente puede estar bien con los demás y fluyen con mayor naturalidad las acciones reconciliadoras. Por tanto, podríamos afirmar que “el proyecto del mundo y el sentido de la historia es la reconciliación con Dios y entre los hombres y con las cosas”.¹⁸⁴ El camino por el cual podemos vivir plenamente nuestra humanidad es acogiendo la reconciliación; esta nos permite descubrir y asumir nuestra condición de personas llamadas a la comunión.

“La reconciliación no es signo de debilidad o de vileza; no es renuncia a la debida justicia o a la defensa de los pobres y de los marginados; es un encuentro entre hermanos dispuestos a superar la tentación del egoísmo y a renunciar a los intentos de seudo justicia; es fruto de sentimientos fuertes, nobles y generosos, que conducen a instaurar una convivencia fundada sobre el respeto de cada individuo y de los valores propios de cada sociedad civil”.¹⁸⁵ Se trata de un mensaje lleno de esperanza que hace concreto el deseo interior de todo hombre de alcanzar esa paz interior que se impregna en la sociedad de manera duradera y auténtica.

Frente a las consecuencias personales y sociales del pecado, la reconciliación se presenta como una tarea urgente para todo ser humano. “En una humanidad surcada por tantas divisiones, que tienen su causa última en el pecado, la reconciliación es una necesidad, e incluso, una condición de supervivencia: Si la paz y la concordia no brillan entre los individuos y los pueblos, los conflictos pueden adquirir proporciones

¹⁸² Ibid., p. 67.

¹⁸³ Ibid.

¹⁸⁴ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 87.

¹⁸⁵ JUAN PABLO II. Carta del papa a los obispos de El Salvador, 6 de agosto de 1986.

de verdadera tragedia”.¹⁸⁶ Se debe entonces profundizar y creer que solo la verdad libera y solo el amor reconcilia.

Una teología de la reconciliación puede ayudar a leer la realidad del mundo y del hombre en clave de reconciliación. “El ejemplo de Jesús señala el camino hacia una nueva y urgentemente necesaria apreciación de la universalidad de la reconciliación que actúa en el mundo a través de Cristo”.¹⁸⁷ Sabemos pues que es el Señor Jesús, nuestro Reconciliador, quien ofrece al hombre la posibilidad de acoger el don de su reconciliación para que siendo una persona reconciliada pueda ejercer el ministerio de la reconciliación.

2.2 Una antropología de la reconciliación

Como ya lo hemos mencionado, el hombre es quien tiene que responder de manera activa al don de la reconciliación, y hemos encontrado en la parábola del buen samaritano leída desde una clave hermenéutica de la reconciliación todo un programa antropológico que humaniza. No por gusto el papa Pablo VI al referirse al Evangelio decía: “Evangelio de la Reconciliación”. Sabemos que la Sagrada Escritura nos manifiesta cómo Dios se ha revelado a lo largo de la historia y en su Hijo nos ha dejado el camino para ser verdaderamente humanos.

Al momento de hacer el análisis teológico y cristológico de la parábola, se ha evidenciado el amor tan grande de Dios con nosotros; incluso, ha querido reconciliarnos para que podamos vivir como aquel buen samaritano que ama y es fiel a los anhelos de su corazón que le impulsan a vivir el reencuentro. “La antropología del encuentro es en realidad, por la presencia del pecado –dinamismo de ruptura y lejanía–, una antropología del re-encuentro, de la reconciliación. La ‘nostalgia de

reconciliación’ de la que habla Juan Pablo II”¹⁸⁸ busca concretarse en la comunión vivida con Dios y con los hermanos, con el prójimo.

Cuando un hombre, cualquier hombre, se reencuentra con Dios y experimenta de manera constante su presencia divina, no tiene una acción ni buena ni mala, sino divina, o sea como la de Jesús. “Según el doctor angélico, para vivir espiritualmente, el hombre debe permanecer en comunión con el supremo principio de la vida, que es Dios, en cuanto es el fin último de todo su ser y obrar”.¹⁸⁹ Y así como en Jesús lo divino es la plenitud de su humanidad, de la misma manera en una persona reconciliada con Dios lo que brilla es la plenitud de su humanidad.

Esta propuesta de antropología de la reconciliación es una invitación a la teología para replantear como punto de partida en la reflexión al hombre y rescatar el antropocentrismo teologal que pone al hombre en el centro teniendo en cuenta su teologalidad, su necesidad de Dios, su nostalgia de lo divino, que se manifiesta muchas veces en lo estético, en lo bello. De hecho, una persona, independientemente de su credo, tiene una aproximación particular de contemplación hacia el mundo y el otro próximo. Una persona reconciliada es capaz de estar en sintonía con los anhelos de su corazón y vivir según ellos. Esos anhelos que son divinos trazan una senda, la misma que recorrió el buen samaritano de la parábola. “Al igual que el anhelo, el amor puede marcar un camino hacia Dios: amo, ergo est. Esta tesis no posee mayor ni menor fuerza demostrativa que la tesis cogito, ergo sum. Si en esta última el acto de pensamiento apunta al yo como sujeto, en la primera el acto de amor ilimitado apunta a Dios como su objeto”.¹⁹⁰

Quien tiene experiencia de Dios se siente incapaz frente al mal, pues quien ama a Dios ama a los otros. Como muestra, un botón, ya que tenemos el desarrollo de la parábola del buen samaritano que inicia

¹⁸⁶ Ibid., p. 72.

¹⁸⁷ JOHNSON. Op. cit., p. 162.

¹⁸⁸ SALAZAR. Op. cit., p. 21.

¹⁸⁹ Juan Pablo II. Op. cit., p. 60.

¹⁹⁰ FRANKL, Viktor. El hombre doliente. Op. cit., p. 293.

con la pregunta del legista: ¿cómo puedo heredar vida eterna? Jesús le responde sin novedad alguna con lo que está escrito y luego profundiza lo que significa “amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas”. “Esto significa que el hombre debe amar a Dios bajo todas las condiciones, en todas las circunstancias, aunque se vea privado de todas las posibilidades en la escala de valores, relativos, aunque corra peligro de perder el penúltimo valor, que es la vida. Lo que se le pide es la disposición a darlo todo, a entregar, renunciar y sacrificar: la disposición incondicional al sacrificio”,¹⁹¹ como aquel buen samaritano que al renunciar a sus planes es capaz de sacrificar su tiempo, su comodidad, sus bienes por amor a Dios, expresado en el bien de su hermano.

Es importante aclarar que solo se es capaz de amar a Dios con todo el corazón, el alma y las fuerzas cuando se tiene verdadera experiencia de Dios, cuando se vive reconciliado con Él. La reconciliación con Dios es saturarse de Él, comprendiendo que la única razón por la que comparte nuestra humanidad es la posibilidad de acceder a Él. La plena humanidad coincide con la plenitud de la divinidad. Una antropología de la reconciliación es entender la encarnación de Dios como camino de plenitud. “En las demás religiones encontramos hombres que se presentan como humanos en los que actúa Dios, pero Cristo es alguien cualitativamente diferente: es Dios, centro de nuestra salvación, único hombre en el que podemos ser salvos, fundamento de nuestra vida. No es ni un ejemplo, ni un modelo ni una doctrina. Lo es, pero es mucho más: es una persona divina con rostro humano que tiene la pretensión de ser el centro de la vida humana”.¹⁹² Cristo es el Reconciliador porque en Él brilla plenamente su humanidad como su divinidad. Es verdaderamente Dios porque es verdaderamente humano.

Entonces una persona reconciliada es una persona verdaderamente humana y verdaderamente divina. Divina porque es capaz de amar como Dios. Cuando decimos que hemos sido creados a su imagen y

semejanza, estamos confirmando que tenemos la misma capacidad de amar que Dios. Jesús nos invita a ser buenos samaritanos porque Él nos muestra cómo serlo. “Jesús sabe que hay personas que pueden ser curadas por el material sonoro de una voz, por la calidez de la acogida, por la capacidad de dejarse tocar como único remedio de salud. Pero, sobre todo, ha sabido polarizar los deseos del corazón humano insatisfecho hacia Él mismo, pero no para retenerlos allí, sino para devolver desde el mismo Dios a cada uno la confianza externa en la fuerza humana del desear...”¹⁹³ y de amar con su mismo amor.

En Jesús, buen samaritano, se hace concreta la posibilidad de vivir ese amor. Podríamos decir que una antropología de la reconciliación es una antropología del amor porque solo el amor reconcilia. Viktor Frankl, en su magistral obra *El hombre en busca de sentido*, donde narra sus reflexiones fruto de su experiencia en un campo de concentración, es capaz de afirmar:

El amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre. Percibí entonces, en toda su profundidad, el significado del mayor secreto que la poesía, el pensamiento y las creencias intentan comunicar: la salvación del hombre consiste en el amor y pasa por el amor. Comprendí que un hombre despojado de todo todavía puede conocer la felicidad –aunque sea solo por un instante– si contempla al ser amado. Incluso en un estado de desolación absoluta, cuando ya no cabe expresarse mediante una acción positiva, cuando el único logro posible consiste en soportar dignamente el sufrimiento, en tal situación, el hombre es capaz de realizarse en la contemplación amorosa de la imagen de la persona amada.¹⁹⁴

En Dios re-redescubrimos que el amor todo lo renueva. ¿Qué hubiera sido del moribundo tirado al borde del camino si el samaritano no le hubiera amado? “Si el amor va a triunfar, triunfará únicamente por el

¹⁹¹ Ibid., p. 284.

¹⁹² SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Op. cit., p. 525.

¹⁹³ QUINZÁ LLEO en BENNÁSSAR. Op. cit., p. 36.

¹⁹⁴ FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 69.

amor. Pero los que aman no pueden garantizar, en cuanto tales amantes, la victoria del amor. En la victoria del amor sólo se puede creer, en el sentido en que se cree en la identidad entre Dios y amor”.¹⁹⁵

Cada hombre está llamado a vivir ese amor, esa reconciliación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. Si bien es cierto que existe la fractura, la ruptura, la realidad del pecado, no se puede evitar pensar en aquel hombre que “libremente” se aleja de Dios-Amor, distanciándose de su propia humanidad hasta el punto de verse capaz de matar al otro y dejarlo abandonado a su suerte. Hay que mirar al hombre. “La esencia del hombre consiste en la determinación que radica más allá de su realidad empírica, que impulsa al hombre a superar a todo lo presente. La salvación se alcanzaría desde el momento en que la determinación humana se identificase con su realidad presente, desde el momento en que el hombre en su actualidad fuese una misma cosa con su pasado y su futuro. Es evidente, empero, que esta unidad no es posible sin una concordancia con el mundo y sin una comunión con los demás hombres”.¹⁹⁶ La reconciliación es un camino de reconfiguración de lo humano; se trata de reconfigurar el origen divino y purificar todo aquello que en vez de posibilitarnos la saturación divina, la obstaculiza alejándonos del camino sencillo propuesto por el mismo Jesús, quien es “la con-descendencia, el descenso de Dios al hombre. El camino de acceso de Dios al hombre es de descendimiento, de bajada al sepulcro, a los infiernos. Y el camino de acceso del hombre a Dios se hará en la misma dirección: kénosis, proximidad inclusiva de marginados y pobres, acompañamiento cordial a maltratados, encarnación crística en la realidad”.¹⁹⁷

Todo ser humano, para ser cada vez más ser humano, “sólo puede medirse con el Absoluto, con un valor absoluto, con Dios. Aceptar esta medida significa aceptar el modelo ofrecido”.¹⁹⁸ Y el modelo es Jesucristo, quien

desde la óptica del Evangelio nos muestra que el hombre no es un ser para sí, sino para los demás.¹⁹⁹ El hombre reconciliado –buen samaritano– vive para los demás. Por ello, el sentido de proponer una antropología de la reconciliación, lejos de ser una reflexión teórica sobre el hombre de hoy, es un planteamiento que necesariamente ilumina y transforma la sociedad.

“La reconciliación individual está orientada sobre todo a la restauración (...) La segunda está focalizada en la construcción de una sociedad más justa, más segura y más unida”.²⁰⁰ Vemos entonces que una buena solución para reconciliar el mundo que va sin rumbo y está fracturado es acercar la reconciliación a cada persona.

2.3 La transformación social

Para San Juan Crisóstomo la reconciliación no es solo una categoría soteriológica, sino que se trata de un *estilo de vida*: el cristiano debe vivir como un hombre reconciliado y expresarlo en su relación con los hermanos. “Por esta Reconciliación se hizo todo. Para unirnos unos con otros, Dios se hizo hombre, y a ello ordenó toda la obra de nuestra salvación”.²⁰¹ En este sentido, cada cristiano ha de asumir con responsabilidad el sentido de su vida y su misión en el mundo. “Jesús pone al hombre en cada situación y por encima del transcurso de los tiempos frente a la decisión definitiva respecto al Dios próximo, igual que lo hizo entonces en su actuación terrena. En esto consiste la validez universal de su actuación”.²⁰² La encarnación de Dios tiene sentido porque nos da posibilidad de ser humanos unos con otros.

Una antropología de la reconciliación permite la construcción de un humanismo verdaderamente humano, puesto que hunde sus raíces en la

¹⁹⁵ JÜNGEL. Op. cit., p. 434.

¹⁹⁶ PANNENBERG. Op. cit., p. 239.

¹⁹⁷ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 10.

¹⁹⁸ FRANKL. El hombre doliente. Op. cit., p. 288.

¹⁹⁹ DUPUIS. Op. cit., p. 7.

²⁰⁰ URIARTE. Op. cit., p. 8.

²⁰¹ SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilía 16 sobre el Evangelio de San Mateo.

²⁰² PANNENBERG. Op. cit., p. 302.

teología y cristología, y actualiza el misterio del hombre que es responsable del mundo. “El cristiano no puede hacer la oferta de un humanismo neutro al margen de Cristo, porque ello sería no sólo injuriar a Cristo, sino hacer imposible la realización misma de lo humano”.²⁰³ La reconciliación con Dios le da fundamento a la reconciliación social, ya que hace más humanos a los hombres y los vuelve solidarios de una manera auténtica y efectiva para que asuman así su responsabilidad con la sociedad. “La solidaridad realmente universal y efectiva es la que se basa en una solidaridad que Dios quiere establecer con los hombres y que se llama la Alianza, solidaridad basada en la comunicación de la misma vida divina, solidaridad que rebasa lo que pueda existir entre los hombres por el hecho de habitar el mismo planeta o de pertenecer a la misma especie”.²⁰⁴

Podemos afirmar que el sentido de la existencia del hombre radica en que ha de saberse responsable del otro. Recordemos que desde el momento de la creación, Dios, comunión de amor, nos crea para vivir de su misma comunión, y esta se expresa en el amor y compromiso fraterno. A veces creemos que la mejor manera de subsistir y realizarnos como personas es cuidarnos de los demás, como el levita y el sacerdote, que no fueron capaces de salir de sí para ayudar a quien los necesitaba. “La verdadera meta de la existencia humana no se cifra en la autorrealización. La autorrealización, por sí misma, no puede ser una meta. El mundo no debe considerarse como expresión de uno mismo, ni como mero instrumento, ni un medio para la autorrealización”.²⁰⁵

Cuando la persona se abre al dinamismo reconciliador, experimenta la fuerza que la impulsa a experimentar una vida nueva. Quien acepta el reino de Cristo en su corazón acepta el amor del Padre, que es inseparable del amor al prójimo. “El don de Dios nos lleva a amar a los hombres como hermanos, como Dios los ama: ‘Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros como yo os he amado’ (Jn

13, 43). He ahí la novedad del cristianismo: como yo. Esto supone en consecuencia el universalismo más absoluto”.²⁰⁶ En Jesús, Dios nos ha enseñado la manera de romper todas las barreras que nos alejan del otro para que amemos como Él nos ama sin excepción alguna, pues sabemos que Dios hace llover sobre justos e injustos.²⁰⁷

El hombre reconciliado se sabe instrumento del amor de Dios para los otros. Y este es el sentido de su vida: ya no es él mismo su interés, sino que vive según la capacidad que tiene para trascender desde el amor y el encuentro²⁰⁸ en la vida del otro. “Mediante el amor, la persona que ama capacita al amado a actualizar sus posibilidades ocultas. El amor consigue que el otro realice su potencialidad personal”.²⁰⁹ El encuentro con otro ser humano que se convierte en *tú* cultiva en el hombre aquello que le da fundamento a su felicidad. Recordemos que, aunque nuestro corazón esté herido y sufra las consecuencias del pecado, aun si somos un levita o un sacerdote, tendremos siempre la opción de ser un buen samaritano. A veces luchar por lo justo nos priva de vivir según nuestra humanidad. “La justicia humana queda rebasada totalmente por la ley divina, que nos hace capaces de dar a los demás no sólo lo que por derecho les corresponde (justicia humana), sino el amor que no les corresponde, porque previamente Dios nos ha amado a nosotros con un amor que no nos merecemos. Es la lógica no de la ley humana, sino del amor desmerecido de Dios”.²¹⁰

Esta antropología de la reconciliación es una puerta para vivir desde todas las dimensiones de nuestra vida el amor, pero el amor reconciliado, que es un amor sin límites ni restricciones, es un amor verdadero. Toda persona y más aún, todo cristiano, tiene como prioridad en su vida dejarse amar y amar. “Amar quiere decir mirar con ternura, con ojos sorprendidos, apasionado. Quiere decir alegrarse de que

²⁰³ SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Op. cit., p. 551.

²⁰⁴ ALZAMORA. Op. cit., p. 14.

²⁰⁵ FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 138.

²⁰⁶ SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Op. cit., p. 97.

²⁰⁷ Mt 5,45.

²⁰⁸ FRANKL, Viktor. El hombre doliente. Op. cit., p. 13.

²⁰⁹ FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 139.

²¹⁰ SAYÉS. Op. cit., p. 90.

el otro exista (no para mí, ni por sus cualidades, no por lo que pueda beneficiarme)”.²¹¹ Solo así podremos hacer de este mundo un mundo mejor: más fraterno, humano y justo.

El impulso que brota del interior de una persona reconciliada crea una cultura reconciliada que se caracteriza, entre muchas cosas, por la solidaridad. El buen samaritano no solo cargó con el herido, sino que solidariamente lo atendió e involucró a un posadero en su misión. Esto genera la reconciliación: crea cultura que transforma. Jesús, el Reconciliador, no solo transformó la vida de muchas personas, sino que transformó la historia, viviendo de manera sencilla y cercana el amor. “Sólo si nos solidarizamos con él, que se solidarizó con Dios, el cual, a su vez, se solidariza con los que sufren, habrá alguna cristología creíble, especialmente en este mundo que clama por la justicia”²¹² y necesita de manera insistente comprender que el amor no es una utopía, sino una realidad, un camino. “Los salvadores del mundo son amantes del mundo. (...) Este amor de ágape es revolucionario, pues ama lo débil y vulnerable tanto como lo fuerte y hermoso. Desde luego, ningún amor humano puede ser perfectamente justo e imparcial; pero el amor de los padres es la mejor metáfora de que disponemos para imaginar el amor creador de Dios”.²¹³

Quien ama el mundo se compromete con la búsqueda incesante no solo del fin inmediato de la justicia –ser una sociedad justa–, sino del fin supremo –vivir en una sociedad reconciliada–. “La onda reconciliadora enriquece a la sociedad al mejorar la calidad de sus relaciones”.²¹⁴ Bien sabemos que el hombre no se limita a ser tratado como un individuo; este es un ser en relación y es consciente de su ser persona cuando es reconocido así por los demás.²¹⁵

²¹¹ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 32.

²¹² JOHNSON. Op. cit., p. 77.

²¹³ SALLIE MC FAGUE en BENNÁSSAR. Op. cit., p. 28.

²¹⁴ URIARTE. Op. cit., p. 33.

²¹⁵ ALZAMORA. Op. cit., p. 12.

“El valor interhumano y social de la reconciliación es innegable... Humaniza a las personas al hacerles romper las ataduras del pasado y posibilita un nuevo comienzo”.²¹⁶ Este proceso social implica la búsqueda de la verdad, que es donde se fundan las relaciones que se entienden desde la solidaridad, la cual también complementa la reconciliación y aporta en la construcción de un mundo más fraterno. “La solidaridad, que sería el nombre precristiano de la caridad fraterna, hace que los problemas, las aspiraciones y los logros de uno sean vistos por el otro como propios y que lleven a actuar en consecuencia. Que haya una aspiración permanente en la humanidad a la solidaridad es evidente”.²¹⁷

3. Antropología de la reconciliación y el sufrimiento

Hemos desarrollado de manera amplia lo que entendemos y proponemos como antropología de la reconciliación desde los análisis previos. Ahora queremos dejar que ilumine algunas situaciones concretas de la vida, específicamente que responda cómo se vive o se entiende una antropología de la reconciliación desde el sufrimiento. Vemos pues en la parábola del buen samaritano que el sufrimiento es una posible aplicación de la antropología de la reconciliación.

Ya lo hemos dicho y estamos convencidos de que en cuanto al amor misterioso de Dios, el camino más eficaz para acceder a Él es Jesús mismo. Así como su vida, nuestra vida también puede y debe ser narración del Dios que camina con nosotros en las alegrías, pero también en los sufrimientos.

El Dios en quien creemos no es un Dios capaz sólo de estar “más allá del mundo”: ha estado también en el patíbulo de un condenado a muerte injustamente. A la pregunta de “¿Dónde está su Dios?”, los cristianos pueden responder: en todos los lugares en los que están y por los que pasan los hombres. Él es verdaderamente un Dios con nosotros que nos

²¹⁶ URIARTE. Op. cit., p. 46.

²¹⁷ ALZAMORA. Op. cit., p. 7.

maravilla por su amor en la cruz más aún que por su grandiosa creación (...) La cruz de Cristo revela hasta el final la compasión de Dios. Ya los profetas habían hablado de un Dios de entrañas de misericordia. Pero la riqueza del amor de Dios manifiesta todo su esplendor con el ‘sufrimiento’ de ‘Dios’ en la humanidad del Hijo.²¹⁸

3.1 ¿Qué es el sufrimiento?

Se dice que el sufrimiento es el padecimiento, el dolor que experimenta todo ser vivo. Algunos le atribuyen al sufrimiento el peso de un castigo o una maldición, incluso hay muchos que piensan que es un obstáculo para la felicidad humana y una manifestación de la debilidad de Dios, puesto que no puede acabar con él para el bien de sus creaturas.

Al hablar del sufrimiento siempre corremos un riesgo: la falta de objetividad debido a las experiencias personales, por medio de las cuales hemos experimentado el dolor no solo físico, sino mental y espiritual. Es fácil hablar del sufrimiento cuando no se han pasado por experiencias límites de desgarramiento interior. Por ello, es mejor recurrir a testimonios de personas que han sufrido y su experiencia les ha permitido madurar en ese sentido.

Para Viktor Frankl, judío intelectual que tuvo la bendita suerte de estar prisionero en un campo de concentración, el sufrimiento está cargado de sentido y es un aspecto significativo de la vida, como muchos otros. Su lógica es que si la vida tiene sentido, el sufrimiento también lo debe tener. “La experiencia indica que el sufrimiento es parte sustancial de la vida, como el destino y la muerte. Sin ellos, la existencia quedaría incompleta”.²¹⁹ Por ello, es importante asumirlos como tales, de lo contrario nunca tendremos los pies en la realidad, por estar añorando un mundo que no existe.

Encontrarle un sentido no solo al sufrimiento, sino sobre todo a la vida misma es fundamental para vivirla mejor. Debemos ser cada vez más conscientes de que la vida no es perfecta. Hay situaciones en las que uno está de camino y sorpresivamente es embestido por unos bandidos y dejado al olvido. Es fácil que frente a situaciones de sufrimiento, en vez de aceptarlas, nos revelemos frente a ellas. “El sufrimiento, pues, puede ser una obra rentable. Pero el sufrimiento –el auténtico– no es sólo una obra, sino un incremento. Cuando asumo un sufrimiento, cuando lo hago mío, crezco, siento un incremento de fuerza: hay una especie de metabolismo”.²²⁰

Según Nietzsche, “quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cómo”. Se nota la diferencia entre las personas que sufren y siguen dispuestas a vivir y las que se abandonan al dolor y lo cargan como un peso opresor. “Sufrir significa obrar y significa crecer. Pero significa también madurar. En efecto, el ser humano que se supera madura hacia su mismidad. Sí, el verdadero resultado del sufrimiento es un proceso de maduración. Pero la maduración se basa en que el ser humano alcanza la libertad interior, a pesar de la dependencia exterior”.²²¹ El sufrimiento paradójicamente enriquece al hombre, pues lo hace lúcido, y al mundo, lo ilumina.

Entonces, el sufrimiento es una categoría antropológica que entró al mundo como consecuencia del pecado; sin embargo, Dios nos ha dado la posibilidad y capacidad de encontrarle sentido al mismo, pues estamos hechos para el amor. Para entender al sufrimiento es necesario tener en cuenta nuestra libertad.

²¹⁸ Conferencia episcopal española en BENNÁSSAR. Op. cit., p. XXIII.

²¹⁹ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 96.

²²⁰ FRANKL. El hombre doliente. Op. cit., p. 258.

²²¹ Ibid., p. 259.

3.2 Visión subjetiva del sufrimiento

Muchas veces el sufrimiento ha sido leído como un peso opresor que no nos deja vivir felices; no obstante, el testimonio de muchas personas nos demuestra lo contrario: en momentos de profundo sufrimiento han podido descubrir con mayor luminosidad de qué y para qué está hecho el ser humano. “Los supervivientes de los campos de exterminio nazis, los que pasaron por las celdas sudafricanas o los prisioneros políticos en América Latina dan testimonio de que, incluso cuando las personas se encuentran totalmente encadenadas, privadas de lo más elemental y tratadas de forma violenta y degradante, el espíritu humano aún puede ansiar una vida más allá del momento presente”.²²² Ningún hombre carece de su capacidad de elección; a veces esta puede ser limitada para actuar, pero incluso así se puede ser libre interiormente.

Es importante entender que el sufrimiento no es quien decide lo que hacemos en nuestras vidas; siempre seremos nosotros los responsables. Y ante el sufrimiento siempre habrá dos posibilidades: resignarse o afrontar. La resignación es una actitud pasiva que se caracteriza por el aguante sin sentido. Afrontar implica trascender el hoy y buscar siempre el sentido: sufro por un algo o un alguien. “El sufrimiento sólo tiene sentido cuando se padece ‘por causa de’. Al aceptarlo, no sólo lo afrontamos, sino que a través del sufrimiento buscamos algo que no se identifica con él: trascendemos el sufrimiento”.²²³ En este orden de ideas, el sufrimiento no puede ser un fin en sí mismo, sino degeneraría en masoquismo.

Es necesario educar en una recta comprensión del sufrimiento; si bien es cierto que el sentido que se le da entra en la dimensión personal, se puede animar a un cambio radical frente al sufrimiento en el mundo y en la propia vida. “Debemos aprender por nosotros mismos, y enseñar a los hombres desesperados, que en realidad no importa lo que espera-

mos de la vida, sino que importa lo que la vida espera de nosotros”.²²⁴ Nuestra misión en el mundo es asumir con responsabilidad las obligaciones que la vida nos plantea de manera personal. De nada sirve la comparación de unos con otros, por más que hayan situaciones similares y hasta repetidas, cada situación reclama de cada persona una respuesta diferente; recordemos al buen samaritano.

Por otro lado, hay personas que culpan a Dios de sus sufrimientos e incluso le reclaman su abandono en momentos tan cruciales de dolor. Pero paradójicamente esta experiencia no suele ser consentida y es más bien contraria a quienes estuvieron en situaciones límites de quebranto y tortura. “Dietrich Bonhoeffer escribió desde su celda en una prisión nazi: ‘Sólo el Dios sufriente puede ayudarnos’. En aquella circunstancia, su meditación le llevó inexorablemente a pensar que Dios, de hecho, estaba sufriendo en el dolor de la gente en la guerra; y también a concluir que la tarea de los cristianos era estar al lado de Dios en la hora de su sufrimiento y ‘participar en el sufrimiento de Dios en la vida del mundo’”.²²⁵

Jürgen Moltmann, quien también fue prisionero de guerra, escribió un libro sobre el sufrimiento de Dios donde expresa que este literalmente sufrió en la cruz y se identificó con el sufrimiento de todo el mundo. En *El Dios crucificado*, Moltmann desarrolla tres opciones que, a su modo de ver, tenemos para entender el sufrimiento de Dios y de nosotros. En primer lugar, “decir que Dios no sufre es hacer de Dios un monstruo insensible frente a la inmensidad de las tristezas y las angustias de nuestro tiempo”.²²⁶ Segundo, tampoco es apropiado creer que Dios sufre porque no le queda de otra. Moltmann rechaza rotundamente estas dos primeras opciones y más bien desarrolla una tercera opción, que “consiste en decir que Dios, por amor, elige libremente verse afectado por lo que afecta a otros, de modo que, cuando las personas pecan y sufren, ello influye en el ser divino. En esta visión, Dios sufre, no

²²² JOHNSON. Op. cit., p. 37.

²²³ FRANKL. El hombre doliente. Op. cit., p. 262.

²²⁴ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 106.

²²⁵ JOHNSON. Op. cit., p. 137.

²²⁶ Ibid., p. 138.

por la imperfección de la debilidad en su naturaleza divina, sino por la plenitud de su amor”.²²⁷ Para Moltmann esta manera de sufrir de Dios expresa el verdadero amor de Dios por sus creaturas. “Pues la esencia del amor pertenece el verse afectado por lo que le sucede a la persona amada, y sufrir o alegrarse como consecuencia de ello”.²²⁸

El sufrimiento, lejos de ser un castigo divino, es una ocasión de reencontrar la presencia de Dios en la propia vida; caminando con nosotros, nos devuelve siempre la posibilidad de vivir con sentido nuestra existencia.

3.3 El camino del sufrimiento

En el día a día descubrimos distintas ocasiones para vivir el amor y muchas de ellas llegan cargadas de dolor y sufrimiento: muerte de un ser querido, traición de alguien en quien se había depositado la confianza, enfermedades, desempleo, separación de alguien que es muy importante en la vida, incompreensión y maltrato en la familia, en la escuela, en el trabajo, etcétera. Podríamos enumerar infinidad de situaciones que cotidianamente tocan las puertas de nuestra existencia.

Los momentos de sufrimiento llegan a la vida sin pedir permiso, pero siempre esperan una actitud madura que saque lo mejor de uno.

Cada hombre, incluso en condiciones trágicas, puede decidir quién quiere ser –espiritual y mentalmente– y conservar su dignidad humana. Dostoyevski escribió: “Sólo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos”. Estas palabras acudían constantemente a mi mente al conocer a esos mártires cuya conducta, sufrimiento y muerte en el campo suponían un testimonio vivo de que el reducto íntimo de libertad nunca se pierde. Ellos fueron dignos de su sufrimiento; la manera en que lo soportaron

supuso una verdadera hazaña interior. Precisamente esa libertad interior, que nadie puede arrebatar, confiere a la vida intención y sentido.²²⁹

La manera en como asumimos el sufrimiento en la vida tiene implicancias importantes y mayores. Siempre tenemos la oportunidad de aprovecharlo al máximo y armarnos de valor para soportarlo con dignidad, dejando que nos haga más humanos. Es importante la actitud con que aceptamos nuestro destino. Los cristianos, de hecho, sabemos que la vida cristiana consiste en seguir al Señor, pero tomando la cruz y cargándola²³⁰; ¿qué es tomar la cruz?, ¿acaso no es asumir la vida siempre, incluso en circunstancias adversas? El ser humano o vive según su dignidad de ser humano, incluso en el dolor, o se abandona a la suerte animal de luchar por sobrevivir. “Cuando un hombre descubre que su destino es sufrir, ha de aceptarlo porque el sufrimiento se convierte en su única y singular tarea... Sin embargo, es en su actitud frente al dolor donde reside la posibilidad de conseguir un logro excepcional”.²³¹ Una y otra vez debemos recordar nuestro origen divino: Dios no nos creó para sufrir, pero nos creó para amar y en esas coordenadas debemos leer nuestra vida. “La visión y la acción con futuro nacen del dolor del hombre y por el hombre. Con el paso todo va bien o todo es igual o tanto que huimos del dolor y quedamos estériles de raíz... El dolor, la humillación y el menosprecio, sufridos o compartidos, son factores que disparan la imaginación y provocan la acción. De la capacidad de aflicción y de afectación por los males del pueblo pueden nacer aptitudes creativas y propuestas de cambio”.²³² Y es que el amor siempre es fecundo y creativo, y muchas veces implica dolor y sufrimiento.

Cuántas veces hemos encontrado en el testimonio de las víctimas que sufren a causa de la violencia hechos inenarrables, fuerzas para luchar por el bien y erradicar el mal. Y es que cuando la persona vulnerada

²²⁷ Ibid.

²²⁸ Ibid.

²²⁹ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 96.

²³⁰ Mt 16,24.

²³¹ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 107.

²³² BENNÁSSAR. Op. cit., p. 118.

“reencuentra motivos para vivir, amar, trabajar, mirar al futuro, servir. La vida recobra sentido. Los hijos, la profesión, (...) la entrega a la causa de la reconciliación le motiva para vivir y amar”.²³³ Y es que la vida no se acaba en la sencilla resolución de salvarse o perecer, pues esto depende de tantas arbitrariedades que sería injusto por parte de Dios limitarnos a eso. Si esa fuera la vida, no valdría la pena vivirla.

En el caso de Viktor Frankl confirmamos, desde su experiencia, las implicancias que puede tener el sufrimiento en la vida del hombre. Él experimentó situaciones duras e impensadas que le permitieron profundizar en el misterio del hombre. En muchas de sus obras se remite al sufrimiento que se vivía en el *lager*, pues se presentaba en sus distintas facetas. Viktor observaba las distintas reacciones de algunos reclusos: algunos se abatían y derrumbaban, mientras que otros iniciaban un proceso de maduración existencial. Y concluyó que lo que madura o acaba al hombre no es el sufrimiento en sí mismo, sino el sentido que este le da. De hecho, “pese a la bajeza física y mental imperantes en el campo de concentración, podía cultivarse una profunda vida espiritual”²³⁴ que les permitía a quienes estaban dispuestos estar arraigados desde su condición al sentido que le habían encontrado a su dramática existencia. Para Frankl la afirmación de Dostoyevski, que define al hombre como un ser que puede acostumbrarse a todo, es real, pero es casi imposible entender cómo lo hace.

Frankl se lamentaba de quienes en lugar de aprovechar su situación difícil en su estadía en el campo de concentración preferían cerrar los ojos, evadir el presente y refugiarse en el pasado. Según él, para estas personas la vida se vaciaba de todo sentido. Y se maravillaba también de quienes eran capaces de vivir y asumir su situación con entereza, y conscientes de su situación seguían amando. Él afirma que no eran pocos los que vivían así, eran muchos. “Pero incluso si solo se hubiera dado un único caso, este bastaría para demostrar que la libertad interior puede elevar al hombre por encima de un destino adverso, y eso no so-

lamente en un campo de concentración. Cualquier hombre, a lo largo de su vida, se verá enfrentado a su destino y tendrá la oportunidad de convertir un puro estado de sufrimiento en una hazaña interior”.²³⁵

3.4 Una nueva perspectiva: antropología de la reconciliación y el sufrimiento

¿De qué manera una antropología de la reconciliación nos capacita para vivir mejor el sufrimiento? En los párrafos previos hemos identificado al sufrimiento como categoría existencial que nos acompaña a lo largo de la vida, de distintas maneras y de diversa intensidad. Son muchas las reacciones e implicancias que puede tener en nuestra vida, pues depende de cómo es asumido. Nosotros encontramos en la parábola del buen samaritano una escena que puede iluminar la comprensión de la relación entre la antropología de la reconciliación y el sufrimiento. Podríamos hacer la reflexión desde dos perspectivas: el herido y el samaritano, incluso desde el levita y el sacerdote, pero nos centraremos en las acciones del buen samaritano, quien decide sufrir por el bien de otro y que puede ser considerado como un hombre reconciliado.

Sabemos que “la vida cristiana o espiritual puede ser vivida, y formulada también, como terapia radical para las heridas, para los déficits actuales de humanidad. La radicalidad de la terapia del amor nos viene revelada en Dios-Amor hecho carne. Situado ante la miseria humana el eterno alumbró, hizo de útero o de comadrona a la humanidad de Dios”.²³⁶ Esta realidad divina ilumina, como ya lo hemos visto, nuestra realidad humana. El buen samaritano o cualquier ser humano, un hombre reconciliado, acepta que su existencia está para los demás y en su favor. “Responder de mí mismo es responder de los demás y con los demás. No se trata de responder por los otros ni en su lugar. Obligarme haciendo humano y cristiano. Para eso he nacido y he venido al mun-

²³³ URIARTE. Op. cit., p. 30.

²³⁴ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 67.

²³⁵ Ibid., p. 98.

²³⁶ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 9.

do. La existencia, humana y cristiana, no se vive ni desarrolla en las categorías de apropiación, ganar el cielo, optar por..., sino más bien en las categorías y actitudes de expropiación, de perder y perderse, dejarse optar y esclavizar por los otros”.²³⁷

Muchas veces en el camino de la vida nos encontramos con personas que necesitan de nuestro compromiso, y siempre tendremos la opción de pasar de largo y simplemente dar un rodeo ante la necesidad del que sufre. Nuestra acción puede ser mortal para el otro; si bien es cierto que es importante encontrarle sentido al sufrimiento, qué difícil sería cuando aparte de estar en una situación de mucha vulnerabilidad, no aparece nadie, un buen samaritano, que nos anime y nos devuelva sentido a nuestra vida. Viktor Frankl cuenta: “Los supervivientes aún recordamos a los hombres que iban a los barracones a consolar a los demás, ofreciéndoles su único mendrugo de pan. Quizá no fueron muchos, pero esos pocos son una muestra irrefutable de que al hombre se le puede arrebatar todo, salvo una cosa: la libertad humana –la libre elección de la acción personal ante las circunstancias– para elegir el propio camino”.²³⁸

Un hombre reconciliado es capaz de ser reconciliación para los demás. Una persona que experimenta el consuelo de Dios en su vida se siente movida interiormente a ser consuelo para el que sufre. Hemos dicho ya que la reconciliación es acoger ese don que es Cristo, el Reconciliador, el buen samaritano en la propia vida, abriéndonos así a la experiencia verdaderamente humana de saturación divina que permite que nuestras acciones sean también como las de Él, divinas. Un hombre reconciliado vive unido a Dios y es canal de sus sentimientos para los demás.

Estamos unidos con Dios en Jesús cuando nos solidarizamos compasivamente con las personas que sufren. Si Dios está ahí, resistiendo al mal y queriendo la vida allí donde se hace daño a las personas, entonces los seguidores de Jesús tienen que solidarizarse del mismo modo... A

la luz de la compasión de Dios revelada en Jesús, tenemos que “hacer el bien y resistir el mal”. Con estas palabras se dirige una llamada a nuestra conciencia cristiana, para que no ocultemos nuestro rostro al mal, no demos un rodeo para librarnos de él ni finjamos que no está ahí; por el contrario, debemos enfrentarnos a él en toda su amplitud, a pesar de nuestros sentimientos de impotencia e insignificancia, y comprometernos en su transformación. Las personas que sufren son el lugar privilegiado donde hay que encontrar al Dios de la compasión.²³⁹

Quien se sabe reconciliado logra experimentar en su interior tal armonía que lee cada situación como una ocasión para vivir el amor, que es lo más propio de los seres humanos; por ello la reconciliación nos devuelve el sentido de humanidad que muchas veces perdemos por el pecado. Un corazón reconciliado manifiesta su humanidad cuando es capaz de compadecerse. “Esta pasión compasiva convierte el aislamiento y la clausura egoísta y distante en apertura ética, activa, responsable y solidaria. Esta pasión es la clave de la acción, de toda labor y obra benéfica”.²⁴⁰ Cuando las entrañas se estremecen, el amor brota, y permite aligerar el camino del prójimo que sufre, y es que el dolor que se comparte puede ser asumido mejor y dar así abundantes frutos de humanidad reconciliada, como fue el caso del samaritano que optó por compartir el sufrimiento del herido involucrando también al posadero.

El testimonio de Viktor Frankl es una historia de humanidad que ha brillado con fuerza por el drama que le tocó compartir a causa de fe. Este hombre cuenta la fuerte experiencia que le permitió ver y experimentar en primera persona la grandeza y también la bajeza del hombre. En muchas ocasiones deja en evidencia que todas las situaciones de dolor y sufrimiento, por más duras que sean, pueden ser usadas por el bien de la humanidad. Frankl, quien era médico, relata que estando en el campo de concentración pudo acompañar a los enfermos o agonizantes, y en alguna oportunidad, junto con algunos amigos, decidieron

²³⁷ Ibid.

²³⁸ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 95.

²³⁹ JOHNSON. Op. cit., p. 145.

²⁴⁰ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 55.

armar un plan de fuga, pues en medio del desespero veían que era la única opción si querían sobrevivir. Ese día realizó la última visita a sus pacientes, y al parecer hubo uno que lo notó medio nervioso y le preguntó: “¿Tú también te vas?”. Esa pregunta hizo que Frankl recapacitara en su decisión y enfrentara las inquietudes que tenía en su interior. Al momento le dijo a su amigo que no podría irse.

Viktor pudo ser el levita o el sacerdote de la parábola; sin embargo, decidió ser el buen samaritano. “Tan pronto como expresé la resolución de quedarme con los enfermos, desapareció la inquietud interior. No sabía qué nos depararían los días siguientes, pero había ganado una paz interior que nunca antes había experimentado”.²⁴¹ Cabe recordar que Frankl también era prisionero y sufría las mismas injusticias en el trato, las mismas torturas, los mismos quebrantos, pasaba hambre; no obstante, hacer memoria del sentido de su vida le permitía sacarle provecho a cada minuto que vivía. “Bien sabe Dios que no me hallaba en la mejor disposición para improvisar una disertación psicológica o soltar un sermón a mis compañeros para ofrecerles una especie de cura médica de sus almas. Tenía frío y hambre, estaba agotado, me sentía irritable. Con gran esfuerzo, me sobrepuse y no desaproveché esta singular oportunidad, pues en aquel momento era más necesario que nunca infundir ánimos”.²⁴²

¿Qué hacía que Viktor Frankl fuera capaz de enfrentar el sufrimiento de tal manera? Él no solo cargaba con el peso de su drama personal, sino que, como si este no fuera poco, se involucraba con el drama de sus amigos. Este hombre tuvo la fortuna de sobrevivir para luego contar su experiencia y dar clases de verdadera humanidad. “Me detuve, miré a mi alrededor, después al cielo, y caí de rodillas. En aquel momento yo sabía muy poco de mí y del mundo, no tenía sino una única frase en mi cabeza: ‘En la angustia clamé al Señor y Él me contestó desde el espacio en libertad’. No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, de rodillas, repitiendo mi jaculatoria. Pero estoy seguro de que aquel día, en aquel

instante, mi vida comenzó de nuevo. Fui avanzando, poco a poco, hasta volverme otra vez un ser humano”.²⁴³ A nuestro modo de ver, este párrafo expresa con bastante claridad aquello que le permitía a Viktor Frankl levantarse decididamente para vivir según su dignidad. “En efecto, ahora nos damos cuenta de que todos estamos ‘alienados’, que necesitamos ser salvados. Por fin descubrimos que, para que también nosotros podamos amar, necesitamos recibir el amor salvador que Dios nos regala. Necesitamos siempre a Dios, que se convierte en nuestro prójimo, para que nosotros podamos a su vez ser prójimos”.²⁴⁴ Acá radica esa relación entre antropología de la reconciliación y el sufrimiento. Cuando experimentamos la reconciliación de Dios en nuestra vida, que se manifiesta en un amor sin medida, somos capaces de amar con su mismo amor, de amarnos a nosotros mismos y de amar a los otros. “Una víctima reconciliada no sólo puede ayudar a otras víctimas todavía bloqueadas, sino que puede suscitar en el mismo agresor un movimiento hacia el encuentro reconciliador”.²⁴⁵ Esta es la paradoja de la vida humana: con nuestra pequeñez y en momento de mucho sufrimiento puede brillar con fuerza la razón de nuestro ser humanos, nuestra divinidad.

La experiencia del campo de concentración fue en realidad un gran experimento, un verdadero experimentum crucis... el ser humano puede ser hombre, verdadero hombre y verdadero médico, aún en las peores condiciones, en las más indignas. Su ejemplo debe ser una lección para nosotros, debe enseñarnos lo que el hombre es y lo que puede ser. ¿Qué es el hombre? (...) el hombre mismo, consumido de dolor y abrasado de sufrimiento, fundido en lo esencial de él, en lo humano. ¿Qué es, pues, el hombre? (...) Es un ser que siempre decide lo que es. Un ser que alberga en sí la posibilidad de descender al nivel de un animal o de elevarse a una vida acendrada.²⁴⁶

²⁴¹ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 89.

²⁴² Ibid., p. 110.

²⁴³ Ibid., p. 119.

²⁴⁴ RATZINGER. Op. cit., p. 242.

²⁴⁵ URIARTE. Op. cit., p. 95.

²⁴⁶ FRANKL. El hombre doliente. Op. cit., p. 273.

La capacidad de decidir evidentemente presupone el sufrimiento, y la capacidad de sufrir implica una decisión previa que siempre debe ser voluntaria y consciente.

3.4.1 La esperanza

“Si el sufrir tiene sentido, también lo tiene el compartir el sufrimiento – la compasión–; y como el sufrir, el compadecer es mudo: el lenguaje tiene límites. Donde las palabras dicen tan poco, huelga toda palabra”.²⁴⁷ Acoger a una persona en su sufrimiento y hacerse cargo de ella no se limita a ser una obra de caridad, sino que es un acto verdaderamente humano. “Cuando acogemos a una persona la estamos liberando del peso de la soledad, la estamos acompañando, y en esa misma medida le estamos infundiendo fuerzas para vivir. Por muy difícil que sea su situación, por muy hundida que se encuentre, si esa persona descubre que no está sola, que hay alguien a quien puede acudir, puede nacer de nuevo la esperanza en su corazón. La mutua acogida, el compartir de manera positiva las dificultades de la existencia genera esperanza”.²⁴⁸ ¿Cuál habrá sido el sentimiento del herido al descubrir que después de haber sido despojado de todas sus pertenencias y luego abandonado a su suerte, pasaron dos hermanos judíos que simplemente dieron un rodeo? En un momento así, ¿qué sentido puede tener tu vida?

“La esperanza nos empuja a sembrar lo que tendría que ser, lo que queremos que sea. La esperanza nos hace constantes sembradores porque esperamos en el mañana que no vemos y no en el hoy que palpamos. La esperanza nos dice que la fantasía, la imaginación, es más real que la realidad misma y que ésta, es más irreal y huidiza de lo que parece”.²⁴⁹ Así como el buen samaritano de la parábola y un buen samaritano del siglo xx, Viktor Frankl, es necesario reconocer los propios límites y las limitaciones impuestas con el fin no de cruzarse de brazos,

²⁴⁷ Ibid., p. 302.

²⁴⁸ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 121.

²⁴⁹ Ibid., p. 111.

sino de aportar el grano de arena que bien puede devolver humanidad a quien la ha perdido.

El hombre que se sabe reconciliado vive con esperanza y nunca se la deja robar, por más situaciones adversas que le toque enfrentar, porque sabe en quién ha puesto esperanza. ¡Qué mayor esperanza que sabernos siempre recuperados por Dios para el amor! No hay pecado por más grande que sea que nos aleje de su amor y nos prive de vivir con dignidad. No hay sufrimiento que nos aparte de la posibilidad de vivir según quienes somos, vivir con humanidad. El hombre que acoge la reconciliación en su vida recupera la bondad propia de los hombres, la cual devuelve la esperanza al mundo.

Para Viktor Frankl “el prisionero que perdía la fe en el futuro –en su futuro– estaba condenado. Con la quiebra de la esperanza faltaba, asimismo, la fuerza del asidero espiritual; se abandonaba y decaía y se convertía en un sujeto aniquilado, física y mentalmente”.²⁵⁰ Un hombre con esperanza requiere estar en unión íntima con Dios; necesariamente es un hombre reconciliado con Dios.

3.4.2 El perdón

Vale decir también que hay situaciones en las cuales la esperanza que le devuelve el sentido a la vida, incluso en momentos de sufrimiento, invita a la vivencia del perdón. Muchas veces encontramos en el día a día situaciones que nos limitan para vivir el amor y que exigen de nuestra parte acoger uno de los frutos de la reconciliación: el perdón. Cuando nos acercamos a la parábola del buen samaritano, queda la inquietud de qué hubiera pasado con el herido que había sido abandonado por sus compatriotas si el samaritano hubiera dejado que en su corazón primara el resentimiento de los insultos y el maltrato que recibía su pueblo por parte del pueblo escogido. ¿Acaso no hubiera sido una buena oportunidad para concretar alguna venganza? Pues ese no fue el caso. El buen

²⁵⁰ FRANKL. El hombre en busca de sentido. Op. cit., p. 103.

samaritano, de quien decimos que era un hombre reconciliado, supo hacer un proceso de perdón por compasión con la víctima. En ese momento lo más importante era amar. Y cuando de perdonar se trata, lo más valioso siempre es el amor.

Recordemos que cuando acogemos el don de la reconciliación en la propia vida, este la transforma y nos capacita para vivir semejantes a Él. “El perdón al pecador, expresión eminente de su amor a él, proviene originariamente de Dios. Él es quien ama y perdona primero, gratuitamente, sin condiciones. Su perdón es un don que es preciso recibir, acoger. Cuando, movidos por el amor perdonador de Dios, perdonamos a nuestros semejantes, el perdón de Dios llega en nosotros a su plena y efectiva realización”.²⁵¹ El perdón, entonces, brota de un corazón que se sabe constantemente perdonado por Dios. El perdón divino es libre y creativo.²⁵² Solo una persona que vive reconciliada con Dios puede perdonar de la misma manera como Él perdona, que hace salir su sol sobre malos y buenos. “El perdón será un principio regenerador. Un perdón nunca es culpabilizador, sino siempre revitalizador esperanzado. Conocer y rehacer vivencias particularizadas de Dios, sentidas a lo largo de la existencia, puede ayudar ahora a restablecer una comunicación renovada entre Dios y cada uno”.²⁵³

De hecho, quien ha experimentado la reconciliación en Cristo es invitado a que su vida sea fermento de humanidad en el mundo de hoy que sufre a causa de los odios y las venganzas. “No hay reconciliación verdadera donde no hay perdón, porque el perdón es el acto más profundo del amor de Dios hacia nosotros; y es, al mismo tiempo, el acto más noble que puede realizar el cristiano, un gesto por el que se asemeja al Padre que está en los cielos”.²⁵⁴

²⁵¹ URIARTE. Op. cit., p. 58.

²⁵² GUARDINI. Op. cit. p. 393.

²⁵³ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 123.

²⁵⁴ JUAN PABLO II. Alocución de la celebración de la Palabra en la Plaza de Barranquilla, 7 de julio de 1986.

El perdón es expresión original del amor no solo cristiano, sino humano. “El perdón de Dios restablece nuestra comunión verticalmente, hacia el cielo; el perdón que concedemos a quienes nos han hecho mal restablece nuestra comunicación horizontalmente”.²⁵⁵ Sin embargo, vale precisar que el perdón no implica olvido, antes requiere de una memoria lúcida. Tampoco es negar una ofensa, sino exigir que se haga justicia. Perdonar es amar con libertad y sin condiciones: “el amor que se hace dependiente del amor del otro se verá siempre obstaculizado, será inseguro, no creativo. No es amor verdadero; porque el amor verdadero ya no tolera ningún odio junto a sí, sino que es fuerza y medida de toda la existencia”.²⁵⁶ Cuando hay necesidad de amar, se ama. Si el samaritano de la parábola se hubiera limitado a prestar su ayuda a sus compatriotas cuando estos lo necesitaran, triste habría sido la suerte del judío herido.

Finalmente, queda decir que cualquier persona que es humana y más aún “el cristiano tiene la misión de conseguir que el amor, la solidaridad y el consuelo de Dios se hagan hombre una y otra vez”.²⁵⁷ Dejarse reconciliar por Dios no solo es una necesidad personal de vivir en armonía interior, sino una responsabilidad social de construir un mundo más fraterno y reconciliado.

²⁵⁵ URIARTE. Op. cit., p. 60.

²⁵⁶ GUARDINI. Op. cit. p. 106.

²⁵⁷ MARTÍN VELASCO en BENNÁSSAR. Op. cit., p. 47.

Conclusión: Una antropología de la reconciliación para una pastoral de la reconciliación

En este trabajo se ha querido profundizar en la parábola del buen samaritano con la intención de rescatar algunas claves antropológicas que desde la reconciliación nos permitan alcanzar una transformación social más humana. En el texto bíblico nos hemos encontrado con un hombre caracterizado por pertenecer a un pueblo, con unas costumbres particulares y distanciado de los judíos por su historia. Ese samaritano que en la parábola aparece como misericordioso, desde su realidad humana, es capaz de reflejar rasgos característicos de Jesús de Nazaret, el verdadero hombre, a pesar de las circunstancias poco favorables.

Descubrimos en el sacerdote y el levita también rasgos tristemente “humanos”. Ambos se comportaron con su conciudadano herido peor que como lo hicieron los bandidos; probablemente encontraron supuestas razones para su omisión. Pero en cuestión de humanidad nada justifica no vivir la caridad. “Mientras los asaltantes le robaron al hombre sus bienes, con violencia, el sacerdote y el levita le arrebataron, con la más cruel forma de violencia que es la indiferencia, su dignidad personal, su importancia y valor como hombre. Los salteadores lo atacaron fuera; los hombres del culto lo destruyeron dentro y lo borraron de su horizonte”.²⁵⁸

Por otro lado, aparece un verdadero hombre, un samaritano que sintiendo dolor físico se compromete con el judío herido y sin hacerle reclamos ni sacarle en cara su desprecio obra a favor de él. Este samaritano reconoce la urgencia de la situación y por ello es capaz de posponer sus planes e interrumpir sus quehaceres. “La inquietud por

²⁵⁸ BEDOYA. Op. cit., p. 410.

la vida amenazada del otro predomina sobre sus planes y hace emerger lo mejor de su humanidad: un yo desembarazado de sí mismo”.²⁵⁹ Este sabe que corre el riesgo de ganarse nuevos problemas, pero se aproxima al caído porque a pesar de las diferencias étnicas y culturales, es capaz de trascenderlas y al verlo descubre en él a un hermano.

El contraste entre lo que se esperaba de los religiosos del relato y lo que ocurre en el interior del samaritano permite vislumbrar la fuerza del amor que brilla esplendorosamente en los actos verdaderamente humanos. “La reacción del samaritano es fruto de un amor que lo desaprofia de sí mismo y le da su verdadera identidad como hombre, al fijar la mirada y el corazón en el otro, considerado y atendido como hermano. No se preguntó si en el caso contrario hubiese ocurrido lo mismo, porque la respuesta es obvia; sólo le importó responder cuanto antes al impulso que en su interior generó la situación de la víctima”.²⁶⁰

Por ello, las acciones que describe Lucas al momento de narrar la parábola son magistrales, puesto que expresan de la mejor manera el compromiso que el samaritano adquirió con el judío herido al realizar su misión perfectamente. Cuando este vio el herido, buscó socorrerlo y le vendó las heridas después de curárselas con aceite y vino; luego lo llevó a una posada para que lograra su total recuperación y estuvo pendiente de él mientras terminaba sus labores. El samaritano se encontró al herido de manera ocasional, como lo hicieron el sacerdote y el levita, pero dio el paso de apropiarse libremente de la situación y transformó la ocasión en un acto de perdón y reconciliación.

Así como Jesús, el buen samaritano es capaz de desplazar el centro de interés: “ya no es el yo, sino cualquier persona que se encuentre en el camino. Se trata de ver en el otro al hombre, que es al mismo tiempo don y pregunta en cuanto plantea una exigencia a mi vida, a mi amor, a mi ayuda, a mi atención y me interroga por el contenido último de

mi existencia. En realidad, el encuentro con el otro configura y llena de contenido nuestra existencia (Lotear Coenen)”.²⁶¹ El samaritano se salió de sí mismo y se implicó en el drama del judío tirado al borde del camino porque reconoció en el prójimo un sujeto de amor y no un objeto. “Compañero, dice Jesús con esta parábola, debe ser para ti ciertamente, en primer lugar, el compatriota; pero no solamente él, sino todo aquel que necesita de tu ayuda. El ejemplo del despreciado mestizo debe mostrarte que ningún hombre está tan lejos de ti, que no debas estar preparado en todo tiempo a arriesgar tu vida por él, cuando esté en necesidad, porque es tu “prójimo””.²⁶²

Con el ejemplo del buen samaritano podemos entonces confirmar que todo hombre es capaz de ser otro Cristo. Si bien es cierto que muchas interpretaciones exegéticas han puesto la mirada en Cristo como el buen samaritano, no podemos obviar el llamamiento que hace el mismo Señor a los oyentes, porque sin dudar de la acción bondadosa del Reconciliador no podemos dejar que esa interpretación se haga a costa de la ética y sin tomar en cuenta la estructura de la compasión y de la acción. “Semejante estructura, cristológica, se arraiga en Dios, compasivo y activo, y se despliega en la Iglesia, cuyos miembros prosiguen con su fe y con su práctica los gestos caritativos de su Señor”.²⁶³ Por eso podemos decir que todo ser humano está llamado a transparentar los sentimientos de Dios, que están llenos de perdón y misericordia. Y más aún los cristianos que han decidido seguir a Jesús y anunciarlo con la propia vida. “Mas también a toda la comunidad de los creyentes, a todo el conjunto de la Iglesia, le ha sido confiada la palabra de reconciliación, esto es, la tarea de hacer todo lo posible para dar testimonio de la reconciliación y llevarla a cabo en el mundo”.²⁶⁴ Es por ello que se hace necesario cultivar nuestra relación con Dios y disponerla para experimentar

²⁵⁹ CARDONA. Op. cit., p. 53.

²⁶⁰ BEDOYA. Op. cit., p. 412.

²⁶¹ Ibid., p. 419.

²⁶² JEREMIAS. Op. cit., p. 249.

²⁶³ BOVON. Op. cit., 110.

²⁶⁴ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et pœnitentia”. p. 28.

su reconciliación, puesto que “la reconciliación vertical hace posible la reconciliación horizontal”²⁶⁵ de unos con otros.

La pastoral de la Iglesia debe descubrirse llamada a renovar su acción y debe unir esfuerzos para vivir según su verdadera identidad, purificando la cantidad de consignas accesorias que no hacen sino distraerla de su esencia misional. “Por ser una comunidad reconciliada y reconciliadora, la Iglesia no puede olvidar que en el origen mismo de su don y de su misión reconciliadora se halla la iniciativa llena de amor compasivo y misericordioso del Dios que es amor y que por amor ha creado a los hombres; los ha creado para que vivan en amistad con Él y en mutua comunión”.²⁶⁶

Así como el buen samaritano, la Iglesia está llamada a curar, vendar las heridas; no se puede conformar con dar rodeos sin respuestas efectivas. El mundo de hoy necesita de humanidad y se dice que la Iglesia es experta. “El mensaje cristiano de la reconciliación es un servicio de primera magnitud que la Iglesia está obligada a prestar a nuestra sociedad”,²⁶⁷ y este se debe traducir en acciones concretas que propicien la reconciliación social desde la búsqueda de la verdad, en un ambiente de libertad, y el amor y el respeto a la vida. Se trata pues de asumir la invitación de San Juan Pablo II de ser *artesanos de reconciliación* como el buen samaritano, con la conciencia y convicción de que una persona reconciliada puede *reconciliar* al otro en su sufrimiento y cambiarle el rumbo a su vida. “Ante el miedo de los marginados, ante la rabia por las injusticias que envuelven sus vidas, creo que el amor incondicional es la única respuesta para devolverles su dignidad de persona, una dignidad que se les ha quitado. Y en el momento que podemos dejar de juzgar al otro por sus actos, por sus apariencias, se produce el milagro, llega la apertura de un corazón y pueden iniciarse los pasos para que cambie su

²⁶⁵ URIARTE. Op. cit., p. 67.

²⁶⁶ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 33.

²⁶⁷ URIARTE. Op. cit., p. 12.

vida. “Trabajas para cambiar su vida y descubres que son ellos que han cambiado la tuya, haciéndola más humana y más de Dios”.²⁶⁸

Hemos visto a lo largo del trabajo de investigación cómo la experiencia de amor humaniza, reconcilia, devuelve lo perdido y de esa manera genera encuentro y crea una cultura del amor y de la reconciliación. Un acto reconciliador obliga a reconciliarse a los demás debido a que transforma el corazón y lo capacita para vivir desde el amor y para el amor. Una pastoral de la reconciliación debe acercar la misericordia de Dios a los hombres, para que les permitan caminar por el sendero de la verdadera humanidad. “La Iglesia es reconciliadora en cuanto proclama el mensaje de la reconciliación, como ha hecho siempre en su historia desde el Concilio apostólico de Jerusalén hasta el último Sínodo y el reciente Jubileo de la Redención. La originalidad de esta proclamación estriba en el hecho de que para la Iglesia la reconciliación está estrechamente relacionada con la conversión del corazón; éste es el camino obligado para el entendimiento entre los seres humanos”.²⁶⁹

Finalmente, queda decir que la invitación que Pablo hace a los corintios en su segunda carta²⁷⁰ se extiende no solo a los cristianos, sino a todo ser humano que necesita alcanzar la paz en su corazón para irradiarla a los demás y transformar la sociedad y el mundo. “Esta búsqueda de la paz con Dios, en la que insiste el Apóstol, es una labor que no admite pausa; es un programa de vida que tiene que ir enraizándose cada vez más en las conciencias de todos hasta el final de los tiempos”.²⁷¹ Es verdad que la pastoral de la reconciliación nos implica –con mayor responsabilidad– a todos los cristianos que desde el bautismo hemos sido llamados por Dios a ser buenos samaritanos.

²⁶⁸ BENNÁSSAR. Op. cit., p. 104.

²⁶⁹ JUAN PABLO II. Op. cit., p. 29.

²⁷⁰ “Dejaos reconciliar con Dios” 2 Cor 5,20.

²⁷¹ JUAN PABLO II. Homilía en la Misa de Beatificación de Teresa de los Andes en Chile, 3 de abril de 1987.

“La parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37) es para la comunidad cristiana y sus miembros todo un ejemplo y un programa. Ungir y curar sus heridas ‘con aceite y vino’ es cumplir con el precepto del Señor: ‘Vete y haz tú lo mismo’”.²⁷² La pastoral de la reconciliación es acoger las palabras de Cristo Reconciliador, buen samaritano, que nos invita a una y otra vez a reconciliarnos con Dios para ser instrumentos de reconciliación para los demás y así aportar el inmenso don de la reconciliación que el mundo necesita.

²⁷² URIARTE. Op. cit., p. 92.

Bibliografía

- ÁLVAREZ QUINTERO, Felipe. La parábola del buen samaritano. Análisis metodológico: prefiguración, configuración y refiguración. En: *Excerpta et Dissertationibus in Sacra Theologia*. 2000. vol. 39, p. 77-139.
- ALZAMORA, Oscar. Liberación, reconciliación, realización del hombre y salvación cristiana. En: *Liberación, reconciliación y solidaridad en el pensamiento de Juan Pablo II*. Lima: Fondo Editorial, 1988. p. 3-16.
- ANTOLÍN, Javier. La compasión en las parábolas más emblemáticas de Lucas. En: *Estudio Agustiniano*. 2012. vol. 47, no. 2, p. 211-245.
- BEDOYA, Diego. Un acercamiento exegético a la parábola del buen samaritano misericordioso (Lc 10,25-37). En: *Cuestiones Teológicas*. 2007. vol. 34, no. 82, p. 401-421.
- BENNÁSSAR, Bartomeu. Dios: futuro humano para todos. Madrid: BAC, 2000. 129 pp.
- BENWARE, Paul N. Panorama del Nuevo Testamento. Michigan: Portavoz, 1993. 303 pp.
- BOVON, François. El Evangelio según San Lucas. Tomo II. (Lc 9, 51-54-14,35). Salamanca: Sígueme, 2002. 664 pp.
- BROWN, Raymond; FITZMYER, Joseph y MURPHY, Roland. Nuevo comentario bíblico San Jerónimo. *Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino, 2004. 1360 pp.
- CANTALAMESSA, Raniero. Dejaos reconciliar con Dios. Predicación Viernes Santo. Basílica de San Pedro - Roma, 2016.
- CARDONA, Hernán Darío. Jesús resucitado camino de Emaús. Medellín: UPB, 2006. 182 pp.
- CARDONA RAMÍREZ, Hernán Darío y OÑORO CONSUEGRA, Fidel. Jesús de Nazareth en el Evangelio de San Lucas: resultado de investigación. Medellín: UPB, 2006. 341 pp.

- CASTILLO, José María. La humanización de Dios: ensayo de cristología. Madrid: Trotta, 2009. 382 pp.
- CASTRO, Luis Augusto. La reconciliación desde las víctimas. En: *Theologica Xaveriana*. 2005. vol. 55/2, no. 154, p. 133-163.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución Dogmática Dei Verbum. Bogotá: San Pablo, 2006.
- CONCILIO VATICANO II. Constitución Pastoral Gaudium et Spes. Bogotá: San Pablo, 2006.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, 1979
- DUPUIS, Jacques. Introducción a la cristología. 5.ª ed. Pamplona: Verbo Divino, 2010. 284 pp.
- FARMER, William. Comentario bíblico internacional. Navarra: Verbo Divino, 2000. 1734 pp.
- FITZMYER, Joseph. El Evangelio según Lucas. Vol. III. Traducción y comentario: capítulos 8,22-18,14. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1987. 772 pp.
- FRANKL, Viktor. El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia. Barcelona: Herder, 2009. 317 pp.
- FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. 3.ª ed. España: Herder Editorial, 2015. 162 pp.
- FURLOTTI, Pablo. El ser humano en el pensamiento de Viktor Frankl y de Santo Tomás de Aquino. En: *Revista Studium*. 2010. vol. 10, no. 20, p. 467-476.
- GAITÁN, Tarcisio. El discipulado en un continente marcado por el sufrimiento y la esperanza. En: *Cuestiones Teológicas*. 2007. vol. 34., no. 81, p. 47.
- GALOT, Jean. Cristo, *tú quién eres*. *Cristología I*. Madrid: Centro de Estudios de Teología Espiritual, 1982. 422 pp.
- GRÛN, Anselm. Jesús, imagen de los hombres. El Evangelio de Lucas. Navarra: Verbo Divino, 2003. 142 pp.
- GUARDINI, Romano. El Señor. 2.ª ed. Argentina: Lumen, 2000. 716 pp.
- ILLANES, Jose Luis. Reconciliación y alianza. El magisterio de Juan Pablo II sobre la Redención. En: *Scripta Theologica*. Pamplona: XVI/1-2, 1984. p. 83-112.
- JEREMIAS, Joachim. Las parábolas de Jesús. 3.ª ed. Navarra: Verbo Divino, 1974. 301pp.
- JOHNSON, Elizabeth. La cristología, hoy. Olas de renovación en el acceso a Jesús. Santander: Sal Terrae, 2003. 166 pp.
- JUAN PABLO II. Exhortación apostólica post-sinodal “Reconciliatio et poenitentia”, 1984
- JUAN PABLO II. Carta del papa a los obispos de El Salvador, 6 de agosto de 1982.
- JUAN PABLO II. Homilía durante la Misa en el Metro Centro de San Salvador, 6 de marzo de 1983.
- JUAN PABLO II. Discurso a Conferencia Episcopal de Italia, 1984
- JUAN PABLO II. Alocución a los obispos de El Salvador, 24 de febrero de 1984.
- JUAN PABLO II. Alocución al primer grupo de obispos del Perú, 4 de octubre de 1984.
- JUAN PABLO II. Discurso a los fieles en Ayacucho, 3 de febrero de 1985.
- JUAN PABLO II. Alocución durante la celebración de la Palabra en la Plaza de la Paz, Barranquilla, 7 de julio de 1986.
- JUAN PABLO II. Mensaje del papa al episcopado de Haití, 15 de noviembre de 1986.
- JUAN PABLO II. Homilía durante la Misa de la beatificación de Teresa de los Andes en Chile, 3 abril de 1987.
- JÜNGEL, Eberhard. Dios como misterio del mundo. Salamanca: Sígueme, 1984. 521 pp.
- KARRER, Martín. Jesucristo en el Nuevo Testamento. Salamanca: Sígueme, 2002. 556 pp.
- MORA PAZ, César y LEVORATTI, Armando. Evangelio según San Lucas. En: Comentario bíblico latinoamericano: Nuevo Testamento. Navarra: Verbo Divino, 2003.
- PANNENBERG, Wolfhart. Fundamentos de cristología. Salamanca: Sígueme, 1974. 511 pp.
- POUPARD, Paul. Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. En: *Dolentium Hominum*. 1995. vol. 11, no. 31, p.15-20.
- PRIETO URSÚA, María. Procesos psicológicos en la dinámica de la reconciliación. En: *Estudios Eclesiásticos*. 2015. vol. 90, no. 353, p. 209-236.
- RATZINGER, Joseph. Jesús de Nazareth. Desde el Bautismo a la Transfiguración. Bogotá: Planeta, 2007. 447 pp.

- Sagrada Biblia. Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada. Bilbao: Desclée de Brouwer; 1999.
- SALAZAR, Miguel. Persona humana y reconciliación. 2.^a ed. Lima: Vida y Espiritualidad, 1992. 27 pp.
- SALAZAR, Rubén. Los fundamentos teológicos de la reconciliación. En: Documentación de Pastoral Social. 2001. vol. 21, no. 192, p. 22-30.
- SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilía 16 del Evangelio de San Mateo.
- SAN IRENEO DE LYON, Adversus Haeresus III, 13.7
- SAYÉS, José Antonio. Señor y Cristo. Pamplona: EUNSA, 1995. 552 pp.
- SAYÉS, José Antonio. Teología de la creación. Madrid: Palabra, 2002. 516 pp.
- STÔGER, Alois. El Evangelio según San Lucas. Barcelona: Herder, 1970. 377 pp
- STORNILOLO, Ivo. Cómo leer el Evangelio de San Lucas. Bogotá: San Pablo, 1992. 232 pp.
- STUHLMUELLER, Carroll. Evangelio de San Lucas. Conoce la Biblia: Nuevo Testamento. Santander: Sal Terrae, 1966. 198 pp.
- URIARTE, Juan María. La reconciliación. Santander: Sal Terrae, 2013. 148 pp.
- VARGAS, Julio César. Reconciliación como perdón: una aproximación a partir de Hannah Arendt. En: Praxis Filosófica. 2008. no. 26. p. 111-129.
- VIDAL, Marciano. La reconciliación, don (y ministerio) teologal. Compromiso ético. Dimensión de la vida pública. En: Revista Universitas Alphonsiana. 2010. vol. 8, no. 18, p. 151-163.
- ZIELINSKY, Vladimir. La reconciliación: aproximación trinitaria. En: Cuadernos Monásticos. 2000. vol. 35, no. 135. p. 463-473.



SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía e-mail a editorial@upb.edu.co. Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, e-mail y número telefónico.

Colección Humanitas

La Colección Humanitas, de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, está orientada a divulgar los mejores trabajos de grado de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades. En ella se presentan los textos más destacados de las maestrías en filosofía y teología que han sido reconocidos como meritorios y las tesis de doctorado en las mismas áreas que han recibido la calificación *Magna* y *Summa Cum Laude*. En algunos casos, también se destacan trabajos significativos de pregrado. Se busca dar a conocer los esfuerzos de los estudiantes de formación avanzada de la UPB que son importantes porque muestran no sólo los mejores productos de la Escuela, sino las nuevas líneas de búsqueda e investigación en los campos de la filosofía, la teología y las humanidades.

La presente investigación busca responder a la siguiente pregunta: ¿cuáles son los aspectos antropológicos que desde la parábola del buen samaritano nos permitirían esbozar teológicamente un proceso de reconciliación social? Y por ello la metodología va a plantear un camino de cada vez mayor profundización que finaliza en una propuesta de transformación social fundada en la antropología de la reconciliación. Como primer momento se realizará un rastreo de la exégesis de la parábola del buen samaritano. Con esta recepción exegética se analizarán los elementos bíblico-antropológicos que den fundamento teológico al desarrollo de la investigación, tomando el contexto histórico y la maduración bíblica que se ha hecho en el tiempo en relación con la parábola.

Así, se permitirá que la actualidad de la palabra de Dios penetre e ilumine la vida del hombre de hoy. En un segundo momento, se analizará desde una perspectiva teológica y luego cristológica los elementos antropológicos identificados anteriormente en la parábola.